

DIRECCION MORAL

PARA

LOS INSTITUTORES

POR

TH. H. BARRAU

Reimpresa por orden del SR. CRISSO MONTE, Director
de Estudios de la provincia de Pichincha.



BIBLIOTECA NACIONAL

B. 15 - 8 V
a - 1 - 5 2 -

Quito-Ecuador

QUITO

IMPRESA DE LA JUVENTUD

—1899—



PRIMERA PARTE



El Institutor

CAPITULO I

VOCACIÓN

QUIERES ser institutor, Fabio. Alabo, pues, este pensamiento, que puede ocurrir á la imaginación de muchos jóvenes, pero que no puede albergarse debidamente sino en un corazón honrado. Sin embargo, te obligo á no desistir de la empresa. Pero antes de realizarla, reflexiona atentamente y responde á estas primeras cuestiones que te dirijo.

¿Has examinado seriamente lo que es la profesión á que quieres dedicarte? Sabes cuáles son sus dificultades, sus obligaciones, sus peligros? Tienes acaso una idea justa de los sacrificios que ella impone? En una palabra, la conoces?

Y si la conoces, has descendido á vuestro corazón? Has examinado si están acordes vuestras inclinaciones con los deberes que os va á imponer

esta profesión? Te sientes con las fuerzas suficientes para adquirir los conocimientos y practicar las virtudes que exige? En fin, tienes una verdadera vocación?

Atiende: no confundas una vocación seria con un vano deseo por más ardiente que sea. Si las ventajas anexas á esta profesión, como hallarse exento del servicio militar, ó el ejercicio de un trabajo menos pesado que al que se dedican tus padres, la perspectiva de los favores y de los derechos que el privilegio ha unido á la posición del institutor, ha sido lo que principalmente ha decidido tu elección, mucho me temo que te arrepientas algún día: y temo sobre todo que tu error no vaya á ser más funesto á otros que á tí mismo.

Tú no eres el solo interesado en la determinación que vas á tomar: ella será para un gran número de familias una fuente de bienes ó de males.

No sucede lo mismo con cualquiera otra carrera.

Si te conviertes en trabajador, artesano ó soldado y no tienes las cualidades necesarias para tu oficio, será sin duda una gran desgracia, pero serás tú y tu familia los únicos que la sufrirán. Por otra parte, el obrero negligente, el artesano inhábil, el soldado indisciplinado, reciben ó de las circunstancias ó de los hombres, rudas y frecuentes lecciones que contribuyen poderosamente para corregirles; ó si no se corrigen, las desgracias que infaliblemente soportan, son para los demás una enseñanza bien útil. Así, sus faltas no perjudican sino á ellos mismos, y la enseñanza que de estas mismas faltas resulta aprovecha á todo el mundo.

No puede decirse otro tanto del institutor, no puede ser malo ni aun mediocre sin comprometer

ter la educación de los niños que se le han confiado. Si, para castigarlo por no haber cumplido debidamente los deberes de su profesión, se le suspende de su ejercicio, el mal que por su negligencia ó por sus malos ejemplos haya causado no dejará por eso de subsistir. Los niños habrán perdido preciosos años sin que nada pueda compensar su pérdida; y lo que es peor aun, habrán recibido, en su más tierna edad, las malas impresiones que después será casi imposible borrar.

Es así, Fabio, como con serenidad y juicio debes sondear tus disposiciones antes de consagrar-te á esas nobles funciones en que Dios y los hombres te demandarán la más severa cuenta.

Estas funciones exigen cualidades tan raras, y por decirlo así, dones particulares del cielo; no con relación á la capacidad intelectual pues una inteligencia ordinaria y una buena memoria bastarían para adquirir todos los conocimientos necesarios al más hábil institutor primario; pero no así con relación á sus disposiciones morales.

La existencia del institutor no es semejante á la del común de los hombres. Su profesión, sin tener la santidad del sacerdocio, debe reproducir su austeridad. Los hombres más indulgentes para consigo mismos, son para él de una severidad inflexible. Su participación en la mayor parte de los placeres que ellos se permiten la creen reprehensible. Mil distracciones que para todos son autorizadas, para él son vedadas.

Para él la ley es exigente, y la opinión pública es más exigente aun que la misma ley.

Esta verdad será desarrollada en todo el presente opúsculo.

Fabio, si todas estas obligaciones te parecen

agradables: si á todas las vanas en retenciones prefieres el noble placer de reinar sobre los corazones por la instrucción y por el ejemplo; si encuentras en la felicidad de una conciencia satisfecha el galardón de lo que Dios te dá y de lo que el mundo te rehusa; si te sientes animado de un sagrado fervor por esa vida inocente, que pasa toda entera haciendo el bien, no te excites más; tu vocación es sincera y tu resultado será feliz.

CAPITULO II

PREPARACIÓN

ARA llenar funciones tan delicadas no basta sólo la vocación: es necesario que el aspirante se haya preparado por medio de estudios especiales. La preparación secunda á la vocación y aun la despierta á veces en el alma que encerraba su germen tal vez sin comprenderlo.

Sin embargo, parece que esto no fuera comprendido, como se debe, por la mayor parte de los jóvenes que se dedican á la instrucción primaria. Reconocen que para todos los oficios es necesario una especie de noviciado; que un obrero, por ejemplo, no sabría labrar el fierro ó la madera sin un aprendizaje duro y penoso: pero les parece tan fácil cultivar las inteligencias jóvenes, que creen poder desempeñar tan ardua tarea sin preparación ninguna. Un joven orgulloso con haber obtenido el decreto que le nombra preceptor, se lanza á la escuela donde todo es nuevo para él; se cree

apto para dirigirla con el mejor éxito; y sin embargo el maestro de hoy es el estudiante de ayer. ¿Qué prueba ese nombramiento? Que se ha distinguido como alumno. ¿Pero se sigue de esto que obtendrá como maestro igual resultado y al comprometerse en una nueva carrera enteramente distinta de la antigua y mucho más espinosa?

El sabe perfectamente, me apresuro á concederlo, todo lo que debe enseñar: quiero que sepa más todavía. ¿Puede inferirse de aquí que es capaz para enseñarlo? No, sin duda, El maestro más inteligente no es el que posee mayores conocimientos, sino el que mejor sabe transmitir á sus discípulos aquellos de que tienen necesidad.

Este talento de enseñar, que bastaría á un preceptor encargado de un niño solo, no es tal vez la más importante de las cualidades que se exigen del institutor público. Este talento sería para él casi inútil, si no estuviese acompañado de un talento más raro aun, el de saber educar á los niños, es decir, amoldar su voluntad y dirigirla siempre hacia el bien.

Se ven institutores dotados de una inteligencia distinguida engañados por alumnos de los más vulgares, se ven hombres de un valor probado, verdaderos veteranos, que trabajan inútilmente por todos los medios posibles á fin de someter á la disciplina la caprichosa ligereza de los niños; se ven, por fin, preceptores instruidos transformados en objeto de burla por la ignorancia indócil y rebelde á sus esfuerzos. Esto es porque nada puede suplir al talento de conducir á la niñez, talento cuyo germen dá la naturaleza pero que no puede desarrollarse sino por la meditación y la experiencia.

No debe creerse que esta necesaria preparación

sea muy difícil: las funciones del institutor primario no exigen del que debe desempeñarlas sino algunas facultades preciosas, pero sencillas, que la Divina Providencia ha puesto á la disposición de cualquiera que trabaje seriamente por adquirirlas.

Sin embargo, las dificultades de esta profesión han aumentado mucho desde hace años y se necesita, por consiguiente, más que nunca una preparación detenida y concienzuda.

Hasta hace poco tiempo no se prestaba á los institutores toda la consideración que se les debe. Hoy, por un exceso no menos vituperable, les prodigan algunas personas alabanzas exageradas y tratan de pervertirlos inspirándoles una idea falsa de su importancia.

Procurarás, Fabio, conservar un prudente término entre estos dos extremos. No aceptarás ni la posición ínfima á que quisiera relegarte una preocupación que disminuye de día en día; pero rechazarás también el grosero incienso con que se quiera embriagarte. Y tratarás de ser un buen maestro de escuela y lejos de avergonzarte de este humilde nombre, te considerarás feliz de merecerlo, mostrándote siempre juicioso y modesto.

El orgullo que se ha inspirado á algunos de tus émulos, ha producido amargos frutos; existen todavía contra ellos prevenciones que acaso más de una vez te hagan sufrir. A veces se trata de humillar á aquellos á quienes se cree orgullosos; se despiertan desconfianzas por las pretensiones que se suponen en otros y acaso faltas ligeras son consideradas como verdaderos delitos. Por extraño que seas á las causas que han contribuido á esta predisposición general, siempre necesitarás mucha habilidad y tino para ponerte al abrigo de ella.

Ni creas tampoco encontrar en los niños esa docilidad que hacía en otro tiempo tan fácil conservar la disciplina en las escuelas. Los niños han sufrido también el contagio de ese espíritu general de independencia que reina hoy entre nosotros; son menos sensibles á los buenos tratamientos, menos susceptibles al temor, menos bien educados en el interior de las familias.

En esas familias se manifiesta un espíritu de exigencias, de importunidades que no existían en otro tiempo. El amor propio se ha hecho más irritable, la vanidad más susceptible. Los padres buscan excusas á las faltas del hijo, prestan oídos á sus injustas quejas y se ponen de su parte contra una severidad, que deberían secundar y bendecir.

Además el institutor está obligado á respetar un gran número de intereses encontrados con los cuales tiene que tocarse como ciudadano y como funcionario público. Así es necesario que resista todas las tentativas que se hacen para dominarle sin enagenarse por esto la voluntad ni el favor de aquellos cuya influencia no debe aceptar. Y para salir airoso de tales pruebas necesita siempre un espíritu recto é imparcial.

Ahora bien, ¿no crees que sería una grande imprudencia aventurarse á una carrera tan llena de dificultades sin estar convenientemente preparado?

CAPITULO III

VENTAJAS DE LA ESCUELA NORMAL Y DE LA
ESCUELA PRÁCTICA

Las reflexiones que preceden te habrán hecho comprender cuál es la utilidad de las escuelas normales y de las escuelas de práctica destinadas á preparar á los jóvenes que aspiran á las funciones de institutor público.

No quiero decir con esto que para llegar á ser un maestro hábil y virtuoso sea indispensablemente necesario haberse formado en alguno de estos establecimientos. Un joven dotado de felices disposiciones, entusiasta por el trabajo y dócil á sabios consejos, puede formarse sin estos auxilios; pero tropezará con muchos obstáculos y las probabilidades de éxito le serán mucho más raras.

En las escuelas normales los estudios son incomparablemente más serios que en cualquiera otra, el trabajo es más inteligente y tiene más unidad. Pero lo que hace su principal mérito es que las cualidades indispensables al institutor son desarrolladas ante los mismos alumnos casi sin que éstos lo noten, por una serie de medios ingeniosos que el celo de los directores no cesa de emplear. Trabajando por adquirir los conocimientos se forma el arte de transmitirlos, y lo que es aun más precioso es que en habilitándose para su profesión, se hallen dignos de ejercerla.

Será para tí una gran felicidad, Fabio, que seas admitido en uno de esos laboriosos asilos.

El alma adquiere una admirable sensibilidad,

una noble energía en esas casas en que todas las voluntades se hallan sometidas á la ley de una severa disciplina. No podrás, Fabio, formarte idea de lo que es esa disciplina. Las escuelas primarias mejor organizadas no ofrecen nada que se le aproxime. No podrías ni aun concebirla en la inflexible rigidez del régimen militar: porque la disciplina militar no ejerce su imperio sino sobre las acciones exteriores del soldado, dejando á su voluntad la más amplia libertad en todo lo que no tiene relación con el servicio. Pero en un colegio, en un seminario, en una escuela normal el mismo pensamiento se halla disciplinado bajo el imperio de una severa razón, y tanto los movimientos del alma como las acciones externas se encuentran igualmente sometidos á una regla.

Ahí todo se halla combinado por una sabia previsión que ejerce sobre el alumno una influencia saludable. Esta influencia que le comunica insensiblemente buenos hábitos morales se distingue en todo lo que se relaciona con sus miras, en todo lo que le pertenece y aun en cierto modo hasta en el aire mismo que respira.

Todo se combina á la vez para animarlo al bien, y sus maestros, sus condiscípulos, sus estudios, sus recreos contribuyen á esta santa obra. Cada mes, cada día, y puede decirse cada hora, marcan un paso más en su carrera.

No solamente en la escuela normal, se acostumbra el alumno á la práctica de la virtud; pero ahí sólo se amolda con especialidad al ejercicio de las que reclama su profesión. No debe olvidarse jamás que en esos planteles de la enseñanza deben formarse no sólo hombres de bien, sino institutores útiles; te convencerás de esto, Fabio, por tu propia experiencia si logras ser admitido en



ellos. No se permitirá á tu espíritu vagar en el campo de las teorías generales, ni descarrear-se en el de las aplicaciones inciertas y desconocidas; pero te ejercitarás con facilidad, por un hábito anticipado, en las cualidades que exige tu profesión. Te preparará para las pruebas á que más tarde tendrás que someterte; te dará armas para los combates en que tendrás que batallar; hará que esos combates sean para tí menos formidables y al mismo tiempo más raros, porque destruirá en tí las pasiones que los provoquen, y las debilidades que te harían sucumbir.

Escogidos maestros, cuya instrucción es en general muy superior á la de aquellos que están encargados de transmitirla, no cesarán de velar por tí. Nada para ellos se abandona al azar; y haciendo un asiduo estudio de los diversos caracteres, los cultivan según las inclinaciones de cada cual.

En fin (y no es ésta la menos preciosa de las ventajas que te señalo), te hallarás rodeado de émulos, jóvenes como tú, que aspirando al mismo fin, rivalizarán en esfuerzos para alcanzarlo; su entusiasmo te animará y el tuyo será un estímulo para ellos. En estas honradas luchas, el valor se aumenta con la victoria y con la desgracia; cada uno dá y recibe el ejemplo, y del conjunto de esas buenas disposiciones se forma un espíritu general que reacciona al mismo tiempo sobre cada uno con una fuerza siempre creciente.

¡Qué bello es contemplar una pura y generosa juventud conspirar santamente para el bien y disputarse la palma del trabajo y de la ciencia! No hay espectáculo más agradable á los ojos de la religión y de la patria.

Casi todo lo que acabo de decir de las escue-

las normales puede aplicarse á las escuelas de práctica, que á la verdad se hallan organizadas bajo diferente sistema, pero que el mismo espíritu las anima y prestan bien útiles servicios.

CAPITULO IV

CONDUCTA EN LA ESCUELA NORMAL Y EN LA ESCUELA PRÁCTICA

UA que la escuela normal ó la de práctica producen tan excelente resultado, no debe, pues, perderse el precioso tiempo que en ella se permanece. Ese tiempo, por otra parte, no pertenece al alumno, sino al Estado, que ha formado ese establecimiento, no en el interés de los que en él se albergan, sino en el de los niños á quienes más tarde deben darles la instrucción.

Aquel que después de lograr su admisión, se hace indigno por sus faltas de llegar á ser capaz de enseñar, comete en cierto modo un robo contra el Estado, y es culpable también ante la infancia, á quien priva de que otro institutor útil venga á ocupar el puesto que él ha usurpado.

Por fortuna, el sentido público no se ha engañado en este punto. Es mil veces más exigente con los alumnos-maestros que con lo restante de la juventud. En general, es demasiado indulgente con aquellas faltas que los jóvenes cometen por ligereza; castigándolas sólo por el ejemplo; no les atribuye la menor importancia, algunas veces también se ríe al castigarlas. Pero tal indulgen-

cia no se extiende jamás á los alumnos-maestros; se quiere que desde el principio se penetren del mismo espíritu que debe animarlos más tarde; se quiere que su obediencia, su aplicación, su estudio y su razón sean sin reproche.

Debes felicitarte, Fabio, de esas severas disposiciones que el público manifiesta y de que la autoridad participa; ellas contribuirán indudablemente á mantener en el establecimiento, sin alteración los hábitos de subordinación y de trabajo.

Un solo pensamiento debe inspirarte durante tu permanencia en la escuela normal, y es el de cumplir con todos tus deberes.

Cuáles son esos deberes?

Después de los del católico, que son los más sagrados é importantes, pero de que no tengo para que ocuparme aquí, los principales son la obediencia á la regla, la confianza en tu director y la bondad para con tus compañeros. Voy á darte algunos detalles.

Comprende, desde luego, Fabio, en qué consiste el primero de esos deberes. Hay dos clases de obediencia; la una es la que llamo obediencia exterior, que consiste en no hacer lo que está prohibido, y en hacer lo que está prescrito; ella regla las palabras y las acciones, ella pone al abrigo de todo reproche.

Esta obediencia es por desgracia la que conoce la generalidad de la gente. Pero tú, Fabio, no te contentes con ella, porque hay otra mil veces superior y meritoria que la llamaré obediencia voluntaria ó más bien obediencia del corazón.

Esta no regla, como aquella, los actos exteriores del hombre sino los movimientos de su alma. Por ella sólo, el alumno es verdaderamente dócil. No se contenta con obedecer, sino que obe-

dece con júbilo; no sólo ejecuta la orden que se le dá, sino que busca como prevenirla, no se conforma solamente con el mandato expreso, sino con el deseo, ó el pensamiento que encierra; lo que se le indica como saludable, lo ama; lo que como perjudicial, lo detesta.

No debes examinar, ni juzgar las órdenes que se te dé. ¿Serás capaz de comprender los motivos que las determinen en el ánimo de tus maestros? ¿Están obligados, acaso, á darte cuenta de su resolución? Que la obediencia sea completa, y por consiguiente que la ejecución de una orden no vaya jamás acompañada de una secreta murmuración. El que se somete con repugnancia á la voluntad de sus superiores no obra como alumno sino como esclavo; cede, pero no obedece.

La obediencia que debes manifestar á tus directores no será meritoria, si no va acompañada de la confianza, es decir de una disposición interior á mirarlos como á tus segundos padres, á quienes debes comunicarles tus más íntimos pensamientos, y á quienes siempre debes creer en sus palabras.

Son los que entonces representan á tus padres, de quienes te has alejado; al gobierno que dirige tu instrucción, y al país que funda en tí sus esperanzas. Son tus maestros, tus protectores, tus amigos. ¿Quién más que ellos será capaz de enseñarte á encontrar tu felicidad en el cumplimiento de tus deberes? Déjales entonces un dominio soberano sobre todos tus pensamientos. ¡Cuál será tu error si no ves en ellos los hombres que te han de dejar apto para rendir las pruebas que se te esperan! Ellos son, por otra parte, los encargados de formar en tí esos hábitos morales que te han de ser digno de ejercer tu alto ministerio.

¿Cómo podrán cumplir esta tarea, si tu corazón no es para ellos como un libro abierto en el que puedan leer á cada instante? ¿Cómo lo conseguirán, si tú no sigues sus consejos con piadosa docilidad? ¡Desgraciado de tí, si tienes para ellos secretos! ¡Desgraciado si oyes otra voz que la suya!

Tienes también otros deberes que cumplir para con tus compañeros de estudio; esos deberes pueden reducirse á dos: la bondad y el buen ejemplo.

Animado siempre para con ellos de sentimientos fraternales; no te ofusquen jamás las querellas, el odio, ni la envidia; te compadecerás de sus defectos, que no deben ser jamás para tí un motivo de desprecio; aplaudirás sus triunfos, harás que ella exciten tu emulación, sin ser jamás servil.

Auérdate sobre todo, que pesa sobre tí la obligación sagrada de incitarlos al bien con tus palabras y con tu ejemplo. Sí, Fabio, los malos ejemplos de los camaradas han perdido mayor número de jóvenes, que los que han salvado las buenas lecciones de los maestros. Basta muchas veces una palabra, un gesto, un recuerdo para provocar en un corazón juvenil la indocilidad, y por consecuencia inevitable todos los vicios que trae consigo. Condúctete de manera que á la salida de la escuela, puedas decir: "Ninguno de mis camaradas me ha visto hacer nada, ni jamás oído que haya podido extraviarlo del camino del bien".

Vive amigablemente con todos, pero no tengas intimidad sino con aquellos en quienes reconoces mejores inclinaciones para la virtud; rechaza lejos de tu corazón toda amistad que tus directores no aprueben; guárdate sobre todo de esas uniones funestas á las cuales preside un espíritu de

desobediencia y de hipocresía, en las cuales naturalmente se confían malvados pensamientos, se denigra en secreto lo que tiene en público el aire del respeto, se habla con desprecio de sus deberes, muchas veces aun de sus superiores: tales uniones son abominables, y conducen á una pérdida infalible á los que han tenido la desgracia de contraerlas.

CAPITULO V

NOVICIADO Y ESTRENO EN LA ENSEÑANZA

Tus estudios han terminado ya; un diploma de competencia ha coronado tus esfuerzos; vas á dar los primeros pasos en la carrera.

Piensa en que el estreno de un joven puede ejercer la más poderosa influencia sobre su porvenir. ¡Cuántos institutores no han tenido que lamentar durante toda su vida algunos errores, hijos de la inexperiencia de sus primeros años!

Antes de ser colocados á la cabeza de una escuela, te será en gran manera útil vivir durante algún tiempo bajo la dirección de un institutor inteligente ó hacer, en calidad de ayudante ó de segundo, el aprendizaje de su profesión. Yo no llamo inteligente á aquel que en otro tiempo se hubiere distinguido en la Escuela Normal, sino á aquel que sobresale en el arte de iniciar á los niños en las nociones de los más sencillos conocimientos, sobre todo á aquel que, sin ruido ni aparato y que por la sola acción de una volun-

tud prudentemente dirigida, les impone los hábitos de orden y de trabajo.

El te allanará el difícil tránsito de la teoría á la práctica; aprenderá á ser institutor sin dejar de ser alumno. Ilustrará tu celo, evitará tus extravíos y fortificará tu débil marcha. Te hará ver cómo se consigue el respeto sin el rigor, cómo se obtiene el cariño sin la debilidad, cómo se toma ascendiente entre ellos poniéndose á su nivel.

Si no puedes hacerte de las utilidades de este noviciado si inmediatamente después de haber obtenido tu diploma te encargan de la dirección de una escuela con el título de institutor provisorio ó propietario, vigílate con atención; no olvides que aunque tienes el título de maestro, realmente aun no eres más que un escolar. Es fácil tropezar al principio, y una sola falta falta puede perderte.

¿Cuál será tu conducta en una sociedad en que, tan joven aun, tienes que responder no sólo de la escuela sino de tí mismo? Si, por casualidad, esa sociedad es la misma en que has nacido, encontrarás allí las afecciones de la infancia, las costumbres de la familia que te sirvan de impedimento. Si, lo que con frecuencia sucede, se te dá colocación lejos del suelo natal, te verás rodeado de extraños; no conocerás el pueblo, ni sus habitantes, ni su carácter. Podrás chocar contra mil escollos que apenas puedo indicar aquí, escollos tanto más peligrosos cuanto que no puedes prever su existencia.

Alejarás estos peligros, Fabio, si en lugar de confiar mucho en tí mismo, te diriges prudentemente.

Consulta á tu pastor que por la naturaleza de

sus funciones, debe tener sentimientos paternos para tí.

Escríbele á tu antiguo director; vístalo con la frecuencia que la distancia lo permita. Elige en los alrededores de tu residencia algún institutor ya antiguo en quien depositar tu confianza. Respeta su experiencia y consúltala. No creas tener más instrucción que él porque ha olvidado una parte de los conocimientos que tú conservas frescos. Para tí, como para él, la verdadera ciencia es la de la enseñanza. Él la posee, y conoce por una larga práctica á los niños, á los padres y el espíritu social.

No sólo debes pedir consejos para el ejercicio de tu profesión sino también para la vida privada.

Retenido hasta entonces bajo el régimen de una severa disciplina, has sido llamado de un golpe á gozar de una peligrosa independencia. En los primeros momentos, sentirás quizás muy buenas disposiciones para abusar. Si el gusto del placer se apodera de tí, la escuela te aburrirá. Como vivirás solo, las necesidades de la familia no te exigirán economías. Creerás poder gastar sin escrúpulo todo lo que recibas como honorario, contrayendo, de esta manera, hábitos de disipación. Joven, serás requerido por los jóvenes; olvidarás que los placeres de la edad, aun los lícitos, te están casi todos prohibidos. El público quiere (y tiene razón) que la cabeza del institutor sea tan madura con cabellos negros como con canas. Sin conocer aun las familias, podrás engañarte en la elección de tus relaciones y ceder á instancias que habrías rechazado si hubieses comprendido el fin.

Evitarás todos estos escollos depositando tu confianza en los hombres prudentes de que te he

hablado. Pídeles, no elogios, sino advertencias, y si lo mereces, censuras. La lisonja es dulce al oído, pero produce, para el alma, frutos corrompidos; la censura es desde luego amarga, pero sus frutos son llenos de dulzura.

CAPÍTULO VI

ELECCIÓN DE UNA ESCUELA.—PERMANENCIA

HAS hecho el aprendizaje de tu profesión, en calidad de ayudante ó de segundo, bajo la dirección de un institutor ilustrado donde has ejercitado tus fuerzas en una modesta escuela, y después de este noviciado te ocupas seriamente en la elección ó aceptación de un puesto en que el cumplimiento de tus deberes pueda conciliarse con la legítima aspiración de un bienestar proporcionado á tu condición.

Este asunto es para tí de una alta importancia; reflexiónalo con madurez, y antes de determinarte, si eres institutor libre, ó antes de dirigir una petición á la autoridad, si perteneces á la enseñanza pública, abandona una preocupación que domina á un gran número de institutores: se figuran que la importancia del maestro es proporcionada á la de la escuela que regentan, y sobre todo á la de la sociedad en que la escuela se halla colocada. Hé ahí un gran error.

Las diversas localidades tienen sus inconvenientes y también sus ventajas. En las ciudades, el institutor tiene más cuidados y experimenta más

resistencia: en el campo es obligado frecuentemente á desempeñar un gran número de pequeños empleos. En las ciudades su tratamiento es más elevado; en el campo sus haberes son mucho menos considerables, lo que establece cierta igualdad bajo el punto de vista pecuniario.

Yo convengo, sin embargo, en que relativamente á las ventajas materiales, hay mucha diferencia en las escuelas y que, en general, esas diferencias están graduadas según la importancia de las sociedades; pero no debe deducirse que la importancia del institutor anmente ó disminuya en la misma proporción.

La estimación que se concede á los maestros se mide por el modo como cumplen sus deberes y no atendiendo á consideraciones extrañas á su persona y á su enseñanza. Supongamos que haya dos institutores funcionando en diversas localidades, de las que la una tiene dos mil almas y la otra solamente de cuatrocientas á quinientas. ¿Y se considerará más el primero que al segundo sólo por la diferencia de estas cifras! ¿Puede imaginarse nada más absurdo?

Por el contrario, sucede generalmente que en una pequeña localidad el institutor goza de mayor consideración, porque con frecuencia él es allí casi el único hombre instruido y puede prestar servicios ya á la sociedad, ya á las familias. Pero en una sociedad ó en una villa algo considerable, hay muchas personas que con respecto á conocimientos son superiores á él.

En las pequeñas aldeas un buen institutor es, en cierto modo, un tesoro; se teme perderlo; se conoce las dificultades que hay para reemplazarlo; su presencia en la localidad es considerada

como un beneficio celestial. Pero en una villa de importancia ó en una ciudad se le presta menos atención; se sabe que si el empleo vaca no faltarán aspirantes, y por ilustro lo que sea se confía en que, perdido, se le podrá reemplazar fácilmente, aun con ventaja.

¿No sería una desgracia seria que una localidad no encontrase un institutor por ser pequeña y pobre? Es necesario que en todas partes todos los niños, cualquiera que sea la localidad á que pertenezcan, reciban atenciones inteligentes. Los niños de la más pequeña aldea son tan caros al Estado como los de la ciudad más opulenta. No puede existir otra diferencia entre los maestros que los instruyen, que la que nace de su mérito personal.

No desprecies, pues, Fabio, una pobre escuela de aldea; ahí quizás vas á encontrar los corazones más reconocidos, los caracteres más dulces; ahí Dios derramará su bendición sobre tus trabajos, humildes sin duda, á los ojos de los hombres, pero nobles y elevados á los de Él.

Debo darte un consejo. Cualquiera que sea la escuela á que te hayas dedicado después de serias reflexiones, ámala, y en cuanto puedas no la abandones por una nueva.

No quiero decir que, elegida la primera escuela, sea también la última. Nó, muchas veces tu estreno no será perfectamente feliz; desearás un cambio de posición; muy justo.

No vitupero, en manera alguna, la aspiración racional de mejorar de condición; legítimo deseo si no degenera en manía, como algunos jóvenes institutores que, antes de las nuevas leyes sobre enseñanza, cambiaban frecuentemente de residencia por un corto aumento de honorario, po-

niendo durante los seis meses todas sus ambiciones y todos sus deseos en el ascenso. Circunstancias hay en que el más rápido cenor no podría reprobártelo si según el interés de tu familia y según el tuyo, rompes lazos queridos, por contraer otros nuevos.

Pero estos casos enumerados son bien raros. Generalmente para la escuela como para el maestro, la permanencia es el mayor de los bienes. Cuando encuentres una colocación que satisfaga tus aspiraciones, dí: "Hé aquí mi patria, en ella quiero vivir y morir, en ella también quiero merecer el respeto de los niños, la amistad de los padres de familia, la estimación de todo el mundo. Quiero ligarme á mi escuela por medio de un lazo sagrado que durará tanto como mi actividad, y si es posible, tanto como mi vida".

Séame permitido traer á la narración un pasaje tomado de una obra sobre las escuelas normales. "Mientras más se adhiera el institutor á su escuela, más utilidad reportará su ministerio. Entre él y la localidad nacerán mil lazos de simpatía: no sólo tendrá afección por la escuela que dirige sino por la música que toca, por el coro que ha formado, por el jardín que cultiva, por los árboles y las flores con que ha embellecido el suelo y, en fin, por la localidad entera. Encanecerán sus cabellos en medio de las generaciones que le deberán el beneficio de la educación moral. Educará á los hijos de sus alumnos y siendo respetado por los padres tendrá la autoridad de un oráculo para con los hijos. Su vida tendrá algo de patriarcal que se reflejará sobre su profesión, imprimiéndole cierto carácter de santidad".

CAPITULO VII

AMOR Á SU PROFESIÓN, PRIMERA CUALIDAD
DEL INSTITUTOR

PARA que la escuela te interese, es preciso que ames tu profesión. Todo hombre que no tiene amor á su estado es digno de compasión y el institutor más que cualquiera otro.

Alimenta, Fabio, esta noble pasión. Cualquiera que sea la instrucción que hayas adquirido, guárdate de imitar á esos preceptores que fingen una notable superioridad para el desempeño de sus humildes deberes, y que á causa de esta pretensión, muestran á las claras su indignidad. Guárdate, sobre todo, de imitar á aquellos que declaman sin cesar contra el ministerio que ejercen, que lo soportan con impaciencia como una cadena que los aprisiona muy á su pesar, que continuamente exageran sus inconvenientes, y que no cesan de desahogarse en amargas quejas, sobre su propia suerte.

Esos hombres creen aparecer más grandes á los ojos de los que los escuchan: triste error: sus insensatas quejas no tienden sino á hacerlos ridículos.

En efecto, ¿se puede acaso, sin una indignación mezclada de menosprecio, oírles quejarse de una profesión que son muy felices de poder ejercer? Dígámosles en alta voz lo que cada uno, al escucharlos, les diría en secreto. La mayor parte de ellos (y no por esto se los echo en cara), han encontrado en esta profesión recursos sin los cuales hubieran sido quizás muy dignos de lástima.

Bien se sabe que en general los padres de familia, que tienen cierta comodidad, prefieren para sus hijos un estado que exija un género de vida menos austero. El pobre jornalero nacido en las mismas condiciones de fortuna que ellos, cuánto no envidiará su suerte y su instrucción mediante la cual pueden vivir al abrigo de la intemperie de las estaciones sin otras fatigas que las de transmitir á la infancia algunos conocimientos elementales que, casi siempre, les han sido comunicados gratuitamente.

Por otra parte, aquel que no ama su profesión la ejerce de mala gana, y por consiguiente la ejerce mal.

¿Cómo podré yo creer que amáis á vuestros alumnos, si continuamente os quejáis de veros obligados á instruirlos, y si mostráis en las relaciones con ellos, no la abnegación de un amigo sino la resignación de un esclavo?

Este odio á la profesión es verdaderamente absurdo. Reflexiona, Fabio, y te convencerás de que sería una desgracia para tí si abrazaras otra. En general las profesiones que podrías sustituir á la tuya son todas trabajosas, pocas son lucrativas, ninguna es más honorable.

Pero si estas consideraciones no ejercen sobre tí ninguna influencia, y si realmente te disgusta tu profesión, abandónala. Un buen jornalero satisfecho con su posición, vale más que un preceptor descontento de la suya.

Tal vez no haya hombre más desgraciado que un institutor á quien fatiga y aburre la enseñanza. En vano estará presente en la escuela, pues con su pensamiento estará ausente. Su imaginación estará muy distante. Suspira por el momento en que terminará su clase, es decir su suplicio. Ca-

da minuto de espera es para él un siglo. Acusa sin cesar la lentitud de las horas, pero mientras más quisiera apresurar su marcha, parece que se arrastra con más lentitud!

Si ese mal maestro supiera hacerse á sí mismo un generoso esfuerzo, la atención que prestaría á su clase sería para él mil veces menos trabajosa que el suplicio que allí sufre. Esas horas que le parecen tan lentas pasan con rapidez. Así, aun cuando éste no fuera un asunto de conciencia, para evitar el aburrimiento que lo mata, debería procurar amar su deber.

Algunas veces, cosa increíble! No le tienen aversión y afectan menospreciarla para darse tono. Qué miserable debilidad! Si haces alarde de menospreciar, la profesión no te honrará. Los niños estarán tan poco satisfechos de tenerlo por maestro como tú de tenerlos por alumnos. Mientras más disgustado te manifiestes de tu condición, más se aburrirán ellos de la suya: porque ¿cómo podrían ellos recibir con placer las lecciones que tú les darías con repugnancia? Cuando te oigan decir hablando de tus funciones: *Qué maldito oficio!* no es muy natural que ellos digan hablando de su clase: *Qué infernal!*

Presérvate, Fabio, de tan odiosa extravagancia! Ama esta profesión que te alimenta y que te honra. Ama también la infancia; no te dejes desanimar, ni aun por su ingratitud, que dá á tu sacrificio un mérito más. Ama á esos jóvenes alumnos que te confía tu país, y piensa que, si no comprenden el bien que les haces, aquel que ha creado sus almas inmortales lo ve y no lo olvidará.

CAPITULO VIII

PORTE Y CONDUCTA PRIVADA

COMUNMENTE se llama *porte* el conjunto de aquello que, en las costumbres de un hombre y en su manera de obrar, llama la atención del público.

Un buen *porte* no hace las veces de una buena conducta; pero es casi siempre su prueba, y, por decirlo así, su expresión.

Se dice que un institutor tiene un mal *porte* ó que no tiene absolutamente *porte* cuando en la clase se familiariza con los alumnos, ó que olvida en presencia de ellos las prescripciones de un severo decoro, ó que se deja llevar á una inconsiderada manifestación del disgusto que experimenta; y también cuando no sabe hacer reinar en el seno de su propia familia la calma, el orden y la decencia; cuando habla mucho y atolondradamente ó que está muy á menudo fuera de su casa, ó que se une con personas cuya compañía no debiera frecuentar. Nada digo de aquel que olvidara las leyes de la temperancia, eso ya no sería lo que se llama mal *porte* sino abandono y no puedo suponer que un institutor sea capaz de ello.

El hombre ligero en sus propósitos ó caprichoso en sus resoluciones, ó inconstante en su modo de vivir; el hombre que condena hoy lo que alabó ayer, que se deja llevar por el primero que se presenta, que va á la vanguardia del fraude, y que eche de lleno en medidas de disciplina ó de enseñanza que poco después se verá obligado á desaprobar; este hombre, digo no tiene el *porte* digno

y firme que conviene á un institutor tanto como aquel que promete, anuncia, amenaza sin haber reflexionado lo bastante y cuyos anuncios resultan necesariamente falsos, las amenazas insignificantes y vanas las promesas.

Pero es, sobre todo, en la dignidad exterior del hombre donde el *porte* del institutor no debo dejar nada que desear.

Piensa, Fabio, que tu profesión participa en cierto modo de la santidad del sacerdocio. El país al confiarle sus hijos, espera mucho de las impresiones que en ellos hará nacer el contacto contigo. Por consiguiente, no debes consentir ni en tí, ni al rededor de tí nada que no sea para ellos un buen ejemplo. Es preciso que los padres de familia puedan recomendar á sus hijos que te imiten en todo: es preciso que sea más tarde una felicidad para esos niños el haberse acostumbrado, instintivamente á su maestro.

He dicho *en tí y al rededor de tí*. Bajo este punto de vista toda tu familia debe encontrarse al abrigo de toda tacha. Más de una vez se ha visto á un institutor perder todo su crédito en un territorio municipal, y obligado aun á abandonarlo, porque las personas que de él dependían habían comprometido su posición con sus faltas. Más tarde volveré sobre este asunto.

Persuadido, como le he dicho, que, en ninguna ocasión olvidarás las leyes de la temperancia, leyes que, no podrías infringir una sola vez sin degradarte, añadiré, sin embargo, un último consejo.

En los campos, y aun en los pequeños pueblos, hay la costumbre de dirigirse ordinariamente á los institutores para la redacción de diversos actos bajo firmas particulares. Sin inconveniente

alguno puedes prestar tu pluma para este ministerio si es que no te lo impiden los reglamentos que rigen las escuelas de tu departamento.

Pero, una costumbre bastante generalizada quiere que, cuando se discute un asunto, termine la discusión en una taberna y á menudo que el acto sea también redactado en ese lugar de distracción; en medio de una especie de orgía.

No vituperes semejante costumbre: eso no te concierne. No critiques á aquellos que se conforman con ella; tu cometido es el de instruir á los niños y no el de gobernar á los hombres. Pero al dejar á los otros en entera libertad de obrar según sus caprichos, declara tú que no los imitarás. Sé firme en tu resolución. No te dejes arrastrar por las provocaciones ni intimidar por el ridículo. Si pretenden que el acta sea escrita por tí, exige que vayan á la sala de tu escuela á la hora en que el local se encuentre libre; en seguida, que vayan los contratantes, si quieren, á celebrar la conclusión del asunto perdiendo miserablemente su tiempo. Poco te importará puesto que no los sigues.

Pero en la sala misma de tu escuela niega tu ministerio á personas que vinieran á reclamarlo al salir de una taberna.

Muchas veces el vendedor, con la esperanza de subir el precio, y el comprador para obtener una rebaja buscan mutuamente el medio de trastornar su razón por medio de reiteradas libaciones. Aquel de los dos que sucumbe en esta lucha indigna necesariamente habrá comprometido sus intereses. Rehúsa siempre tu ministerio á todo aquel á quien el vino haya exaltado ó debilitado las ideas. Poco importa que él mismo haya tendido el lazo en el cual acaba de caer. Aprovecharse del esta-

do en que se encuentra sería una mala acción. La sola sospecha de una connivencia tan vergonzosa podría causar tu deshonra.

Cuando vayas á la ciudad, haye de aquellos lugares donde se reúnen los hombres que abusan de sus placeres. Allí se respira un aire mortal para la virtud. Saliendo de ahí te sentirías con menos ardor para obrar bien. Tus deberes no tendrían ya para tí el mismo atractivo. Experimentarías una especie de languidez acompañada de un secreto deseo de apagar de nuevo esos festivos placeres.

Abrigo la esperanza de que tarde ó temprano un reglamento severo prohíba á los institutores la entrada á esos lugares, cuya frecuentación es considerada por todas las autoridades escolares como una de esas *fultas graves* castigadas por la ley.

Puesto que el frecuentarlas es hacerse culpable, ¿por qué aparecer en ellas ni siquiera una vez? Cuando la frecuentación de un lugar no es buena, una simple aparición en él es ya un mal.

CAPITULO IX

MANERA DE VIVIR PROPIA PARA UN INSTITUTOR

VÓCAME ahora darte algunos consejos sobre la manera de vivir que te conviene como también á todas las personas de que se componga tu familia.

Extremadamente modesta y sencilla debe ser esta manera de vivir.

Cualquiera que sea la renta que te procura tu empleo debes rechazar toda mira de lujo. Al rededor de tí todo debe ser de una extrema sencillez. Un aseo irrepachable será el más bello adorno de tu morada. Nada en la casa, debe herir las miradas del pobre que viene á confiarte sus hijos; nada de-pertará en el espíritu de tus jóvenes alumnos ideas de gastos y ostentación.

No por esto serás más desgraciado; al contrario, mucho más vale menos aparato y más comodidad real. ¿Crees, por ventura, que en las noches de invierno se goce más del reposo y bienestar en un rico salón, que en el modesto cuarto en que se agrupan, al rededor de un buen fuego, personas á quienes el recuerdo de un día bien empleado reanima el corazón?

Debe insistir sobre estas recomendaciones puesto que desde algún tiempo se busca con empeño el medio de atraer á los institutores á un camino enteramente opuesto.

Créeme, Fabio, si tienes la suerte de vivir en la aldea, no envidies nada á la ciudad; si vives en la ciudad conserva en ella la modesta existencia de la aldea. Así es como serás verdaderamente rico, así es como serás dichoso.

Lleno de estos sabios sentimientos los transmitirás insensiblemente al corazón de tus discípulos. Pero, ten por cierto que, jamás conseguirías inspirarles amor á una vida modesta si vieran lujo alrededor de tí. Mal se predica la sencillez cuando se evita principiar por dar el ejemplo. Poco nos aprovecha un consejo cuando aquel que lo dá es el primero en no seguirlo.

El Gobierno, en cuyo nombre ejerces tu profe-

ción, sabe muy bien á cuantos peligros expondría la juventud, si la colocara bajo la dirección de un hombre cuyo ejemplo, en lugar de enseñarle la resignación á una existencia modesta, alimentara en ella la sed inmoderada de las grandes comodidades. Si el pensamiento del Gobierno, á este respecto, no se te manifiesta siempre por las diversas clases de delegados que cerca de tí lo representan, no por esto deja de existir y debe ser para tí una verdadera ley.

Hermosa y noble tarea es, Fabio, enseñar á la pobreza á estar contenta y satisfecha de sí misma.

Vicente de Paul, ese gran santo, ese hombre admirable, que disponía del derecho de nombrar los obispos en todo el reino, vivía y vestía como un pobre cura de campo.

Entra á uno de esos santos asilos, en donde las hermanas de la Caridad se dedican al alivio de los indigentes y de los enfermos. Nada se escasea para este piadoso servicio; la pobreza llega hasta la elegancia, la abundancia hasta el lujo. Pero tratándose de ellas mismas, la sencillez, que para ellas es un deber, sobrepasa todo cuanto uno puede imaginarse. Su traje es tosco, su alimento en extremo frugal y apenas suficiente; sus modestas celdas no tienen más adorno que la virtud de aquellas que las habitan. La Superiora no se distingue de sus compañeras sino por su celo más vivo para honrar la condición del pobre compartiéndola con él.

Y sin embargo, muchas de esas hermanas han sido criadas en medio de regalos que parece debieran hacerles esta vida mucho más penosa. Pero á fin de llegar á ser dignas misioneras de la Providencia entre los pobres, se han hecho po-

brea, tanto de hecho como de corazón: esfuerzo generoso que nada cuesta á su celo.

Y tú también, Fabio, tú también serás entre los pobres un misionero de la Divina Misericordia. Esta resignación á una modesta existencia te costará probablemente poco. Tus primeros años han transcurrido en medio de una honrada pobreza: pues no son los dichosos del siglo los que dedican sus hijos al duro apostolado de la enseñanza primaria.

No te ruborices, pues, de la humilde condición de tus padres, y no te figures que, por haber llegado á ser preceptor, te has elevado sobre ellos. Hijo de un labrador, tú también tienes que desmontar y cultivar una tierra ingrata; también tienes que regar con tu sudor una mies que no siempre madura. Hijo de un artesano, trabajas en pulir jóvenes inteligencias, muchas veces rebeldes á tus lecciones como lo son la madera y la piedra á las herramientas de tu padre.

Hónrate, pues, de ser un hombre de trabajo, hijo de laboriosos obreros. Los hombres colocados con más suerte en la escala social, y que si quisieras igualarte á ellos, te despreciarían, te estimarían. La misma vanidad, por poco inteligente que sea, preferirá siempre un hogar honroso entre las modestas existencias que uno ínfimo y disputado en el mundo de las pretensiones.

No te canses jamás de meditar estos prudentes consejos, porque entre las enfermedades que atormentan á nuestro siglo, una de las más peligrosas es la deplorable manía de elevarse sobre su condición. Procura no contagiarte con esa fiebre, tú, cuyo deber es el de contribuir tanto cuanto de tí dependa, á su pronta curación.

Sobre este punto la prudencia está de acuerdo

con la moral. Los gastos que necesitaría una manera de vivir un tanto regalada, absorberían los productos de tu empleo y tal vez los sobrepasarían. Es calcular muy mal considerar lo que se saca del trabajo como una renta, y vivir en consecuencia. Si tus emolumentos sobrepasan tus necesidades reales, dá gracias á la Providencia, y pon en reserva el sobrante á fin de crearte recursos independientes de una profesión que tal vez no podrás siempre ejercer.

Obrar de otro modo, y crearse, por orgullo, la costumbre de gastar á la cual será preciso renunciar más tarde, ¿no es esto una verdadera locura?

CAPITULO X

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LAS AUTORIDADES ESCOLARES

LA ley ha designado para dirigir la junta y arreglar los detalles de la instrucción primaria, al magistrado más eminente del orden civil, al gobernador; le ha dado por auxiliar un consejo departamental y un visitador de escuelas, y además ha querido que, en cada localidad, el subdelegado y el párroco sean los inmediatos vigilantes de la escuela. Ha creado además los inspectores de distrito para ilustrar y segundar la acción de estas diversas autoridades.

Tales son los superiores, los protectores y los guías que te dá Fabio, la ley. No sólo los respetarás sino que tendrás confianza en sus inten-

ciones tanto como en sus luces. Porque, qué quieren ó aguardan de tí? Sólo que la infancia sea instruida convenientemente y educada con moralidad. Si desempeñas debidamente esta obligación, su benevolencia es tan segura como la del oficial para con el buen soldado, como la de los jefes de talleres para con un obrero laborioso y aun como la tuya para con el alumno que cumple celosamente sus deberes.

Algunas veces una desinteligencia muy frecuente, sobre todo en el campo, divide á los visitadores de la escuela, al subdelegado y al pastor. - No te alarmes por esta desunión; cesará de existir natural y necesariamente en todo lo que á tí se refiera. Estos dos funcionarios no pueden tener, con relación á la infancia, más que un solo pensamiento.

El subdelegado quiere para ella una educación escrupulosa, el pastor una instrucción esmerada. Comprenderán ellos bien pronto que tú no puedes tener ingerencia en sus divisiones sin comprometer un interés que es igualmente caro. Cada uno sabe que necesitas del apoyo del otro tanto como del suyo propio, cuya privación sería perniciosa para la infancia.

Si, lo que es muy difícil, alguno de ellos cegado por la pasión quisiere instarte á que te separes de esta prudente abstención que hace tu fuerza, resistirás respetuosa pero enérgicamente. Permanecerás firme en tu deber. Todos aplaudirán tu conducta; la autoridad superior, si necesario fuere, te alentará y aun aquel á quien no has querido acceder te concederá más estimación.

Puede suceder que el subdelegado no posea tanta instrucción como tú. No es muy difícil que en la visita y en presencia de los niños de

á conocer su inferioridad por una falta de pronunciación ó de lenguaje. No sólo debes ser prudente en hacer notar esa falta sino que debes evitar de hacerla aparecer, sea por un jesto ó una sonrisa capaces de ser percibidas. Procura disimularla á causa de los niños sobre todo que, probablemente no la notarán, si tú no te detienes en ella. Convéncete de que no eres el juez del superior de la localidad sino que por el contrario él es el tuyo. Si carece de instrucción es más que probable que provenga de circunstancias ajenas y no de él mismo; tú eres el culpable si te falta la deferencia y la caridad. Para él sería una pequeña desgracia la ignorancia de las prescripciones de la gramática; pero sería una muy grande para tí el desconocimiento ó la negligencia de lo que prescribe la benevolencia; sería, sobre todo, un grave mal para los niños el recibir de su maestro el ejemplo de esa falta de urbanidad y de moderación.

CAPITULO XI

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LAS AUTORIDADES LOCALES.

TENDRÁS numerosas relaciones con el subdelegado y con el párroco en lo que respecta á sus funciones de supervigilancia de la escuela.

Las que tuvieres que mantener con el párroco serán tanto más frecuentes cuanto que á tus funciones de institutor tendrás que agregar las más veces las de capellán laico. Que estas sean siem-

pre respetuosas por tu parte, que por la de él serán indudablemente llenas de consideración y de benevolencia.

No olvides en ningún caso que la superioridad de sus luces le pone en estado de darte una sabia dirección; porque todo lo que tú sabes, Fabio, es muy poca cosa en comparación de lo que ha debido aprender tu pastor, aun antes de prepararse seriamente al sagrado ministerio del altar. Los estudios clásicos, largos y dificultosos de por sí, tienen, sin embargo, para perfeccionar los espíritus un poder efectivo que no tienen derecho para poner en duda aun aquellos que no han experimentado su feliz influencia; y es á estos nobles estudios á los que su adolescencia ha sido consagrada. Mas tarde, la religión le ha iniciado en los más sublimes misterios de la ciencia de Dios ¿cómo, pues, no ha de ser para tí un excelente guía?

En algunas partes, lo sé, se han suscitado enojosas disenciones entre el sacerdote, encargado de enseñar la palabra de Dios, y el preceptor que, bajo su dirección, debe preparar á la infancia para recibirla. Sin embargo, ¿quién no vé que entre ellos debería reinar siempre la más perfecta armonía? Si se tratase de averiguar el origen de estos deplorables conflictos, bien pronto se descubriría que ellos no habrían venido á afligir á las almas bien puestas, si el institutor hubiese sido más severo en su manera de portarse ó más exacto en el cumplimiento de sus deberes. Bajo este doble punto de vista, el pastor es á veces demasiado exigente; y se le debe guardar agradecimiento por ello.

Hijo sumiso de la Iglesia en todo lo que concierne á la fé, acuérdate, Fabio, que en todo lo

restante pertenece principalmente á la autoridad civil el derecho de dirigirte. Permanece alejado de las discusiones políticas; ni la multiplicidad de tus ocupaciones, ni la naturaleza misma de tus funciones te permite mezclarte en ellos. Si, con todo, la necesidad te obliga á tomar parte, acuérdate que el partido del orden, de la sumisión á las leyes, de la obediencia á la autoridad, debe contar siempre entre sus más celosos defensores al hombre encargado de la instrucción moral á la niñez.

Como representante de la autoridad pública, el jefe local debe contar no sólo con tu deferencia, sino también con tu más interesado concurso. Jamás hables de su administración sino con estima, de su persona sino con respeto, de sus intenciones sino con la convicción de que son puras. Si te hace el honor de consultarte, respóndele con entera franqueza, reprochando en voz alta delante de él todo lo que creas de tu deber censurar. Pero lejos de su presencia no hables de sus decisiones sino para ensalzar su sabiduría, ó si te desagrada, que tu desaprobación no se manifieste jamás sino por tu silencio.

Una conducta tan sabia, te granjeará, Fabio, más y más la estimación de todos; y una conducta contraria producirá de seguro resultados diametralmente opuestos.

Hágase en buena hora la oposición contra la autoridad, esto no es raro en nuestro país; pero aquellos que la censuran con más acrimonia, despreciarían en el fondo de su alma al preceptor que tratara de imitarlos; saben muy bien que la infancia debe ser educada en una especie de santuario, en donde la voz de las pasiones no ha de dejarse oír; saben muy bien que el hombre en-

cargado de iniciarla en la senda de la moralidad, no debe hablar de las leyes sino para proclamar su santidad, y de los magistrados sino para recomendar la obediencia á sus prescripciones.

Tal vez en algunas ocasiones tomes una parte secundaria en la ejecución de los actos de la autoridad, en calidad de ayudante del jefe político de la localidad, como encargado de los registros del estado civil; te desempeñarás con celo y asiduidad en el cumplimiento de estas útiles obligaciones, y no por esto serás menos modesto, ni tendrás la presunción de creer que participas en el ejercicio de la autoridad, porque sus depositarios descargan en tí el peso de algunos detalles subalternos; mirarás con compasión á aquellos de tus compañeros que por ser secretarios del jefe civil y capellanes laicos se alaben de dirigir con sus consejos á la autoridad política y eclesiástica y digan que dirigen la comuna y la parroquia. Tú, Fabio, no tendrás la pretensión de manejar á nadie, te contentarás con ocupar tu puesto; tu única ambición será la de dirigir, no la parroquia ni el municipio, sino la escuela; esta tarea es bastante difícil; no aspirarás al peligroso honor de una responsabilidad más lata.

CAPITULO XII

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LOS PADRES DE FAMILIA

Todos los niños en la escuela son iguales, y por una consecuencia necesaria, todos los padres son iguales á los ojos del institutor. Si

el hijo del jefe político se halla en el número de tus alumnos, el jefe político, como padre de familia, no deberá tener para tí mayor importancia que la que tiene, igualmente como padre de familia, el más pobre jornalero; lo que nada quitará al respeto de que siempre darás pruebas para con el jefe de la localidad. Si una viuda indigente viene á hablarte de sus hijos, tú satisfacerás sus preguntas con tanta complacencia y buen comportamiento, como si tuvieses que responder á una alta señora que te hubiera confiado su hijo.

Jamás permitas, pues, que, como sucede con demasiada frecuencia, algunas familias usurpen en la escuela una importancia tiránica. Estas familias llegan á ser para el establecimiento un verdadero azote, ejerciendo en él una especie de inquisición; todo debe hacerse para un hijo, éstos deben de ser el centro de todo. Cuídate de dejarte gobernar de esta manera; por otra parte no se te guardaría el agradecimiento de tu debilidad pues parecería á esos padres exigentes que tú no hacías en ello más que cumplir con un deber. Cuántas veces se les oye decir con todo candor: "Todos los maestros manifiestan por nuestro hijo una predilección exclusiva; ¿y podría ser de otro modo? ¡Es él tan digno de ella!"

No dejes á nadie, Fabio, tomar este injusto ascendiente sobre tu clase y sobre tí. En tus relaciones con los padres de familia, debes alejarte tanto de una baja condescendencia como de una independencia altanera.

Estas relaciones deben siempre hallarse basadas en la benevolencia, y si es posible, ser frecuentes; nada contribuye más al buen éxito de la educación que una correspondencia constante entre el maestro y los padres.

Cualquiera que sea la injusticia de los reproches que padres prevenidos te dirijan algunas veces, conserva aquella elevada sangre fría contra la cual se estrella toda cólera infundada, como padece en seguida; trata de disiparla y no respondas jamás á la irritación con la irritación, sino con la dulzura.

Es para tí un deber el tener á las familias al corriente de la conducta y del trabajo de sus hijos; pero en el cumplimiento de este deber, hay mayores precauciones que tomar que lo que á primera vista parece. Voy, sobre este delicado asunto, á dirigirte algunos consejos.

Tu deber es decir sinceramente á un padre de familia todo lo que concierne á su hijo; nada de reticencias; en esta parte le debes toda la verdad.

Esta verdad es agradable ó desagradable de oír.

Si es agradable díla con placer, pero sin exageración. No te sirvas de aquellas expresiones que hacen nacer el orgullo en el espíritu de los niños y que inspiran á los padres esperanzas ilusorias. La infancia se halla sujeta á cambios inesperados; un alumno del que hicieras hoy un elogio pomposo merecerá tal vez mañana los más severos reproches. Alaba lo que es verdaderamente digno de alabanza, pero deja comprender al mismo tiempo que más allá de lo que es bueno hay siempre un mejor posible. Que los padres no se figuren nunca por tus relaciones que sus hijos son excepciones ó prodigios. Sé modesto para con tus alumnos como para contigo mismo.

Si, al contrario, las noticias que tienes que dar son de una naturaleza penosa é inquietante, debes usar en tus expresiones de mucha moderación

y de mucha dulzura. Hablar de otra manera, sería por lo menos falta de política, sino crueldad. ¿Se creerá por ventura tu amor á los niños si las quejas que presentas á su respecto llevan el sello de la irritación y de la amargura? El lenguaje de un maestro no es el de un acusador; es apenas el de un juez, es el de un amigo severo, que se aflige primero que todos de las faltas que se halla obligado á revelar ó á castigar.

Voy á esclarecer mi pensamiento por un ejemplo. Un niño ha mentido; tú naturalmente quieres que sus padres sean instruidos de una falta tan grave, cuéntales, pues, el hecho, pero no digas: "Vuestro hijo es un mentiroso"; hay en esta manera de expresarse algo de hiriente para la familia, á la que tú pareces considerar como responsable de esta viciosa costumbre que ella ha descuidado en corregir ó no ha sabido reprimir: díles más bien: "tiene cierta inclinación á la mentira", ó, "le ocurre con demasiada frecuencia mentir".

Si el hábito de la mentira llega á ser tan general en el niño que el epíteto ignominioso de mentiroso deba serle necesariamente aplicado, has creerá los padres cuán penoso te es decirles lo que sería para ellos penoso de escuchar. Usa de estas locuciones: "Os digo con dolor, os aviso con el mayor sentimiento". Y no es esto todo. Manifiesta al mismo tiempo la esperanza de que, gracias á los buenos cuidados de su familia, el niño se corregirá de un vicio tan odioso; y por tu parte preséntate como dispuesto á cooperar con todas tus fuerzas á este resultado.

Un maestro á quien su corazón sugiera estas delicadas precauciones, se hará querer universalmente de todos.

Hay circunstancias, sin embargo, Fabio, en que por la misma piedad, debes manifestarte sin piedad, y esto sucede cuando los padres, con local indulgencia, excusan y aun justifican las faltas que con cierto tino debieran castigar. En este caso hay peligro para ellos, para el niño, para la escuela, y tú no debes temer dar á la expresión de tu descontento toda la energía posible.

Sucedirá, por ejemplo, que con ocasión de una falta común, cada uno de los padres de familia, reprobando con acritud la conducta de todos los otros niños, trate de justificar con ceguedad al suyo. "Los demás, dirá él, son culpables, convengo en ello, pero mi hijo es inocente, ha sido arrastado al complot por aquellos." Rebaja á su justo valor esta ridícula excusa. "El me lo dice, agregará, mi hijo no miente jamás." Diles lo que tú piensas á estos jueces prevenidos. Diles que su hijo *miente*, y que ellos son engañados por sus *mentiras*. Si son diez, por ejemplo, no encontraréis uno solo que diga. "Mi hijo ha invitado á sus camaradas á desobedecer ¡es tan tudyócil!" Sino que dirán: "Mi hijo se ha dejado conducir por sus compañeros ¡es tan bueno!"

Reprocha severamente con todo tu poder esta absurda debilidad.

CAPITULO XIII

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON EL PÚBLICO

DICIENDO á los padres de familia todo lo que tú sabes respecto de la conducta y de los adelantos de sus hijos y dando á la autoridad una

cuenta-exacta de todo lo que concierne á la escuela, llenas con esto un deber de que nada podía dispensarte; pero no debes ir más adelante. Tus revelaciones no deben ser indiscretamente prodigadas al público. Los extraños no tienen derecho alguno á tus confidencias.

Desde el momento en que lo que digas respecto de algún alumno salga fuera del círculo de tus deberes, no es ello ya una relación obligada que te hace en tu carácter de jefe de la escuela; son conversaciones que mantienes sin necesidad y sin conveniencia, son comadrefas, es malediscencia. No es necesario más para indisponer las familias y para destruir su confianza.

Esta libertad de lenguaje tiene algo de ilícito, porque tú lo que puedes saber como preceptor no te pertenece personalmente, ni tienes el derecho de darte por entendido á no ser en el ejercicio de tus funciones.

Murmurar es siempre malo, murmurar de los necios es pueril; murmurar de los niños cuya instrucción nos está encargada, es odioso.

En cuanto á los jóvenes que ya no están bajo tu dirección, no hables de ellos sin alabarlos, y si no puedes esto, guarda más bien silencio.

La recomendación que acabo de hacerte no se aplica á aquellas ocasiones importantes, en que se te piden, bajo el sigilo del secreto, explicaciones confidenciales. En este caso ya no es una ligereza indiscreta la que os compromete á contestar, es el interés de las familias; la sinceridad es un deber.

Por lo demás, sobre esta materia, como sobre todas las otras, te aconsejo ser sobrio de palabras. Habla poco en público, pero sobre todo, habla poco de tí mismo. Los hombres cuya profesión

exige un ejercicio frecuente de la palabra adquiere á veces una especie de enfermedad bastante extraña: hablar llega á ser para ellos una necesidad; los órganos de la voz se enaltecen y se hallan en un estado de sobreexcitación que provoca un ejercicio continuo. Esta manía fatiga su pección y hace su sociedad insoportable. ¿No deberían, por el contrario, pedir nuevamente al reposo las fuerzas que la fatiga ha debilitado?

El preceptor se halla naturalmente inclinado á entablar conversación sobre sí mismo; y esto le sucede sobre todo cuando se halla rebotando de su propio mérito, cuando se exajera su propia importancia, cuando, en fin, se cree sobre todos los que le rodean. No caigas en este defecto, fíjate; un hombre bien educado (y todo preceptor debe aspirar á este título) no ocupa jamás la atención de los otros en su persona, se sustrae por el contrario. Si se le quiere hablar de algo que le es personal, muda de conversación; si se hace su elogio, se sonroja y calla.

Con mayor razón no se encargará él mismo de celebrar sus propias alabanzas. Algunos institutores toman candorosamente al público por confidente de lo que piensan sobre ellos mismos: "Ellos obtuvieron en la escuela normal el primer puesto en todos los concursos; la Comisión de Instrucción primaria quedó plenamente satisfecha de sus contestaciones; el inspector primario y los delegados les guardan grandes consideraciones; el inspector de academia tiene de ellos una excelente opinión, el prefecto mismo los estima".

Si todo esto es cierto, deja á otros el cuidado de proclamarlo; la satisfacción de haber obtenido tantos sufragios favorables, debe bastarte; desde el momento en que tu vanidad quiera ha-

ser un trofeo de ellos, cesas de merecerlos en parte.

No solamente el institutor debe hablar poco, sino que también debe presentarse con poca frecuencia en público; es necesario que sus alumnos le vean muy rara vez, á no ser en el ejercicio de sus funciones; es necesario que no se prodigue á las miradas de la generalidad; de esta manera sabrá inspirar á los niños más respeto, y al público mayor estimación.

En todas sus relaciones dé el preceptor el ejemplo de una constante afabilidad que es el signo exterior de los sentimientos nobles y generosos. Permítaseme citar en este lugar lo que he dicho en otras circunstancias, recomendando á los directores de las escuelas normales el acostumbrar á sus alumnos á cierta amenidad de costumbres, que conviene á todas las condiciones y á ciertas cortesías mútuas que son compatibles con la familiaridad más íntima:

"La nación francesa ha sobresalido por largo tiempo, por sus maneras amables que tanto encanto prestan á las relaciones de los hombres entre sí. Se puede decir que ellas, entre nosotros, comunican á las posiciones más humildes una especie de gracia y aun dignidad, que muchos otros pueblos no conocen. En una notable obra sobre la Francia, un distinguido escritor inglés hace notar con admiración y entusiasmo, que en nuestro país no hay hombre alguno, por más alta posición que ocupe, que se permita entrar á la más miserable choza sin hacer á los que la habitan sus corteses salutations. Y esto debería ser igual en todas partes. El hombre se honra á sí mismo honrando á sus semejantes".

Sin embargo, esta amable virtud, como tantas

otras, tiende á desear de día en día entre nosotros. En el mundo elegante se halla reemplazada, se dice, por una noble franqueza; deseo creerlo; pero, en una esfera menos elevada, ella le será necesariamente por una brutal grosería.

Los institutores deben contribuir, con la influencia de su ejemplo, á prevenir esta desgracia y á mantener á su derredor, en las relaciones sociales, esta cortesía que forma todo su encanto.

CAPITULO XIV

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LOS ALUMNOS

UNA recomendación que debo hacerte y á la que doy toda importancia, es la de no recibir nada de tus alumnos, mientras permanezcan bajo tu dirección; exceptúo aquellos casos muy raros en que un antiguo uso autoriza un presente hecho en común por todos los alumnos, y aun éste sería de desear fuese abolido.

Por lo general, los hombres no dan: ellos prestan ó venden. El padre de familia que te envía un regalo, se alhaga secretamente con la esperanza de que tú en pago de él usarás de algunas complacencias para con su hijo; lo que espera de tí, no te engañes, no es que redobles tu severidad, cuenta con que cerrarás los ojos á alguna infracción de disciplina, y aun que cuando hagas alguna repartición de premios ó de lugares, te hallarás dispuesto á inclinar un tanto la balanza á su favor.

De esta manera ¡qué desnecho tan hondo se apodora de él cuando sus hijos no obtienen las preferencias que él se esperaba! Por esto se irrita y de buena gana quisiera volver á recoger lo que te ha dado; le parece que tú eres un deudor infiel, ó á lo menos un ingrato.

Presérvate de esta indigna sujeción, de estas innobles sospechas; no establezcas, aceptando de unos lo que los otros no pueden ofrecerte, una especie de desigualdad entre los alumnos, que deben en todo caso ser iguales.

Mira á ese pobre niño que, no teniendo nada que darte, contempla con aire entristecido á sus felices camaradas que se acercan á tí con la sonrisa en los labios y con las manos llenas; su tierno corazón se llena de dolor y se abre al amargo sentimiento de la envidia; se siente humillado, no atreviéndose á levantar los ojos ni sobre ellos ni sobre tí; y cree leer en sus miradas el orgullo del triunfo y en los tuyos el reproche á la pobreza.

Un sabio preceptor rechazará igualmente, á no ser en circunstancias extraordinarias, los servicios que sus alumnos se hallen dispuestos á prestarle y cuyo precio puede evaluarse en dinero, no permitirá que su mujer tampoco los reciba de las niñas de la escuela; los rehusará con delicadeza, no aceptándolos jamás.

Porque si más tarde se levantase contra él, en la comuna, una de aquellas tempestades que la más atenta prudencia no siempre es suficiente á prevenir, los padres de los alumnos que habían escardado algunos rincones de su jardín ó prestado algunos cuidados á la limpieza de la casa, dirían: este preceptor hacía de nuestros hijos sus sirvientes, y de nuestras hijas sus criadas.

En la comuna más tranquila y mejor dispues-

ta hacia tí, trata siempre, Fabio, á tus alumnos como si tuvieras que temer de ellos el que algún día te llegara á ser hostiles. En todo caso, sólo tendrías que aplaudirte por la discreción y prudencia que te inspiró este pensamiento.

En una palabra, las relaciones con tus alumnos deben ser las de un amigo sabio y sincero. Guárdate de la familiaridad; no permitas jamás que, ni aun fuera de la clase, olviden por un instante la distancia que los separa de tí; pero sé siempre para ellos bondadoso, complaciente y apacible. Manifiéstales interés por todo lo que les concierne. No quiero decir con esto que les vayas á ver frecuentemente si caen enfermos: suponer que esta recomendación pueda serte necesaria sería ofenderte.

Tienes demasiado juicio para que puedas olvidarte alguna vez de que te hallas en presencia de tus alumnos, para ser desigual en tu manera de portarte á su respecto, para embromar con ellos en su presencia, para introducirles en la conversación sobre tu persona ó tus asuntos. Sobre este particular nada quiero decirte.

Ama, te lo repito, á esos queridos niños, que Dios, tu país y sus familias te confían; ámalos á todos juntos; ama á cada uno de ellos en particular. Pero aprende á preservarte al mismo tiempo de una indiferencia que sería culpable: de una acción demasiado apasionada que llegaría á ser para tí una fuerte decepción. Sin duda te avergonzarías de parecerte al institutor egoísta y duro que desempeña su tarea como la de un trabajo mecánico y que no experimenta ninguna simpatía por la amable juventud confiada á su cuidado; pero por tu propia dicha, no querría tampoco verte imitar al que se siente animado de una ter-

nura demasiado viva y demasiado inquieta.

Si te figuras pues que porque tú eres un padre para tus alumnos, ellos han de ser para tí hijos tiernos y tiernos, te forjas una ilusión.

Quiero creer que algunos de entre ellos responderán a tus atenciones con una afección sincera; quiero creer que todos ó casi todos experimentarán por tí un sentimiento más ó menos vivo, más ó menos duradero de simpatía, pero lo que es muy cierto es que en general, en el cambio de afecciones entre el maestro y sus discípulos, y aun entre el padre y sus hijos, los niños reciben siempre mucho más de lo que dan.

Lejos de mí, sin embargo, el pensamiento de criticar al maestro que, demasiado amante y dotado de un generoso ardor por su misión sagrada, prodiga á la juventud todos los tesoros de su afección! Sin duda él se expone á decepciones crueles pero cuán felices serán sus alumnos, si saben serlo. Su palabra que el cielo inflama, enardece las almas más frías; y al mismo tiempo, como un dulce rocío, hace florecer en los jóvenes corazones en que penetra todos los sentimientos generosos.

Si experimenta algunos pesares, no está privado de consuelos, porque hay para una alma tierna una infinidad de goces que el egoísmo no alcanza á sosechar. Una lágrima de arrepentimiento, una generosa vuelta á la virtud, un noble movimiento del alma, ó también progresos inesperados y rápidos en el trabajo, le causan tal efusión de placer que todos los pesares se olvidan.

Estos caracteres elevados y tiernos son raros. En cuanto á tí, Fabio, toma un justo término medio entre la indiferencia que te haría culpable, y un celo demasiado ardiente, que te haría desgraciado. Llena tus deberes para con los ni-

ños con una ternura tranquila y resignada de antemano á todo lo que pueda suceder.

Invita al sabio duque de Montausier. Este hombre ilustre había sido encargado de educar al hijo del gran Rey Luis IX, y cuando llegó el día que ponía término á esta difícil y noble tarea, dirijió las siguientes palabras al joven príncipe:

"Desde hoy día, monseñor, vuestra educación se halla terminada. Si sois hombre honrado, me amaréis; si no, me aborreceréis y este será mi consuelo".

El príncipe fué siempre digno de su antiguo maestro.

Tú como Montausier, toma tu resolución de antemano. Ninguno de tus alumnos será ingrato me complazco en creerlo; pero la mayor parte serán indiferentes, ó á lo menos parecerán serlo: conservando por tí una afección sincera, no buscarán las ocasiones de probártela; deseando tu felicidad no harán nada para contribuir á ella.

Fabio, esto no debe turbarte ni sorprenderte. Goza con el reconocimiento de los corazones generosos y no te inquietes por lo demás.

CAPITULO XV

EL INSTITUTOR EN SU FAMILIA

"**L**A vida privada, ha dicho un gran orador, debe estar encerrada entre murallas". Esta máxima admirablemente verdadera.



no podría, sin embargo aplicarse absolutamente al institutor público, que pertenece al país en los detalles de su vida íntima tanto como en el ejercicio de sus funciones. El país tiene derecho á exigir que la fuente de donde deben salir para sus hijos las lecciones y los ejemplos, sea constantemente pura.

La casa del institutor debe ser como una segunda escuela que reproduzca para la comuna bajo la forma de ejemplo, lo que en la escuela enseña a la juventud en forma de lecciones.

Fabio! si la Divina Providencia te ha conservado tus padres ancianos á quienes puedas dar una parte de lo que ellos han hecho por tí en tu infancia, estoy cierto de su felicidad; gracias á la delicadeza de tus cuidados, ninguna nube empañará la tarde de su vida. El ejemplo que des á todos los niños hará aun más sagrado para tí este deber que la naturaleza impone y que el corazón acepta con júbilo.

Toda la comuna admirará, y si me es permitido expresarme así, estudiará en tu casa la unión conyugal, los exquisitos cuidados, las complacencias mutuas, y según el estado de tu fortuna, la comodidad prudentemente administrada ó la pobreza noblemente vencida.

Que jamás se vea al institutor en su hogar modesto sin edificarse en la contemplación de su felicidad tranquila. Que no se salga de su lado sin sentirse mejor. Es así como se hará digno de educar á la juventud.

Pero el institutor no puede llegar á este grado de perfección por sus solas fuerzas. Es preciso que sea comprendido y secundado. La elección de una compañera es, pues, para él, de la más alta importancia.

Sin duda las ventajas materiales y las gracias exteriores no carecerán de valor á sus ojos; pero lo que debe buscar ante todo, es esa pureza de costumbres que garantiza el reposo de la vida y esa amenidad de carácter que constituye su encanto. Es necesario que su compañera razonable y dócil, amante y abnegada, acepte con placer lo que hay de excepcional en la posición de su esposo. Sin la consideración pública, no puede nada, y no gozará de esta consideración sino cuando las personas que lo rodean sean dignas de ella.

Que las ocupaciones del institutor, por multiplicadas que sean, no perjudiquen á sus deberes de esposo y de padre. Que á fuerza de cuidados, de ejemplos alentadores, de dulces advertencias, haga á su mujer é hijos dignos de cooperar á su más noble tarea, la de propagar los buenos hábitos morales.

Su familia jamás deberá encontrarse mezclada en la división, en los chismes, en las querellas. Jamás de ese apacible hogar, deberán partir palabras envenenadas que hieran la reputación de otro: la malediscencia; por leve que fuera, sería un crimen. Pero si alguien es atacado injustamente tendrá allí un defensor; el dolor jamás pedirá en vano un consuelo; la inexperiencia encontrará útiles consejos. De ese modo, los miembros de esta feliz familia tendrán afecto por su hogar; si consienten en asistir á una reunión de placer, abandonarán ésta sin vacilar cuando se trate de socorrer á los afligidos y á los enfermos.

Por más honorable que sea este hogar, debe ser enteramente distinto de la escuela. Cuando el institutor está en la clase, debe guardarse mucho de creerse en su casa; cuando está en su casa, no

debe permitir que las personas que le rodean se mezclen en los asuntos de la escuela.

Si el institutor tuviera hijos, yo le diría: ellos deben ser los más bien educados y más instruidos de toda la comuna. ¿Cómo se creería que cuidas con interés los niños de otros cuando descuidas á los tuyos? Su educación, sin embargo, será tal vez difícil. El hábito de vivir en el mismo hogar arrebatará á la autoridad del maestro una parte de su prestigio; la indulgencia del padre debilitará un tanto las exigencias del institutor; las súplicas de una madre demasiado tierna encontrarán auxiliar en el secreto deseo de no continuar en la familia y en las horas de descanso, los combates que se sostienen asiduamente en la clase.

Si estos motivos opusiesen muchos obstáculos á la buena educación de los hijos, sería útil separarse de ellos. El preceptor haría entonces una especie de cambio con un colega: él tomaría á su cargo la educación de tu hijo y tú tomarías la del suyo á tu cargo. Tendrías en tus manos una especie de rehen que te respondería de sus cuidados, y de esta manera habrías asegurado la educación de tu hijo sin gastos de ningún género.

Te indico este medio para las ocasiones en que sea necesario y practicable. Si esta separación momentánea te es penosa ó si por cualquier otro motivo no te conviene, manténlo en tu escuela, pero reprobá para con él las precauciones y los cuidados.

• No le interrogues jamás sobre lo que pasa dentro ó fuera de la escuela y rechaza las ingénuas confidencias que te quiera hacer. No digas jamás en su presencia nada de lo que concierne á la clase. No permitas que revele á sus jóvenes compañeros lo que sucede en tu hogar. Vela so-

bre sus amistades. Sé en público mucho más severo y exigente para con él que para con los otros. En sus pequeñas rencillas con sus camaradas, ten de cuando en cuando el valor de imponerle alguna pena ó de reconvénirlo, aunque te parezca que tiene razón. La bondad afectuosa del padre lo consolará del rigor obligado del maestro.

Gracias á estas precauciones tus hijos, prudente y firmemente dirigidos, podrán llegar á ser ó importa que sean los modelos de la juventud.

Con la misma atención que veles sobre tu familia, debes velar asiduamente sobre tí mismo. Asílate cada día algunos instantes para entregarte al estudio; no te dispenses jamás bajo ningún pretexto, de la observancia de esta regla. El tiempo, Fabio, nos hace una guerra incesante y nos arrebatara sin sentirlo una parte de lo que hemos adquirido! Al trabajo le corresponde provenir sus malos efectos. No adquirir es perder. Tus facultades intelectuales así como tu instrucción declinarían rápidamente á tu pesar si la lectura no diese diariamente algún alimento nuevo á tu alma. El único medio de avanzar en la carrera y de no retroceder, consiste en estudiar un poco cada día. Esta meditación diaria aunque no dure más que media hora, ejerce al mismo tiempo la más saludable influencia sobre el perfeccionamiento moral. Admirable poder del estudio! Aumentando nuestros conocimientos contribuye á hacernos mejores!

CAPITULO XVI

INFLUENCIA DEL INSTITUTOR. — USO QUE DEBE
HACER DE ELLA.

EN general los hombres cuyos hijos educas y con quienes estás destinado á vivir, pertenecen á la clase laboriosa de la sociedad. Todos ellos te considerarán más ó menos á su nivel, porque aunque muchos sean superiores por sus riquezas, tú los aventajas por tus conocimientos, y lo que tengas de superior á ellos por cualquier título, se compensa necesariamente por la dependencia en que te colocan tus funciones. Mezclado en casi todas las cuestiones civiles y religiosas como secretario del maire y acólito del pastor, serás para los habitantes de la comuna el lazo que los une á estos tres grandes poderes: el Estado, la Iglesia y la Ciencia.

Esta posición te asegura respecto de ellos un crédito considerable, y si sabes al propio tiempo elevar tu carácter á la altura de tus deberes y plegarte á las exigencias de tu posición, te será fácil obtener su benevolencia á la vez que su estimación, te acordarán, casi sin pensar en ello, una confianza que casi siempre niegan al hombre que por su posición social elevada ó por su instrucción se colocó sobre ellos. Con un hombre así se mantienen siempre reservados y si no les parece que sus intereses son contrarios á los intereses, de aquel creen que por lo menos son completamente diversos. Pero saben bien que sus intereses son también los tuyos y la superioridad

de tus luces que se complacen en reconocer, los dispone á dejarse dirigir por tí.

Tus consejos, tus conversaciones, tus ejemplos, ejercerán, pues, sobre ellos un verdadero ascendiente. Conviene que aparentes ignorarlo y que este ascendiente no te enorgullezca; pero aprovechate de él para ayudar al triunfo de las buenas ideas, de los nobles sentimientos.

Trata, sobre todo, de generalizar el gusto por la buena lectura. ¿Por qué, gracias á tus esfuerzos, no se podría formar una biblioteca cuyos libros irían por turno á la distracción de las familias en los días de fiesta? El padre leerá en alta voz ó querrá que uno de sus hijos lo haga de la misma manera para saber que se ha aprovechado de tus lecciones. Todos los miembros de la familia escucharán con una atención profunda. Instruyéndose á sí mismo, el padre gozará con ingenua admiración y tendrá un placer en contestar á las preguntas que le hagan con instancia; las horas correrán rápidas y apacibles. Encantado del empleo del día de descanso prometerá no perderlos en adelante en la impura atmósfera de las tabernas en medio de las groseras diversiones, de las rencillas y de las blasfemias.

¿Por qué (preguntaré de paso) no habría de ser también objeto de tus cuidados la pureza del lenguaje? Es una cosa verdaderamente moral dar en todas partes á la expresión del pensamiento la nobleza y la pureza que contribuye á la dignidad del hombre. Es necesario que por la influencia de los preceptores se vea desaparecer insensiblemente esa jerga odiosa á que se muestran tan apegados los habitantes de los campos y de los suburbios de un gran número de ciudades. Por una inexplicable extravagancia estos hombres

que entienden perfectamente su verdadero idioma francés natal y que saben usar de él con las personas instruidas, tienen placer de hablar una lengua completamente diversa entre ellos. Esta jerga comienza en las puertas de las ciudades; á medida que se sale más afuera toma un carácter menos civilizado y en las poblaciones separadas de los caminos, nada hay de más ininteligible. La lengua que hablan, es la nuestra, pero de tal manera desfigurada en sus articulaciones, de tal manera alterada en las vocales que no queda nada de la lengua francesa. En cuanto á tí Fabio, aparenta no comprender lo que se te diga en patuense; será muy conveniente que se renuncie á este lenguaje á lo menos cuando te dirijan la palabra. (1)

Instruido cuidadosamente sobre la jardinería en la escuela normal, tratarás de propagar por todos los medios posibles la práctica de este arte encantador. ¿Lo creerás? El arte de la jardinería es casi ignorado en un gran número de distritos rurales alejados de las poblaciones. Los árboles frutales son raros y mal cultivados. Entre las legumbres muchas apenas son conocidas de nombre. La vida material carece de mil pequeñas comodidades que, sin embargo, deberían hacer particularmente el agrado de los campos. ¿Por qué no habías de aspirar á esta gloria inocente? El país que habitases te llegaría á serte más querido y tú mismo te harías más simpático. Los árboles que, bajo tu inteligente dirección se hubiesen plantado ó arreglado en la ciudad, se-

[1] Esto no se aplica á algunos idiomas que no es el francés corrompido sino verdaderos idiomas, como el turco, el bajo bretón, el languedocino, el provenzal.

rían para tí una especie de amigos que no podrías mirar con indiferencia; tus paseos serían encantadores. Un célebre sabio, Jussieu, había importado á Europa desde el Perú una flor preciosa y bonita pero de un olor suavísimo conocido bajo el nombre de heliotropo. Se dice que toda vez que al pasar por las calles de París veía esta flor en algún balcón, experimentaba un gran placer. Lo mismo serían las impresiones que experimentarías, Fabio, al ver rodeando las casas de la aldea una risueña faja en que todo lo que reverdece y dá flores sería debido á tus cuidados, á tus ejemplos y tus consejos.

Te harás así mismo un deber en propagar los hábitos de escrupuloso aseo que has aprendido y practicado con gusto en la Escuela Normal.

Casi en todas las comunas los niños de ambos sexos marchan sin calzado durante el verano; sus pies no conocen las medias y me atrevo á agregar que para ellos un pañuelo de narices es un objeto de lujo. ¿Qué sería preciso, sin embargo, para dár-elos? Sembrar unas pocas hectáreas más de cáñamo, cosa que estas pobres gentes pueden hacer, que sin duda harán, si el preceptor, observando una prudente reserva, se muestra exigente en la represión de este abuso. Y no es esto todo. Cuántas observaciones no podrías dirigir á los jefes de familia! El desaseo produce la insalud y recíprocamente. Casi en todas partes las casas de las aldeas han sido construidas en los lugares menos ventilados y esto es ya un inconveniente. Pero, ¿para qué juntar tantos otros? Por qué á sus puertas y bajo sus ventanas hay materias que se descomponen, olores infectos, inmundicias que se dejan fermentar y que trastornan todos los sentidos á la vez? Por qué

zeina en el interior de las habitaciones tan odiosa negligencia: aquí trapos expuestos á incendiarse, allí objetos húmedos, más lejos vestidos impregnados de sudor que no se han tenido cuidado de limpiar, en otro lugar lavasas de jabón y montones de basuras que dejan e captar miasmas compromisos? Debes declarar la guerra á todos estos abusos. En nombre de la salud de los hijos recomendarás á los jefes de familia útiles reformas; los hijos llegarán á su turno á ser hombres y pondrán en práctica tus lecciones.

Tu influencia deberá ejercerse sobre todo en favor de las sanas doctrinas. Sin dogmatizar, sin predicar, sólo por medio de tus observaciones podrás hacer á los hombres con quienes teneis relaciones un bien infinito.

Cuando se quiera hacerles fastidiosa su modesta existencia, el preceptor tratará, por el contrario de presentársela cada día más estimable y más querida. Hablarás con ternura de los beneficios que Dios derrama sobre una existencia inocente ú oscura; condenarás sin injuriar á los que lleven del campo á la aldea y de la aldea á la ciudad, las ilusiones de una ambiciosa esperanza. Sin negar la rara y brillante suerte de algunos, preguntarás si es prudente aventurarse en un mar señalado por tantos naufragios. Hablarás del trabajo como de una cosa santa á los ojos de Dios, honorable á los ojos de los hombres, fuente de la riqueza, salvaguardia de la salud, prenda segura de la felicidad.

Existe, Fabio, en la bella ciudad de Nîmes un hombre á quien el cielo ha dotado de un talento extraordinario para la poesía francesa; ha compuesto versos que la Europa entera retiene en su memoria. Este hombre es panadero y por lo demás

beno de conocimientos y de distinción. ¿Cuál crees que es su manera de vivir? Escucha. En lugar de salir de su condición modesta de recoger aplausos en los salones, de perseguir en París la fortuna y los honores, trabaja como un obrero, hace pan; mantiene y educa á su familia con el sudor de su frente, en el trabajo y para el trabajo, y no pide á su talento ni á sus libros, sino el encanto de sus cortas horas de descanso. (1)

Cita siempre ejemplos de esta naturaleza; así es como contribuirás á calmar esta terrible fiebre que hace en el día tantos estragos.

Otra enfermedad no menos funesta que ataca á nuestro siglo, es el odio á los superiores, cualesquiera que sean.

Enseña el respeto á las superioridades de todas las clases de hombres con quienes vives, y por esto mismo enseña el culto de sus deberes á los que se preocupan exclusivamente de sus derechos. He ahí uno de los grandes servicios que la sociedad espera de vos. Este respeto en un país como el nuestro que goza de todos los beneficios de la libertad, honra tanto más al que lo profesa cuanto que es el resultado de su voluntad ilustrada y cuanto que una fuerza material no puede imponérselo. Cuán execrable demencia, es tomar aversión á un hombre porque está revestido de una autoridad cualquiera ó es poseedor de una fortuna! Combatirás esta locura. Fabio, menos por lecciones expresas que por prudentes reflexiones y advertencias indiscretas. Gracias á tí se comprenderá que los ciudadanos deben responder con una sumisión ilustrada á la solicitud de sus magistrados y de su jefe. Los odios envidiosos

[1] Reboul, murió en 1851.

y mezquinos darán lugar á esa benevolencia general que se extiende á todos los hijos de una misma patria; que respeta los dones de Dios cualquiera que estén esparcidos y que hace que el hombre, cualquiera que sea su posición social, en vez de envidiar el puesto de los otros se empeñe en elevar el suyo propio.

No puedo decirlo sin dolor; las superioridades naturales mismas, aquellas que Dios ha creado al instituir la familia parecen ahora menos respetadas que nunca. En otro tiempo los hijos temían á sus padres y no por eso los amaban menos. Bajo la guarda de la obediencia filial se conservaban el temor de Dios, la santidad de las costumbres y el respeto á las leyes. ¿Sucede hoy en todas partes esto mismo?

Si prodigando tus cuidados, tus exhortaciones, tus esfuerzos, reanimas este fuego sagrado allí donde esté próximo á extinguirse, si los alumnos que has formado conservan hasta el último momento una tierna condescendencia hacia la voluntad paternal, ¡oh Fabio! los hombres no tendrían una recompensa bastante digna para tí, nadie podría pagarte dignamente sino tu conciencia y el cielo.

CAPITULO XVII

DEL ÉXITO Y DE LAS DESGRACIAS

ALGUNAS veces el institutor es feliz en toda la docilidad de los niños, la sabia cooperación de los padres de familia, el buen espíritu

de que está animada la comuna, siempra de flores su ruda carrera.

Fabio! Cuando todo parezca sonreírte y el triunfo corone tus desvelos, dá gracias á la Divina Providencia y pídele nuevos auxilios.

El éxito inspira á los jóvenes maestros una seguridad fatal. Se atribuye á su propio mérito lo que no es debido sino á una favorable reunión de circunstancias; se adormece en la confianza que se inspira á sí mismo: no pide ya consejos y muchas veces se extravía. Por otra parte, cuando se triunfa no se vé en torno de sí, sino semblantes alegres; por doquiera se reciben felicitaciones sin cesar: la maledicencia se oculta, para asestar sus tiros en mejor ocasión.

Comprende, Fabio, todo lo que el éxito tiene de confuso y peligroso. Sé para tí mismo un censor severo. Cuando seas generalmente reconocido, como un maestro hábil, concienzudo, irrepachable, procede siempre como si fueses todavía un institutor novicio, cuya reputación y existencia pueden estar á la discreción de todos.

Gracias á esta constante atención sobre tí mismo, tu prosperidad será durable, ó, si algún acontecimiento inesperado viene á turbarla, tu conciencia permanecerá tranquila.

Aumenta el celo, sobre todo, si medallas y menciones honrosas, acordadas por la autoridad, vienen á dar esplendor á tu modesta existencia. No atribuyas estos premios, á tu mérito sino á la benevolencia de los jueces. Miralos más bien como un estímulo para animarte en adelante, que como la recompensa de lo que has hecho.

Piensa que aun se espera más de tí desde que se te ha colocado en una posición excepcional, más alta que la de tus émulos.

Te recomiendo tanto la modestia en los triunfos, como la firmeza contra el desaliento y contra las desgracias casi inseparables de tu profesión.

Algunas veces estos disgustos son bien amargos. Tus intenciones son desconocidas, tus esfuerzos no son secundados, la autoridad te abandona, los parientes te contrarian, los niños son indiferentes y aun rebeldes á tus cuidados. Estás sin cesar en movimiento, y nada avanza; eres de fuego y á tu alrededor todo está helado. Te preguntas en las tardes, las semanas y los meses: "¿Qué es lo que he obtenido?" y tu conciencia, te responde con dolor: "Nada." Sin duda esto es penoso; pero guárdate bien de desalentarte. El desaliento proviene siempre ó de la pequeñez de espíritu, ó de la debilidad del alma. El abatimiento quita al institutor toda la energía de que tiene necesidad, y le encierra en un círculo fatal, del cual no puede ya salir. Se desalienta porque no puede triunfar y no triunfa porque está dominado por el abatimiento.

Nada hay que no alcance una voluntad decidida: la palma pertenece á la perseverancia. Con valor y paciencia disiparás las prevenciones, vencerás la pereza, ahogarás la malquerencia; y cuanto más te haya costado el triunfo, tanto más honroso será éste.

Una prueba más dura te está acaso reservada todavía.

Algunas veces, bajo pretextos por demás frívolos y con frecuencia extraños á la manera con que el institutor llena sus funciones, una parte de los habitantes de la comuna le declara una guerra injusta.

La malignidad de sus enemigos llega hasta el

Furor. Inducen por toda clase de medios, á las gentes honradas á asociarse á su complot: y declaran las hostilidades á todo aquel que proteja al institutor. La discordia hace progresos día á día. Los amigos, los parientes, los vecinos se malquistan. Las invectivas no se hacen esperar; la maledicencia las propaga, la calumnia las envenena. No hay recurso que no se invente. Con el propósito de hacer creer que el institutor ha perdido la confianza de las familias, los padres envían en un invierno rigoroso y por medio de la nieve, todas las mañanas á sus hijos á cualquiera escuela bien distante. Ladagan y calumnian su pasado para destruir su porvenir. Un ligero movimiento de vivacidad, olvidado durante veinte años es representado como un acto de ferocidad brutal; las acciones más inocentes llegan á ser el objeto de las más graves imputaciones.

En este estado de irritación no le queda al institutor ninguna defensa de su conducta, cualquiera que ella sea: es culpable si se habla; culpable, si guarda silencio. Si se defiende; se quejan con acritud como si los hubiera atacado; si permanece tranquilo, se querellan de todo ante la justicia del prefecto y del consejo departamental, concluyen que el institutor se reconoce culpable y pretenden que su silencio es una confesión. Le imputan todo el ruido que han hecho con su ocasión y lo excusan de todo el desorden que han suscitado para perderlo. "Es increíble, dicen, que por un solo hombre arda toda la comuna." Si los jueces reconocen su inocencia, esta decisión es acogida con exclamaciones de furor, y esperan que á fuerza de renovar los denuncios, acabarán por hacerlos triunfar.

A semejantes ataques opondrás, Fabio, una:

paciencia y dulzura inalterables. Pero si ellos se prolongasen, qué deberás hacer? ¿Persistirás en mantenerte en una comuna en que tu presencia es causa incesante de excisiones?.....

Casos hay en que debes quedarte. Si tu moralidad es atacada por la calumnia, ceder sería un acto de debilidad; ofrecerías la apariencia de reconoceres culpable. Pero, si no se tratara sino de incompatibilidad de caracteres y si amigos prudentes te aconsejasen ceder á la circunstancia, créeles, y solicita de la autoridad que te designe otra residencia, en que tu reposo pueda conciliarse con el cumplimiento de vuestro deber.

Es penoso, sin duda, renunciar á relaciones honorables, abandonar lugares que se aman, ver disiparse los dorados sueños para el porvenir: la separación es cruel; pero, después de la amargura de este primer momento, se gozan las delicias de la calma que sucede á la tempestad. La nueva mansión elegida se embellece con los encantos de la antigua, sin que vean reproducirse en élla ni las decepciones, ni los peligros.

Por donde quiera que vayáis, Dios estará contigo, si tu alma permanece digna de su presencia. En cualquier parte en que el hombre honrado pueda llenar con buen suceso una tarea honorable, no debe creerse, en manera alguna, desestimado. Su verdadera patria está allí donde saben apreciar su virtud y donde le es dado hacerla útil.

CAPITULO XVIII

RETIRARSE OPORTUNAMENTE.

CUALQUIERA que sea el amor que tengas al cargo que desempeñas, vendrá quizá el momento en que tendrás que renunciar á él voluntariamente.

Sin duda que son muy dichosos aquellos cuya edad no disminuye la fuerza y cuyos trabajos no tienen otro término que el término mismo de la vida. Pero no es dado á todos los hombres el poder conservar toda la energía de sus facultades, hasta el último momento. La enseñanza es un cargo muy penoso: gasta las constituciones más vigorosas; el peso de la edad agobia al institutor antes que á los demás hombres.

Cuando conozcas que no puedes desempeñar como antes estos deberes, renúncialos. No esperes que los recuerdos de un pasado honorable te den una indulgencia que no se te acordará probablemente. Toda otra consideración debe ceder á la del deber.

La ley te asegura un retiro si eres miembro de la enseñanza pública: aprovéchate de este favor. Si eres institutor libre usa del derecho que te pertenece, poniendo á la cesión de tu establecimiento condiciones que te sean ventajosas.

Si no tienes la vista bien penetrante, el oído muy fino, los movimientos prontos para velar con buen éxito sobre esta multitud de jóvenes atolondrados, tan hábiles para descubrir las imperfecciones de sus maestros, como activos para aprove-

charlas; si tu memoria vacila, si tu voz desfallece, si la clase te pareciese muy larga, si los niños te incomodasen demasiado y, sobre todo, si sientes debilitarse en tí esta voluntad enérgica que sólo puede operar el bien, no vaciles: cualquiera que sea el amor que hayas conservado á tu cargo, por necesario que te parezca á tu existencia, retírate.

“Me veré, pues, me dirás quizás, con tenado al aislamiento y reducido á vivir de una pensión que no será sino la mitad de mi sueldo anual, ó de una módica renta arrebatada á los beneficios de mi sucesor?”

Yo te responderé: “vale más vivir en la indigencia que dejar de ser un hombre honrado; y tú merecerías este título, si reconociéndote incapaz de educar bien á los niños persistes aun en encargarte de esta tarea.”

Qué ganarías tú con este capricho? Esa dimisión que no habrias hecho voluntariamente, te será luego impuesta, ó, si el establecimiento te pertenece, los alumnos te serán retirados. Se notará la deficiencia de tus fuerzas, y por consiguiente la decadencia de tu escuela.

No te imagines que te se mantendrá en tu puesto, ó que se dejará á los niños bajo tu dirección, por reconocimiento. Con qué derecho se sacrificaría la educación de los niños á consideraciones personales?

Pero la objeción que haces se desvanece ante un examen serio; puedes ver sin temor llegar á este término fatal si te has preparado recursos.

Estos recursos son de dos especies: Desde luego mi tesoro de afecciones que sea la corona de vuestra vejez. Tén seguridad de recibir esta recompensa si la has merecido. Aquellos mismos

que animaban contra tí la envidia ú otras pasiones te harán entonces justicia.

Al fin de tu carrera, encontrarás pocos indiferentes, no encontrarás ya ingratos.

En segundo lugar, recursos materiales; si has sabido ser previsor, no te faltarán.

Persuádete, Fabio, que no hay economías insignificantes. No hay institutor que apesar de las retenciones hechas sobre su sueldo en virtud de la ley sobre pensiones civiles, no pueda hacer algunas economías; hazlas; une también tus recursos de familia, que no habrás ciertamente disipado, y cuando llegue el momento de la retirada, te encontrarás casi rico.

Créelo, Fabio, gracias á este espíritu de previsión y de economía que se consigue también con la práctica austera de todos los deberes, no hay una escuela por pobre que sea que no pueda asegurar á un preceptor, en su ancianidad, la dignidad y la independencia.



SEGUNDA PARTE

La Clase

CAPITULO XIX

CELO.—PACIENCIA

PARA que un institutor obtenga buen éxito en su enseñanza, le son sobre todo indispensables dos cualidades, el celo y la paciencia.

El celo se compone de dos sentimientos, el amor al deber y la adhesión hacia los educandos: el amor al deber hace al celo activo, vigilante, infatigable; el cariño hacia los discípulos le hace atento, tierno, ingenioso.

Sin celo, el hombre más instruido no es otra cosa que un detestable institutor; su ciencia permanece encerrada en sí mismo, ó no se traduce exteriormente bajo una forma que haga fácil su trasmisión; se fastidia de su enseñanza, y, por una consecuencia inevitable, su enseñanza fastidia también. Los malos hábitos pululan tan rápidos-

mente en esta clase descuidada, como las yerbas dañosas en un campo mal cultivado.

Con celo, por el contrario, un hombre poco instruido llegará fácilmente a ser un institutor estimable. Desde luego enseñará á sus discípulos todo lo que sabe, y si esto es poco para un maestro, es bastante para sus discípulos; en seguida trabajará con ahinco por su propia instrucción; pedirá consejos, se ilustrará en las conferencias y aprovechará el tiempo de vacaciones para asistir á los cursos suplementarios que con tanta abnegación ofrecen los directores de escuelas normales. En fin será en breve tan inteligente como celoso, y prestará á la comuna que tenga la fortuna de poseerlo, útiles servicios; al paso que el hombre instruido y desprovisto de celo será considerado como un azote, para desembarcarse del cual no tardarían en arbitrar los medios convenientes.

No te entregues, sin embargo, ciegamente á tu celo. Por más laudable que éste sea, trata de ilustrarlo con una serie de observaciones sobre tí mismo: no se consigue dirigir acertadamente á todos los hombres valiéndose de los mismos medios.

Un institutor demasiado impetuoso, no sabe detenerse en la expresión de su disgusto; salva los límites é irrita, en vez de intimidar; que se asile, pues, siempre en una reserva fría é impenetrable.

Otro sabe conservar la dignidad en la emoción; tiene en la mirada y en la voz, animadas por un legítimo desagrado, algo que subyuga, que intimida; que éste hable de propia autoridad y se hará obedecer.

Hay otros, cuyas palabras dulces y amistosas

despiertan á la vez el respeto y la ternura: escuchándolos, el corazón de los niños se emociona y en sus ojos no tarda en aparecer lágrimas. Esos hombres favorecidos del cielo, podrán obtenerlo todo por el consejo y la amistad.

Entre otros, al contrario, la expresión de una suave bondad tiene algo de vulgar que aleja el respeto; estos no deben procurar parecer buenos, deben contentarse con mostrarse justos.

En una palabra, el celo del preceptor debe ser constantemente iluminado por la prudencia y por el conocimiento de sí mismo.

El celo debe ir acompañado de paciencia: estas dos cualidades son recíprocamente indispensables. El celo sin la paciencia no es otra cosa que un arrebato temerario; la paciencia, sin celo no es siquiera digna de ese nombre; no es sino una deplorable apatía.

La paciencia, virtud santa y generosa, no consiste como podría creerse, en una especie de insensibilidad y de resignación, sino en una lucha incansante contra la ignorancia que tratamos de alumbrar, contra los defectos que queremos vencer, contra los obstáculos que procuramos avasallar.

La paciencia exige, pues, una serie de esfuerzos; pero estos esfuerzos son puramente internos; exteriormente nada aparece. El alma libra verdaderos combates, pero el semblante, la mirada, la voz permanecen profundamente serenas.

Es raro que la paciencia no triunfe aun de las circunstancias más adversas y es imposible que sin los recursos de la paciencia se pueda alcanzar un gran resultado. Esta verdad se aplica particularmente al institutor. No concibo un institutor sin paciencia como no concibo un sacerdote sin caridad, un soldado sin valor.

El celo paciente es incompatible con un defecto contra el cual no me cansare de precaverle, y que consiste en una especie de contemporización ó de lentitud muy cercana á la negligencia.

Podemos abundar en buenas resoluciones pero estas buenas resoluciones no se llevan á efecto. Abrigamos excelentes ideas pero estas permanecen en la mente, en el estado de ideas, y no se traducen exteriormente ni por esfuerzos ni por actos.

Nos complacemos en la agradable perspectiva del bien que vamos á hacer y diferimos su ejecución para el día siguiente. Los días suceden á los días los meses á los meses, y nada se ha hecho. Esta medida, cuya eficacia hemos ya reconocido, no ha sido puesta aun en ejercicio; este registro, en el cual debemos inscribir tantas cosas, no ha sido comenzado todavía ó no presenta sino unas cuantas líneas escritas; este niño, al cual debemos dar como premio algunas distinciones particulares las espera todavía.

Este defecto á que están sujetos tantos hombres por lo demás estimables, es tanto más peligroso cuanto que pasa, por decirlo así, desapercibido. Las faltas que la negligencia produce inquietan poco á la conciencia porque van acompañadas de una firme resolución de repararlas incesantemente. La esperanza halagüeña que nace de esta resolución mantiene el alma en una calma engañosa. Hoy no nos inquietamos de una deuda que debe ser pagada mañana; pero este mañana tiene, por desgracia, otro mañana, y el día prometido no llega jamás.

¿Si una cosa te parece buena, por qué no la haces al instante? Si ella impone sacrificios ¿no los impondrá también al día siguiente? Sin duda.

¿Qué digo? E los serán mayores aun; la debilidad de carácter que te hace contemporizar hoy, tendrá sobre tí más imperio mañana, puesto que ha alcanzado ya una victoria más sobre tu voluntad. La mala disposición del alma se fortifica necesariamente con las concesiones que se le hacen.

Guárdate, pues, de esta fatal debilidad y no dilates jamás para el día siguiente la ejecución de una buena idea.

CAPITULO XX

EXACTITUD

UNA de las pruebas más seguras para conocer el celo de que está animado el institutor, es la exactitud.

Un institutor es exacto cuando se sujeta él mismo y sujeta también á los discípulos al cumplimiento de todos sus deberes sin excepción, en el tiempo prescrito, y de una manera conforme con los reglamentos.

La verdadera exactitud supone necesariamente cuatro cosas: la preparación, la puntualidad, la asiduidad y el espíritu de progreso.

Yo no concibo una clase bien desempeñada sin una preparación más ó menos larga, y siempre concienzuda. Detesta Fabio, el presuntuoso abandono de esos jóvenes, cuyo espíritu, todavía ocupado de ideas extrañas á su enseñanza, se arrojan inconsideradamente en medio de las dificultades de que está llena la clase. ¡Orgullo ri-

descuido, ó ligereza imperdonable! Prepárate al menos una vez cada día. Recapitula los trabajos de la clase precedente, revisa tus notas, estudia lo que tienes que decir, haz de antemano todos los aprestos y materiales que pueden economizar el tiempo destinado a la instrucción.

Un cuarto de hora de preparación hecha por el maestro, vale para los discípulos una hora más de lección.

Sobre todo piensa, algunos instantes en tí mismo, invoca la asistencia divina, no solamente con los labios, repitiendo algunas palabras piadosas, sino del fondo de tu corazón, y píde con solicitud, energía, paciencia y bondad.

La puntualidad del maestro no es como la del discípulo. El retardo del alumno sólo á él daña; el del maestro perjudica á todos. El discípulo está al abrigo de reproche si alcanza á llegar á la hora precisa; en tanto que el maestro es censurado si no está de antemano.

En efecto, si sólo te vas á la hora precisa verás que á tu pesar muchas veces llegas tarde. ¿No pueden detenerte nul obstáculos imprevistos? Ya es un padre de familia que te encuentra en el camino; ya una recomendación que te olvidaste de hacer al salir, y la cual te obliga á volver sobre tus pasos; ya un papel ó un libro que necesitas y que no lo encuentras tan pronto como lo esperabas. Prepárate de manera que estés siempre pronto un cuarto de hora antes del momento prescrito: si sobrevienen entonces estos pequeños entorpecimientos siempre llegarás á tiempo.

Por otra parte, si la hora se acerca tendrás que apresurarte, y un hombre que se apresura pierde la gravedad que conviene á tu profesión. Si encuentra á alguno, está obligado á mostrarse im-

político, por ser exacto. Casi siempre, cuando llega está irritado contra sí mismo y contra los otros; esta disposición del espíritu, es desagradable para comenzar una clase.

Te sería fácil evitar estos inconvenientes si, como sucede de ordinario, habitases la casa de la escuela. Pero se ha notado que los institutores alojados cerca de la clase son algunas veces los más atrasados para llegar á ella; como no tienen presente la distancia no piensan en la hora, sino cuando la oyen sonar.

Tu asiduidad debe estar siempre libre de reproche. No te permitas, como algunos institutores, ausentarte de la clase, dejando á un discípulo el cuidado de dirigirla. Este abuso es desgraciadamente muy común. Casi siempre que el institutor se ausenta, encuentra quejas y desórdenes á su vuelta. Se irrita, castiga; pero, á decir verdad, él es el culpable. Los niños no habrían faltado á su deber si él hubiese llenado el suyo.

Por una regla inviolable y sagrada de la Universidad los discípulos no deben quedar solos jamás y los institutores primarios deben ceñirse estrictamente á ella. No hay motivo que pueda autorizar una ausencia de más de cinco minutos.

Pero el alcalde te hace llamar.

El alcalde será el primero en vituperarte si para cumplir sus órdenes no esperas que haya terminado la clase.

El cura necesita tu cooperación.

Debiste estar prevenido desde la víspera para arreglarte de manera que las clases sufrieran poca alteración.

Si un padre de familia quiere hablarte, que venga cuando estés libre. El tiempo de la clase

no pertenece ni á él ni á tí, sino á su niño y á todos los otros.

¿Qué diremos de los maestros que reciben visitas en la escuela, que se ocupan de asuntos personales, que abrevian la duración de la clase, y que se permiten dar asuetos sin autorización?

Todas estas faltas son graves: para merecer el título de institutor concienzudo y hábil no basta evitarlas; es preciso trabajar, no solamente con puntual asiduidad sino también con lo que yo llamaría un espíritu vigoroso, es decir con esa perseverancia razonada que permanece invariable. Esta cualidad falta á un gran número de institutores. Sus esfuerzos no son coordinados ni progresivos; cada cosa se hace con cuidado pero sin relación con aquellas que deben venir después. No basta que las clases se continúen es necesario que se encadenen.

El institutor que tiene un verdadero espíritu de progreso no abandona nada á la casualidad: no va temerariamente de una idea á otra; acaba todo lo que emprende, y no emprende sino lo que se cree capaz de acabar. Se dice cada día: "Hay un objeto que yo persigo, estoy lejos de él, es preciso alcanzarlo. Hay una parte de la enseñanza que deja que desear, es un vacío, yo lo haré desaparecer. La mayor parte de los discípulos han obtenido un resultado que otros esperan todavía, es necesario pues que éstos también lo alcancen".

CAPITULO XXI

BONDAD.—SEVERIDAD

No basta ser celoso, paciente, exacto; es preciso también tener autoridad sobre los niños y hacerse obedecer. La obediencia de los niños ha de resultar de dos sentimientos que debes inspirarles á la vez, y los cuales se prestan un mutuo apoyo: el amor y el respeto. La prudente severidad produce el respeto; la bondad paternal hace nacer el amor. Este último sentimiento es el que debe dominar en la educación, de manera que la severidad misma tenga su causa y su origen en la bondad.

Juzga según este principio, Fabio, á esos maestros duros y groseros que, no atreviéndose á satisfacer á fuerza de golpes el furor que les anima, ultrajan con brutales invectivas la sencilla timidez de los niños. ¡Desgraciado el institutor que toma este camino! Ya no podrá separarse de él; y éste será su primer castigo. El que se deje arrastrar una ó dos veces á tales excesos acabará por caer siempre en ellos; no podrá contenerse, nada dirá con suavidad y será cada día más insultante y grosero desconociendo él mismo su grave defecto.

¿Qué sucederá de esto? Que los niños se acostumbrarán á esos ardientes estallidos; que ellos creerán resultados naturales del trabajo que se toman para instruirlos. Si después de esto se quisiese obrar suavemente con ellos, no se alcanzaría ningún buen efecto; porque ya se han pue-

o semejantes á aquellas gentes son las á quienes el ruido de un toro sólo puede despertar. Su sensibilidad está gastada y no puede ser excitada sino por palabras punzantes. Fieles imitadores de sus maestros, son brutales entre sí, y groseros para con él. ¿Qué hay de más desagradable que el espectáculo que semejante escuela ofrece?

Yo no temo que puedas adquirir, Fabio, el contagio de tan odioso ejemplo, pero podrías caer en un exceso no menos peligroso, aunque de diferente naturaleza, si llevases la bondad al extremo: ponte al alcance de los más pequeños, pero no te vuelvas niño tú mismo. No tengas para con ellos pueriles complacencias; un padre puede permitírselas algunas veces, un maestro jamás. La autoridad del padre es de tal manera inherente á su persona, que no puede temerse el comprometerla; en tanto que la del institutor es delegada solamente: se expondría á perderla si olvidase esto un solo instante. Tú habrás leído á Enrique IV, que para divertir á sus hijos corría con ellos á caballo en un bastón. Esta debilidad de amor paternal realzaba el brillo de su gloria en lugar de debilitarla; se quiere mucho más á un buen padre en un gran rey. Pero tú siempre estarás expuesto á que se te atribuyan puerilidades en tus ideas. Para que no te confundan con los niños, á quienes enseñas, para que ellos no te crean su semejante, conserva siempre una afable dignidad.

Esta bondad misma no tiene otro mérito que el precio que le dá la justa severidad. Los niños no estiman sinceramente, sino á los que saben hacerse temer. No conocen la suavidad sino cuando han probado la energía.

Es, pues, un grande error el proceder con los

niños como si fuesen personas razonables. Esta conducta, seductora quizá en teoría, es absurda en la práctica. Si el niño comprendiese todas las consecuencias de su conducta, si reflexionase antes de hablar, si supiese sacrificar un goce presente á una ventaja futura; en una palabra, si tuviese como nosotros razón, y además su amable inocencia, la pureza de sus juveniles ideas y toda la castidad del corazón, sería entonces superior á nosotros. No esperemos una cosa tan contraria á la naturaleza.

Nada es más fácil para un espíritu recto y firme que obtener todo de los niños por la autoridad. Mucha locura sería querer sustituir á este medio, la acción de razonamientos mal comprendidos y bien pronto olvidados. Muchas cosas debe prohibírseles y por prudencia no ha de explicárseles la causa de tal prohibición. En muchas ocasiones en que el razonamiento los conduciría á su pérdida, sólo la obediencia puede salvarlos.

Se ha hablado de conducir la juventud únicamente por el sentimiento. Esta manera de educar no sería quizás, en rigor, imposible para un niño aislado, cuyo buen natural hubiese sido dirigido desde la cuna por una prudente ternura y que una vigilancia de todos los instantes hubiese podido sustraer de las malas impresiones. Pero desde el momento en que los niños están reunidos y forman lo que se llama una clase, la ligereza de los espíritus juveniles se aumenta por el contacto recíproco, y sólo la autoridad puede impedir que degeneren en una disipación que todo lo perdería. ¿Deberíamos hacer en cada falta un llamamiento á sus sentimientos? Esto sería profanar las cosas más santas, abusando de ellas á

cada momento; no se debe hablar al corazón sino en las grandes ocasiones.

Tratándose de educación hay teorías que son inocentes, mientras no sean otra cosa que teorías, pero desde el momento en que un maestro imprudente quiere ponerlas en práctica dejan de ser tales, pues no se hace experiencia de ellas sino á costa de la juventud, cuyo porvenir comprometen.

Sé, pues, muy severo en el ejercicio de esta noble virtud que se llama indulgencia. La inoportuna indulgencia conduce á los niños al mal, es decir, cuando su arrepentimiento no es profundo y sincero, y, si b e todo, cuando la falta no carece de malicia. Los niños no te agradecerán tu bondad, ni la comprenderán; no verán más que la impunidad que los hará más malévolos. Los caracteres falsos, los malos corazones, que no faltarán entre ellos, son incapaces de comprender los sentimientos elevados; tomarán por debilidad tu indulgencia. ¿Quién puede prever hasta dónde irá entonces su insolente perversidad? Por su propio interés les conviene que seas severo.

Si una falta ha sido cometida contra tí no cedas á un momento de generosidad por temor de que el castigo parezca venganza. No sufras jamás que se ultraje en tu persona al maestro. Faltas de este género son mortales para la disciplina; si se repitiesen con frecuencia en la clase sería imposible, valdría más que se cerrase, porque se tornaría para los niños en escuela del mal. Niños que no tengan respeto á sus maestros, á nadie respetarán, más tarde se burlarán de sus padres, de los magistrados y de las leyes.

CAPITULO XXII

ESTUDIAR EL CARÁCTER DE LOS NIÑOS

Si conoces perfectamente el carácter de los niños confiados á tus cuidados, podrías emplear con buen suceso los resortes de la intimidación y del cariño. Los niños tienen rasgos de carácter que son comunes á todos; pero hay una infinidad de cualidades particulares que establecen entre ellos notables diferencias. Quizá no es más difícil hallar dos hojas de árboles enteramente semejantes que dos caracteres de niños perfectamente idénticos.

Tratar de reducirlos todos al mismo nivel sería pretender violentar la naturaleza; querer dirigir á todos por los mismos medios sería tentar el imposible. Estudia, pues, cuidadosamente esos diversos caracteres; recoge todas las indicaciones que sus padres, sus vecinos, sus amigos te transmitan; obsérvalos sin afectación en los paseos y juegos, en que el natural, desligado de las trabas de la clase, se dá á conocer en toda su libertad; procura ganar su confianza y obtener de ellos la revelación de los secretos pensamientos que guardan sus corazones. Por medio de un estudio semejante llegarás á conocerlos bien y podrás emplear, respecto de cada uno de ellos, los resortes más adecuados á su peculiar naturaleza.

Hay algunos niños, cuyos caracteres vivos y juguetones, no saben tomar nada á lo serio, y cuyas faltas, causadas siempre por ligereza, quedan bien pronto sin consecuencias.

Otros hay de humor sombrío y violento que cuando hacen el mal lo realizan con una premeditación culpable.

Respecto de algunos, el exterior dulce, molesto, suave, es el indicio cierto de que poseen las cualidades más estimables; respecto de otros, aquel mismo exterior suele ocultar una profunda hipocresía y servir de velo á todos los vicios.

Hay algunos (apenas oso decirlo) á los cuales es preciso no manifestar jamás el sentimiento de la amistad; la afección que se les demuestra los pone orgullosos é insolentes.

Entre los niños, hay también algunos á quienes es menester no herir con palabras ardientes; exageran la significación de ellas, se creen objeto de la indiferencia y del desprecio, se desalientan y no trabajan más.

Otros, por el contrario, languidecerían, si no fueran estimulados por palabras vivas. Sin la animación exterior del preceptor que se comunica á ellos, se adormecerían en una incurable apatía.

A unos es menester hablar con cierta amistosa familiaridad, que los anima y los llena de gozo y esperanza.

Para otros, la voz debe ser siempre grave, la fisonomía severa; es preciso tenerlos á cierta distancia.

El temor es para algunos eficaz, preventivo; al paso que para otros solo es causa de desaliento.

Niños hay tan vehementes, tan impetuosos, que aun en el ejercicio del bien es preciso moderarles, y emplear sin descanso la brida y el freno.

Los hay también cuyo interior no puede ser descubierto, sino empleando una suspicaz penetración. Bajo un exterior casi estúpido ocultan

un espíritu perspicaz y una sensibilidad profunda.

Me detengo, porque sería una tarea sin término la clasificación de los rasgos característicos que distinguen entre sí á los jóvenes discípulos.

Se me dirá quizá: "Entre esos diversos caracteres, pocos son los dóciles y bellos. ¿Vale acaso la pena de que nos imponzamos tantos sacrificios para dirigir al niño apático, al indolente, al que se siente exasperado por la justa severidad, al que incita al mal la bondad indulgente? No bastaría, por ventura, someterlos á la obediencia por el rigor?"

Una objeción semejante no debe salir de tus labios. Bien sabes, Fabio, que el institutor que tratara inconsideradamente á esas almas jóvenes, las colocaría infaliblemente en la pendiente del mal, y sabes también que el único medio de mejorarlos es usar con cada uno de ellos el remedio propio para alejar la dolencia que le aflige.

¿Qué pensarías de un médico que desdeñara consultar el temperamento de sus enfermos y que aplicara á todos indistintamente el mismo tratamiento? ¿No lo mirarías con razón como un asesino? Un preceptor que obrara de la misma manera, no podría con sobrado fundamento ser considerado como el asesino de esas almas ingenuas que le han sido confiadas?

Al principio de tu profesión te equivocas acaso más de una vez en la apreciación de los caracteres. Pero cuando tus propias observaciones ó las sabias advertencias de un superior ó de un amigo te indiquen el error, apresúrate sin tardanza á repararlo. A medida que vayas avanzando en tu profesión, las faltas se irán haciendo más y más raras. Insensiblemente adquirirás no sólo aquel tacto que hace apreciar pronta y acerta-

damente los caracteres, sino también aquel hábito que nos marca desde luego, y sin darnos cuenta de ello, la conducta que debimos observar con cada uno de los niños para alcanzar el fin deseado.

CAPITULO XXIII

INSPIRAR CONFIANZA Á LOS NIÑOS



ANTE todo y principalmente procura conciliarle la confianza de los alumnos.

La confianza está fundada en la estima y la afección: no se conquista por una orden ni es tampoco susceptible de ser impuesta. La confianza tiene su fuente en el corazón, en este asilo inviolable de la voluntad individual, que una voluntad extraña puede abrirse por medio de la persuasión, pero que jamás llegaría á conseguirlo usando de la violencia.

No olvides esto, Fabio: el alumno está obligado á obedecerte; es un deber que necesariamente has de llevar, y al cual, si intentara sustraerse, puedes forzarle empleando los medios convenientes. Pero, él no está obligado á tener en tí confianza, y si te la rehusa te sería imposible arrebatársela. Podrás arrancarle algunas demostraciones exteriores, algunas fingidas palabras, algunas promesas ilusorias; pero nada alcanzarás sobre sus sentimientos, y, cuando obtengas de él algunas manifestaciones de una afección que no abriga, no habrás hecho otra cosa que agregar al mal de la desconfianza el mal del disimulo.

Esta soberana independencia del corazón del discípulo es un hecho, acerca del cual no se ha meditado en general lo bastante.

Los cuidados del padre y de la madre son tan incesantes y tan desinteresados, su ternura es tan ardiente, tan expansiva que la confianza del niño se desborda, por decirlo así, hacia ellos desde luego por un movimiento natural é instintivo; más tarde á la luz de la razón paternal se encienden los primeros resplandores de la suya. La confianza tiene, pues, á la vez, como deber, toda la brillantez de un axioma como sentimiento, todo el calor de que un corazón juvenil es susceptible.

Pero respecto de cualquiera otra persona, este corazón joven, esta inteligencia que nace reivindica sus derechos y se mantiene en una completa indiferencia. La infancia no puede disponer sino de un solo tesoro: su confianza; y no lo acuerda sino espontáneamente.

A nadie le ha ocurrido jamás decir á un niño: "Te ordeno que estimes. . . . Yo exijo que tú ames. . . ." Nó; cuando se quiere que ame, que tenga estimación por alguna persona, se procura presentar ésta á sus ojos con colores favorables, se le dan á conocer sus buenas cualidades, se hace el elogio de su conducta; en una palabra, se trata de persuadirle.

Medita bien esto, Fabio, y si quieres que el discípulo te acuerde su confianza, es decir, que te ame y que te estime, convénelo, por medio de tu conducta, de que no podría tener cerca de sus parientes ni mejor guía ni mejor consejero que tú.

Te citaré á este propósito la respuesta que dió un día un preceptor á su discípulo.

Este preceptor se había encargado hacia algu-

dos meses de la educación de un niño de doce años, lleno de viveza y de caprichos y excesivamente mimado hasta entonces. A la dulzura y la paciencia, el maestro unía la exactitud y la firmeza, cualidades que no eran del agrado del discípulo. El niño no acordaba á su maestro sino una sumisión exterior permaneciendo su corazón indócil. Su conducta se resentía necesariamente de esta mala disposición; sus progresos eran casi nulos porque estudiaba con disgusto, y, sin olvidar jamás para con el maestro las reglas de la conveniencia, le dejaba conocer sin embargo claramente la marcada aversión que por él tenía. Un día que este sentimiento se manifestó con más viveza que de ordinario, el preceptor le dijo: "Yo os obligaré á cambiar".— "¿Y cómo?" replicó el niño mirándole con aire frío é irónico.— "Os amaré tanto, replicó el maestro, que al fin os veréis obligado á amarme". Antes de un año la predicción estaba cumplida. El niño reconoció en su maestro un afecto tan verdadero y cualidades tan nobles, que la aversión fué dando lugar insensiblemente á una sincera amistad. Esta amistad dura todavía más viva que nunca, apesar de que su educación fué hace largo tiempo terminada.

Por lo demás, no te será difícil obtener esta estimación, sobre la cual está basada la confianza, si te muestras tal como creo.

No hay nada que inspire á los alumnos más confianza que la sinceridad y la franqueza; nada hay tan propio para enajenar sus corazones como el disimulo y la hipocresía. La mentira que ellos se permiten con demasiada frecuencia y que les parece excusable á causa de su propia debilidad y de su posición dependiente, la juzgan odiosa y

vil en cualquiera que ejerce sobre ellos alguna autoridad. Su desprecio se extiende á todos los defectos que guardan alguna afinidad con la mentira, como la situación, la afectación y la exageración.

No creas tampoco que sea fácil apercibirse de ello. Cuando no hemos observado de cerca á los niños, no podemos imaginar hasta dónde llega su penetración y sagacidad para descubrir los sentimientos más ocultos de su maestro. Su atención, libre de la diversidad de pensamientos que distraen la de los hombres, se encuentra en esta persona que tanto le interesa conocer. Nada se les escapa, ven y comprenden todo lo que se manifiesta exteriormente y adivinan lo que pasa en el interior. Algunas veces juzgan con poco acierto; pero observan bien y para conocer la afición el juicio es inútil, basta la observación. La falta de acuerdo entre lo que un hombre es realmente y lo que quiere parecer ahora á una alma joven é inferior, tan naturalmente como ciertas disonancias musicales chocan á un oído delicado; para esto no es menester experiencia y estudio.

Crees, por ejemplo, que pueda obtener la confianza de los niños el institutor que en presencia de los padres y autoridades, les habla con dulzura, les reprende con suavidad, y que, cuando se encuentra solo con ellos, cambia de tono y se muestra rudo y violento? Mas lo estimarían, sin duda, si le viesen mostrarse siempre tal como es, sin tomar la máscara en ciertas circunstancias. La impaciencia y la rudeza por más desagradables que sean de soportar, les disgustarán menos que esta especie de hipocresía. Puede ser estimado un hombre brutal, jamás estimaremos á un hombre falso.

Pero, para que el institutor pueda mostrarse á los niños tal cual es, es preciso que sea tal cual debe ser.

Sé, pues, siempre consagrado á tu ministerio, sé siempre humilde.

Ya sobre esta importante materia he llamado bastante tu atención y no necesito insistir en ello.

Me bastará hablarte sobre dos puntos relativos, uno á la consagración de los maestros y el otro á su modestia.

Cuando más consagrado te sientas á la enseñanza de tus alumnos y al cumplimiento de tus deberes, tanto menos debes hablar de esta consagración; el que ama verdaderamente dá á conocer sus sentimientos por medio de su conducta y no piensa jamás en decir: "yo amo." Las protestas de consagración y de celo, por más sinceras que sean tienen algo de teatral, parece que desempeñan un rol. En general el hombre honrado no habla nunca de su probidad. El hombre valiente jamás habla de su valor; tú debes hacer otro tanto. No hables de tu celo porque tu conducta hablará más elocuentemente que tú.

En cuanto al consejo que debo agregar relativamente á la modestia, tiene mucha analogía con el que precede: hélo aquí en dos palabras: no hables de tus discípulos ni de tu persona y observa para con ellos más escrupulosamente aun que para el público, el precepto que ya te he dado á este respecto.

Hay hombres de tal modo preocupados de sí propio que á cada instante se hacen objeto de la conversación. El no cesa de razonar con sus labios, sus estudios, sus trabajos, sus esperanzas, sus temores, son el único tema de sus conversaciones. Los hombres que enseñan están quizás

más expuestos que cualesquiera otras personas á incurrir en este defecto, porque están siempre seguros de encontrar en sus discípulos oyentes que, no sólo acogen con solicitud sus confidencias sino que á veces experimentan un maligno placer en provocarlas.

Este defecto es, sin duda, leve cuando no proviene de orgullo ni de suficiencia, cuando tiene su origen únicamente en la necesidad de expansión tan natural á una alma afectuosa, necesidad que parece hacer más imperiosa todavía la vida estudiosa y solitaria que lleva el hombre entregado á la enseñanza de la juventud. Como casi siempre se interesa vivamente por ella, se imagina que la juventud debe interesarse también por todo lo que lo concierne; pero esto es un error. Procura, pues, ser con los niños, digno y afectuoso; háblales mucho acerca de ellos y muy poco acerca de tu persona.

Lo que también importa á un maestro para conservar la confianza de sus discípulos, sobre todo cuando empieza su profesión, es no equivocarse jamás en lo que enseña. No me cansaré de recomendarte que te pongas en guardia contra la más ligera falta, contra el más leve error. En una reunión de hombres ilustrados, nada hay más natural que decir: "Me he equivocado". Pero con tus alumnos, que no tienen ningún conocimiento del mundo, con las personas que le rodean, cuyas inteligencias carecen del necesario cultivo para saber hasta qué punto el hombre verdaderamente instruido es susceptible de equivocarse, una confesión semejante nada te valdría. ¿Qué hay, por ejemplo, de menos extraordinario que equivocarse en una operación aritmética? Esto á todos acontece; así no hay banque-

10, ni comerciante que al enviar una cuenta á sus corresponsales, no agregue estas palabras: *salvo error ú omisión*. Y bien! Si te aconteciese, Fabio, cometer una falta de este género, las personas que te rodean se manifestarían tan descontentas como sorprendidas; no lo atribuirían por cierto á irreflexión, á distracción; la falta sería imputada á tu ignorancia. Dirían: "No sabe su profesión". Lo mismo sucederá respecto de la ortografía, de la geografía, y de todo lo que enseñes. Si haces alguna operación, procede cuidadosamente; si te interrogan toma el tiempo necesario para contestar; pero nunca operes ni contestes sin estar perfectamente seguro. En nada te comprometas con decir: "Quiero examinar con calma esta cuestión; reflexionaré sobre este punto". Pero te comprometería una equivocación. Tu falta será un motivo de vanidad para aquel que la haya notado, y un tema de conversación para toda la escuela. En diez años se hablará todavía de ella; después de diez, después de veinte años se oirá decir á los que han sido alumnos de tu clase. "Y bien! dá todavía algún traspie el maestro?... Yo le he corregido hace veinte años!"

Esto sería un verdadero obstáculo al buen éxito de tu enseñanza y al progreso de tus discípulos, porque, como ha dicho un célebre filósofo, es indispensable que el alumno tenga fé en su maestro.

Creer que podemos equivocarnos impunemente delante de los alumnos, es conocerlos muy poco; es ignorar cuan dispuestos se hallan al menos en las ciudades, á poner en duda los conocimientos de sus maestros y, es olvidar también la avidez con que recogen las menores faltas que

estiman conducentes á patentizar aquel hecho. Es joven, pues no sabe; es viejo, pues sabe mucho aun.

CAPITULO XXIV

MEDIOS DE ESTIMULAR

Los medios por los cuales el maestro puede obrar sobre los caracteres tan diversos de sus alumnos son de dos especies: los que se refieren al estímulo y los relativos á la represión. Una sabia combinación de unos y otros hacen más seguro el éxito.

Los primeros son los que dirigen la voluntad del niño hacia el bien por las emociones del placer y de la esperanza; los segundos los que lo apartan del mal por las impresiones del temor y del sufrimiento.

Desde luego nos ocuparemos de los primeros.

Son estos la razón; el sentimiento religioso; el amor filial; los elogios; la emulación, y las recompensas.

Se puede hablar razonablemente á los niños con tal que se conserve sobre ellos la suficiente autoridad para hacerse obedecer sin necesidad de recurrir á este lenguaje. Si ellos son habitualmente dóciles, por qué no explicarles entonces, no habiendo para ello inconveniente, los motivos de la conducta que se observa á su respecto?

Busca, dice Fenelón, los medios de hacer agradable á los niños las cosas que de ellos exiges. Si tienes algo desagradable que proponer-

les, hazles comprender que la pena será pronto seguida del placer. Manifiéstales siempre la utilidad de las cosas que les enseñas, hazles ver sus aplicaciones. "Esto, les dirás, tiene por objeto poneros en estado de llenar más tarde con buen suceso los deberes de la profesión que habéis abrazado; aquello es para formar nuestro juicio, para enseñaros á manejar los asuntos por vosotros mismos sin temor de que seais engañados; esto es para apartaros de una costumbre que llegara á seros muy perjudicial."

El sentimiento religioso tiene una fuerza superior á la de la razón. Feliz el maestro que sabe emplearlo con buen resultado, y que se aprovecha de la inocencia de estos corazones juveniles para dar á todas sus determinaciones como primer móvil, el deseo de agradar á Dios! La pureza jamás les abandonaría y bajo la protección de este Guardián Divino podrían conservar siempre aquellas tiernas virtudes que constituyen el mérito y encanto de la infancia. Pues, para alcanzar, Fabio, tales ventajas, es preciso ante todo ser digno de ellas. No debes hablar de la religión con entusiasmo si no te sientes animado de un sentimiento religioso vivo y sincero. Este sentimiento sagrado es contagioso; quién no lo abraza no puede tampoco transmitirlo.

Procura con empeño que el discípulo se inspire en el deseo de agradar á sus padres: que considere la satisfacción que experimentan como la corona más bella que puede recompensar sus esfuerzos, que se entregue al trabajo como un medio de captarse su benevolencia, que se abstenga de hacer mal con el fin de evitar pesares á un padre, á una tierna madre. Ya te he dicho, es una especie de sacrilegio abusar del sentimien-

to en la educación; pero este medio empleado con juicio suaviza el carácter y derrama en el alma los sentimientos más puros.

La alabanza, á la cual los niños son tan sensibles, puede también producir brillantes resultados; cuanto más temen á la vergüenza y al desprecio tanto mayor es el placer que les causan los testimonios de estimación. No descuides hacer uso de la alabanza, pero no la emplees sino con sabia reserva: el elogio que se prodiga demasiado pierde todo su valor, el niño no es á él ya sensible: distribuido sin discernimiento dá lugar al orgullo, el niño se cree superior á todo el mundo, es vanidoso, exigente y porfiado. No lo alabes sino de vez en cuando y con bastante reserva, de modo que comprenda que su poca edad es la causa de que aprobemos sus acciones y que entrevea siempre la indulgencia en el fondo del elogio.

Tén empeño en introducir la emulación entre los discípulos; un niño á quien las exhortaciones más vivas no han podido arrancar de su apatía, hará algunas veces esfuerzos extraordinarios para no quedar más abajo que su compañero. La emulación sin envidia es un resorte excelente en las manos de un maestro hábil. Algunos moralistas han atacado injustamente la emulación atribuyendo defectos que no tiene. Si en algunos espíritus jóvenes degenera en un celo febril, es porque esos espíritus han sido ya corrompidos ó están á punto de corromperse. En los niños que han conservado su corazón puro, la emulación es un sentimiento lleno de encanto, que no sólo se liga á la amistad, sino que le dá más fuerza y consistencia; los combates inocentes á que se entregan los tiernos niños en presencia del maestro,

producen derrotas sin humillación y victorias sin orgullo.

El imperio de la emulación es tanto más poderoso cuanto que el niño naturalmente imitador, está siempre dispuesto á seguir y aun á sobrepasar el ejemplo que recibe de los otros niños; se avergonzará con frecuencia de permanecer en la ociosidad ó de ser indócil, si todo el mundo disputa á su alrededor la palma de la obediencia y del trabajo.

Las recompensas son estímulos muy poderosos para la juventud; un maestro hábil y celoso sabrá variarles y hacer que los niños consideren como tales mil pequeños favores que otros les acuerdan sin discernimiento: una aplicación sostenida una conducta irreprochable serán motivos más que suficientes para obtenerlos.

Diré de las recompensas, lo que ya he dicho de las alabanzas; demasiado multiplicadas pierden todo su mérito. No las distribuyas sino con mucha reserva, teniendo cuidado de no desalentar al alumno cuya esperanza ha resultado fallida; procura que la alimete siempre y sobre todo que se haga acreedor á ella.

CAPITULO XXV

MEDIOS DE RIGOR

Los medios de represión ó de rigor son los reproches, las reprehensiones, los castigos. En el empleo de estos remedios destinados á vol-

ver la salud al alma, el institutor debe usar de la misma prudencia que los médicos al elegir los remedios que deben obrar sobre el cuerpo.

Hé aquí lo que á este respecto dice l'enelón:

“No reprendáis jamás un niño ni en su primer movimiento de ira ni en el vuestro. Si cedéis á vuestro impulso, él conoce que lo hacéis con ligereza y con despecho y no por interés y cariño y perdéis toda vuestra autoridad. Si aprovecháis el primer movimiento del niño, lo encontráis con el ánimo demasiado agitado para confesar su falta, para vencer su pasión y para comprender la importancia de vuestro consejo: es exponerse á que el niño os pierda el respeto que os debe tributar. Manifestadle que sois dueño de vos mismo; nada os lo hará conocer mejor que vuestra paciencia. Observad durante algunos días todos sus movimientos, si es necesario, para hacer á tiempo el castigo”.

Escucha lo que dice Rollin, el más virtuoso de los hombres, el guía inmortal del que aspire á ser digno de educar la juventud.

“La primera regla que se debe tener presente, es no castigar un niño en el instante mismo en que cometa la falta para no irritarlo y hacerle cometer otras nuevas en su impaciencia; es necesario dejarle tiempo para que vuelva en sí, para que conozca su falta y al mismo tiempo la justicia y la necesidad del castigo y para que éste, de esa manera, pueda dar buen resultado.

“El maestro, por su parte, no debe castigar nunca con pasión ni con cólera. Por poca que sea la emoción que se deje ver en el semblante del maestro ó en sus palabras, el discípulo la conoce en el acto y comprende que no es el celo del deber sino el ardor de la pasión lo que ha alimen-

tado ese fuego, y no es necesario otra cosa para que se pierda todo el fruto del castigo; porque los niños, por muy jóvenes que sean, saben que la razón es lo que solamente tiene el derecho de corregirlos. . . . La cólera, que en sí misma es un vicio, puede ser á propósito para curar los vicios de otros?"

Medita, Fabio, estos sabios preceptos y acuérdate que debías evitar á toda costa que los niños se acostumbren á los castigos y á los reproches. El hábito adormece de todo sentimiento; el que recibe frecuentes reprensiones, llega á ser luego insensible. Las miras como una tempestad que debe pasar y se preocupa muy poco.

No te has fijado en que, en general, los niños obedecen menos á sus madres que á sus padres? Ellas hablan demasiado, reprenden con frecuencia, amenazan sin cesar; y no consiguen ningún resultado. El padre habla pocas veces, amenaza de tarde en tarde y se hace obedecer.

Las reprensiones deben ser para el niño accidentes raros y desagradables; es necesario que los mortifique su recuerdo, que teman su vuelta. Pero si ellos sienten bramar una tormenta continua á su alrededor, llegan á ser como esos pueblos que habitan cerca de las grandes cataratas, y que, á fuerza de vivir en medio del ruido no lo oyen.

El niño que es castigado con frecuencia porque es travieso, concluye algunas veces por ser malo. En esto se debe poner bastante cuidado.

No hables jamás de los defectos del discípulo en su presencia, como de una cosa acerca de la cual has formado una opinión irrevocable, tomado tu determinación. Por su parte, él también tomaría su partido y no tentaría, con el fin de co-

rregirse, esfuerzos que se complacería en creer inútiles.

Evita sobre todo, las predicciones siniestras que se permiten algunas veces los institutores imprudentes: "Este niño es un mal sujeto, él concluirá mal." Tales predicciones en boca de un maestro son no sólo inconvenientes sino crueles. Cierra tu corazón á semejantes pensamientos y si á tu pesar han penetrado en él que queden profundamente ocultos.

Algunas veces el discípulo es inducido á la desobediencia por la cólera; se alimenta en él una especie de fiebre, que se deja conocer por una gran obstinación. Usa entonces de amenazas, cuidando de no impacientarlo. Indícale las caídas á que su indocilidad puede arrastrarlo. Cuando el discípulo ha olvidado sus deberes hasta el punto de mirar á sus maestros con aire irritado cuando se ha entregado en su presencia á algún acceso de cólera insolente, entonces no puede ya haber esperanza: es preciso que el discípulo y el maestro se separen. Procura por medio de una firmeza tranquila evitar este triste resultado.

En tales circunstancias no creas haberle doblegado porque lo ha castigado con rigor. No habrás hecho otra cosa que irritarlo y exasperarlo: el niño discimulará sus malos sentimientos esperando la oportunidad de hacerlos estallar. Habrás conseguido hacerlo no sólo perverso, si no también disimulado é hipócrita.

Algunas veces el niño cuyo carácter ha sido contrariado imprudentemente no se dá siquiera el trabajo de disimular su irritabilidad. Su aire terco y obstinado durante las clases, sus contestaciones siempre calculadas para desagradar, la

figereza con que aprovecha todas las ocasiones en que puede manifestar su mala disposición, son una perpetua guerra á la disciplina.

Para despertar mejores sentimientos en un niño predispuesto de ese modo, es preciso una feliz combinación de dulzura y de energía que nada debe entibiar. Así no debe excusarse ningún medio para impedir que un niño caiga en este estado peligroso, del cual es más fácil preservarlo que curarlo.

CAPITULO XXVI

DISPENSAR IGUALES CUIDADOS Á TODOS LOS DISCÍPULOS

UNA de las obligaciones más sagradas del institutor y desgraciadamente una de las más olvidadas, es la de dar á todos los discípulos iguales cuidados.

Algunas veces el maestro no piensa en otra cosa que en el interés de su propia reputación; trata de hacer brillar algunos discípulos de sus simpatías, en los cuales ha reconocido mejores aptitudes; se halaga con el honor de sus progresos y descuida á todos los demás.

Los alumnos y principalmente sus padres (por que los discípulos se acomodan fácilmente á la indiferencia del maestro que favorece su apatía), tienen derecho de reprochar al institutor una preferencia que les causa doble perjuicio: porque privando á un niño de los cuidados que le son debidos, se le priva, no solamente de las ventajas

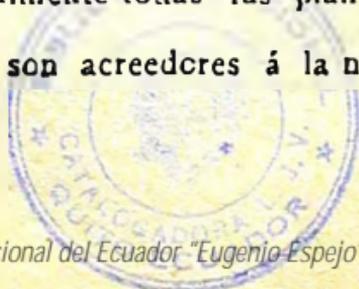
morales que la ley y la religión han querido asegurarle, sino también de las ventajas materiales que la instrucción le había procurado y que habrían mejorado su suerte.

Medita, Fabio, acerca de la inmensa culpabilidad de un institutor que en el interés de su vanidad elige exclusivamente algunos discípulos á los cuales somete á un trabajo excesivo, contentándose con exigir de los demás la inmovilidad y el silencio. Si algunos de estos niños, tan indignamente abandonados, se entrega á la disipación, el maestro se irrita contra ellos, no porque pierden el tiempo y se habitúan al desorden, sino porque le distraen de los cuidados exclusivos que prodiga á los otros. Puede imaginarse algo de más inicuo, de más odioso?

Algunas veces, es verdad, el institutor no se deja arrastrar á estas preferencias exclusivas por el interés de su vanidad: tal vez, sin pensar en ello, cede al placer que se experimenta educando caracteres dóciles e inteligentes. Las horas huyen, sin que de ella se aperciban, en el cumplimiento de esta agradable tarea. Consagrado enteramente á un trabajo que es al mismo tiempo un placer, el institutor no piensa en los perezosos ni en los indóciles, ni en los espíritus toscos y falsos, ó, si dirige á ellos su atención es cuando la hora de la partida le advierte su omisión y la imposibilidad en que se encuentra de repararla.

Esta conducta es excusable en su origen pero condenable en su resultado. Procura, Fabio, no dejarte seducir por este placer peligroso. Los cuidados de un buen maestro deben ser como el rocío que fecunde igualmente todas las plantas sean comunes ó raras.

Todos tus discípulos son acreedores á la mis-



ma estimación á los ojos de Dios y del país. Si tú has sido nombrado institutor público es para que ellos reciban de tí, cualesquiera que sean sus disposiciones naturales, todos los cuidados que su edad reclama. Alejar la apatía, extirpar la pereza, reprimir las malas inclinaciones, y sobre todo, acoger con benevolencia los espíritus apocados y débiles, alumbrarlos con tus luces, calentarlos con tu entusiasmo; hé ahí tu tarea. Tú no puedes olvidarla respecto de ninguno de tus discípulos, sin ser por ello culpable.

Al institutor, á quien domina la vanidad, yo le diría. Quieres brillar por tus discípulos? Pues bien! Instruye á este pobre niño que parece condenado por la naturaleza á no poder aprender jamás. Haz que penetre la luz en sus ojos que parecen cubrir eternas tinieblas. Que esta estatua se anime entre tus manos. ¡Habrá por ventura una obra más propia para grangearte honor!

Esto es sin duda bien penoso, é impone repetidas fatigas: convengo en ello; pero acaso te haz figurado que la carrera del institutor está sembrada de rosas? No haz comprendido que es una tarea en extremo laboriosa, llena de fatigas y de sacrificios? Te haz imaginado que para tallar el mármol, pulir las maderas, cultivar un suelo infecundo se requiere más trabajo que para pulir y cultivar las inteligencias? Crees que el país espera más abnegación y sacrificio del soldado que lucha con sus enemigos del exterior, que de tí, infatigable soldado de la civilización; destinado á combatir todos los enemigos que ella encierra en su seno, la ignorancia, la pereza, la ociosidad, el vicio?

Condúctete, pues, Fabio, de manera que ninguno de esos niños que te han sido confia-

dos pueda quejarse más tarde de haber sido víctima del sistema odioso que yo vitupero. Mientras son estudiantes su pereza aplaudirá quizás tu indiferencia, pero más tarde se indignará su razón. Serás para ellos un objeto de maldición y de desprecio. No podrán oír pronunciar tu nombre sin exclamar con amargura: "Si nada sé, si nada soy, todo es debido á ese hombre!"

CAPITULO XXVII

SENTIMIENTOS QUE ES PRECISO INSPIRAR Á LOS NIÑOS. (1)

POR tus lecciones, por tus ejemplos, por los mil variados medios que te sugerirá tu inteligencia, tratarás, Fabio, de inspirar á tus alumnos el amor á la verdad y el odio á la mentira. Fortificarás en ellos el amor al orden, á la economía, al trabajo; en una palabra, todos los sentimientos loables y todos los hábitos honrados.

Procura enseñarles esas maneras suaves y corteses, de que acaso no encontrarán modelo en el seno de sus hogares, y que sólo tú puedes darles.

Con frecuencia nos formamos un concepto favorable de un institutor si, al entrar en una pequeña aldea ó villorrio, vemos á los niños jugar

[1] Algunos de los consejos contenidos en este capítulo se encuentran más desarrollados en el Apéndice, al fin del volumen.

reunidos sin gritos ni querellas; si le vemos saludar al extranjero que se acerca, responder con complacencia á las preguntas que le dirige y apresurarse á servirle de guía. Pero cuando el extranjero no encuentra á su llegada, sino niños groseros, ordinarios, violentos, que huyen si se aproxima, ó que lo rodean con insolente curiosidad, podría creer que su educación ha sido descuidada?

Nota digo, Fabio, que acostumbres á tus discípulos á ser solamente corteces. Las maneras agradables suelen no ser otra cosa que una engañadora apariencia; lo que te pido es que inspires en tus alumnos esos generosos sentimientos de benevolencia, de que la política es su manifestación.

Que esta benevolencia se ejercite sobre todo con sus primeros camaradas. Hazles considerar como una cobardía el abuso de la fuerza física, y como una cobardía no menos culpable el abuso de la superioridad intelectual. Reprende con toda la energía de tu indignación, tanto al niño que ofende á un camarada más débil, como á aquel que hace befa de un émulo menos hábil. No toleres jamás que los defectos corporales ó la falta de inteligencia sea un objeto de burla. Ni permitas tampoco que se haga uso de la sorna ó de la burla, por cualquier motivo que sea, sino cuando por ese medio los niños atacarían el vicio con el ridículo; feliz circunstancia, bien rara por cierto, que es preciso aprovechar.

Para mantener entre tus discípulos esta preciosa armonía, es preciso que evites con cuidado todo aquello que podría turbarla. Cierra los oídos á delaciones recíprocas. Tu deber es acoger toda queja justa; un niño maltratado debe

encontrar en tí su apoyo. Pero, exceptuados los casos en que se te pida que hagas justicia, resignate á ignorar lo que desees saber, antes que adquirir su convencimiento por medio de esos denuncios que participan del carácter de espionaje y que esparcen en una escuela la desconfianza y el desorden. No recurras jamás á este triste medio, á menos que se trate de alguna acción contraria á la probidad ó á las buenas costumbres; tu conciencia te indicará en este caso lo que debes hacer.

Tus discípulos, Fabio, deberán tener tanta benevolencia hacia sus iguales como respeto hacia todas las personas que, por su edad, por su posición social ó por cualquiera otra circunstancia están colocadas sobre ellos. Insiste sobre este punto, más importante de lo que puedes creer. No te contentes con prescribir á los alumnos demostraciones exteriores; procura que el sentimiento de respeto eche profundas raíces en su corazón.

Algunos de tus discípulos llegarán probablemente á ser, gracias á tus cuidados, más instruidos que sus padres. Si tienen el aire de haberse apercibido de esta pequeña superioridad; si, cuando se buscan sus servicios, los prestan con una especie de condescendencia desdeñosa; si una falta contra el lenguaje y contra los modismos, hacen nacer en sus labios una sonrisa burlesca, habrán pagado por cierto demasiado caro la instrucción: valdría más no haber aprendido nada.

Pero, bajo tu dirección, Fabio, no pueden temerse tales resultados. Tú sabrás inculcar con habilidad en el corazón de tus alumnos, el respeto más profundo hacia sus padres, el amor más tierno hacia su familia. Tú les enseñarás al mis-

mo tiempo á amar con abnegación la patria, esta gran familia en la cual todas las familias particulares se confunden; al jefe supremo que es representante de la patria, ó por mejor decir, la patria personificada,

La ley es la voluntad del país expresada por los que la representan. El respeto por la ley, y por los magistrados, órganos de la ley, debe ser desde temprano tan profundamente inculcado en la infancia, que llegue á ser para ella como una segunda naturaleza. Dichosa Francia, si el respeto por las leyes, por el Jefe del Estado y por los magistrados, llega á ser así como la vivacidad del espíritu y la pasión del valor, unos de los caracteres distintivos de su pueblo. La educación debe ser infatigable para alcanzar la realización de ese voto. No hay institutor que cooperando á ella por sus lecciones y por sus ejemplos, no pueda, por humilde que sea su posición, merecer bien de su país.

En los campos, el éxito será fácil. Pero si tu escuela está colocada en una ciudad, numerosos obstáculos combatirán tus esfuerzos, dirigidos á esta santa obra. Algunos de tus discípulos estarán quizás mal preparados para esta enseñanza patriótica y moral. Se les ha acostumbrado á detestar lo que tú les dices que honren y veneren. Los rugidos de la asonada ha resonado en sus oídos; han visto desfilar en las calles las saturnales del desorden; crecen en medio de una fermentación incesante, rodeados de hombres que imputan á las instituciones políticas y al orden social sus desgracias, resultado necesario de sus propios vicios. Han bebido con la leche, el veneno de falsas doctrinas y costumbres depravadas.

Prodiga, Fabio, á estos jóvenes infortunados los cuidados más asiduos y tiernos. Que sus espíritus, tan agitados en la casa y en la calle, encuentren el reposo en la calma de la escuela. Purifica sus ojos con el espectáculo del orden, sus oídos con dulces palabras, sus almas con tiernas emociones. Gracias á tí, sus corazones se abrirán insensiblemente para albergar el amor á la moral y á las leyes.

Esta saludable reacción se propagará quizá hasta sus mismas familias. Sí, Fabio, hay ejemplos de padres, abandonados á toda clase de desórdenes, para los cuales una joven piadosa, un joven lleno de habilidad y de dulzura, ha sido un ángel de paz que les ha reconciliado con la sociedad y con ellos mismos. La virtud en el niño que amamos tiene un atractivo tan poderoso y tan dulce! Es tan cruel también para un padre ruborizarse á los ojos de su hijo!

Yo no sé quién es más dichoso, si el niño que derrama así en su familia los consuelos de la virtud, ó el institutor á quien este niño es deudor de una felicidad semejante.

CAPITULO XXVIII

HACER EL ESTUDIO AGRADABLE

CONCRETÉMONOS ahora á nuestra clase y ocupémonos de nuestro sistema de enseñanza. Ante todo, procurad hacer el estudio agradable á vuestros alumnos. Sobre esta materia tan im-

portante dejaré hablar á Rollin. Quién se atrevería añadir algo á sus palabras tan sabias?

“Se encuentran muy pocos maestros que tengan la suerte de hacer agradable el estudio á sus discípulos. El buen suceso, sobre este punto, depende mucho de las primeras impresiones: y los maestros, encargados de enseñar los primeros elementos, deben poner mucho cuidado en que un niño que no es capaz todavía de amar al estudio, no le tome aversión desde entonces por temor de que el desagrado que haya experimentado al principio lo siga hasta una edad más avanzada. Para esto es necesario que el estudio sea para el niño como una especie de juego, que se le hagan breves interrogaciones, que se le anime con alabanzas, que se le dé ocasión de estar contento de sí mismo y satisfecho de haber hecho algo. De vez en cuando, enséñese á otro lo que él rehusare aprender con el fin de estimular su celo; se le formarán pequeñas cuestiones dejándolo creer algunas veces que ha vencido; se le incitará con pequeñas recompensas, hacia las cuales es sensible esta edad.

“Pero el gran secreto para que los niños amen el estudio está, en que el maestro sepa él mismo hacerse amar de ellos. De esta manera lo oyen de buena gana, se hacen dóciles, procuran complacerle, es para ellos una satisfacción recibir sus lecciones, aceptan sus avisos y sus amonestaciones sin desagrado, no son insensibles á sus alabanzas, se esfuerzan por ganar su amistad desempeñando bien sus obligaciones.

“Hay en los niños como en todos los hombres un fondo natural de curiosidad, es decir, un deseo de conocer y de aprender, del cual se puede aprovechar para hacerles el estudio agradable.

Como todo es nuevo para ellos, hacen preguntas, piden el nombre y el uso de todo objeto que se presenta á su vista. Preciso es contestarles sin demostrar pena ni disgusto, alabar su curiosidad, satisfacerla con contestaciones claras y precisas, sin darles nunca contestaciones engañosas, ó ilusorias, pues luego lo aperciben y desaniman. ■

“En todo arte y en toda ciencia los elementos y los principios tienen siempre algo de seco y de fastidioso. Es por esto que es muy importante dulcificarlas por todos los medios agradables que se pueda.

“Cuando los niños son educados privadamente, un maestro atento y hábil, pone todo en juego para hacerles agradable el estudio. Elige el momento, estudia la inclinación del niño, consulta su humor, mezcla el juego con el trabajo, parece dejarlos á su elección, no hace del estudio una regla, á veces excita el deseo del estudio no prestándose á él, terminándolo, ó más bien, interrumpiéndolo; en una palabra, toma mil formas é inventa infinitos medios ingeniosos para llegar á su fin.

“En una clase numerosa este medio es casi impracticable. El discípulo y el buen régimen exigen un sistema uniforme, y que todos los sigan exactamente, y esto es lo que hace muy difícil la dirección. Es necesario que un maestro tenga buena cabeza y mucha destreza para llevar las riendas de tantas inteligencias que tanto difieren entre sí: los unos vivos é impetuosos, los otros lentos y apáticos; aquellos que es menester contener: éstos animar; para manejar y dirigir al mismo tiempo á todos estos genios, de modo que no obstante esta diferencia de temperamentos, los haga marchar de concierto y los conduzca á

todos al mismo tiempo. Es necesario confesar que en materia de educación, es donde se necesita más habilidad y prudencia.

Esto no se consigue sino con mucha suavidad, razón, moderación, calma y paciencia. Es preciso no perder nunca de vista este gran principio, que el estudio depende de la voluntad, la cual no sufre coacción. Bien se puede coartar al cuerpo, forzar al niño á que permanezca en su banco contra su voluntad, doblar su tarea por castigo, obligarlo á cumplir la cierta tarea que se le ha impuesto, para esto privarlo del juego y del recreo: ¿es estudiar trabajar así como un presidiario? ¿Y qué queda de este modo de estudiar, sino es el odio de los libros, de la ciencia y de los maestros, muchas veces por toda la vida? Es pues la voluntad la que debe ganarse, y se gana por la suavidad, la amistad, la persuasión, y más que todo, haciendo del estudio un atractivo.

“Como nacemos perezosos, enemigos del trabajo y más todavía de la violencia, no hay que sorprenderse que estando de una parte todo el placer y de la otra todo el fastidio, todo el fastidio en el estudio, y todo el placer en la diversión, un niño soporte el uno con impaciencia y corra tras del otro con ardor. La destreza del maestro consiste en hacer encontrar atractivos y suavidad en el estudio”.

CAPITULO XXIX

ENSEÑANZA.—SISTEMAS.

EN vuestra enseñanza, seguid la marcha á la que os acostumbraron vuestros maestros: guardaos de aquellos sistemas que bajo el nombre de métodos nuevos, cada año vé nacer y morir.

La aplicación de estos sistemas no es permitida. Cualquiera que pueda ser el mérito de un sistema, basta que su buen éxito sea dudoso para que no hagáis prueba de él en estas jóvenes inteligencias, cuyo porvenir depende de vuestros cuidados. ¿Si os apartáis del camino ordinario y vuestros alumnos pierden su tiempo, cómo os justificaréis? ¿Diréis que os dejasteis seducir? ¿excusa de una culpable presunción!

Estos sistemas os parecen satisfactorios; ¿pero en verdad, os atrevéis á creeros capaz de apreciarlos? ¿No comprendéis que el inventor incitado por el interés, ó cegado por el amor propio se aplicó disimular sus defectos?

En general, estos sistemas que se nos presentan como nuevos son desde tiempo atrás conocidos y desacreditados; se les rejuvenece con algunas variaciones de poca importancia: la ignorancia y la presunción caen siempre en el lazo que le tendieron inventores supuestos.

Uno sienta como principio incontestable, que todos los métodos que precedieron al suyo embrutecieron al género humano; otro reduce á una operación puramente mecánica, la solución

de todas las dificultades de la lengua; gracias á los rápidos procedimientos de un tercero, se saldrá en una semana lo que hasta entonces no había podido aprenderse en un año; un cuarto hace el estudio tan divertido que en poco tiempo los niños encantados de este juego tan atractivo, ya no querrán otro. Puede ser que algunos de estos individuos procedan de buena fe; pero los especuladores que vienen en seguida explotan á sabiendas, en perjuicio de la infancia, la credulidad de las familias. Luego se conoce la impostura y se rechazan sus métodos. Ellos mismos los abandonan como lo hacen todos, y se ponen á explotar otro nuevo, casi siempre con cuenta: pues no hay sistema por muy absurdo que sea que en Francia no pueda confiar tener uno ó dos años de triunfo.

Hay, sin embargo, una cosa que notar: estos métodos que después de poco tiempo se les rechaza con desprecio, en sus principios han producido algunos resultados especiosos. Esto no debe sorprendernos: para asegurar algún buen éxito á su sistema, el inventor prodigaba su tiempo y sus esfuerzos; los resultados que él obtenía ofuscaban solamente á ojos prevenidos; se atribuía á su método lo que no era sino resultado de su celo.

Poned en la aplicación del método ordinario y legal aquel celo ardiente, inquieto, infatigable que desplegaban aquellos especuladores en interés de su vanidad ó de su fortuna, y vuestros resultados serán tan brillantes y mucho más duraderos.

¿Cuál es, pues, este método?—Aquel que vuestros maestros han empleado para instruiros.

Que la enseñanza sea simultánea; mútua ó mix-

ta, su marcha es siempre la misma. Principiar por las nociones más fáciles, no decir nada sin explicarlo claramente, convencerse que cada alumno ha comprendido, avanzar después á nociones más complicadas, volver sobre las lecciones precedentes y repasarlas constantemente, detenerse de tiempo en tiempo para considerar en conjunto lo que se ha visto en detalle, ejercitar continuamente la memoria, pero no ejercitarla sino sobre objetos que la inteligencia ha comprendido, medir las dosis de trabajo sobre la capacidad natural de los niños, y en esta obra ser paciente, activo, complaciente, infatigable, tal es el método que usaron vuestros maestros para instruirlos, tal es aquel que debéis seguir.

Si alguno de vuestros alumnos tiene una inteligencia tardía, la memoria infiel, la concepción dificultosa, no os desaniméis; preservadlo con cuidado del desaliento que para él vendría á ser mortal; y como necesita hacer más esfuerzos, procurad aumentar sus fuerzas.

Aumentaréis sus fuerzas excitando su ánimo é inspirándole confianza en sí mismo. Será menester por lo tanto, escuchar con una imperturbable complacencia todas sus divagaciones; conducirlo de nuevo al camino recto dejarle ver que se había apartado de él; no demostrar atribuir más importancia á sus faltas, que á las faltas menos groseras de sus discípulos; llamar su atención y la de los demás sobre la más leve apariencia de progreso. No podréis alabar nada mejor; pero en este caso alabaríais algo menos malo.

Sucede raras veces que en una clase, los niños tan poco agraciados por la naturaleza sean en gran número: se encuentran más frecuentemente,

sobre todo en algunas provincias, niños cuyo espíritu es demasiado vivo. La disciplina que les es natural sostiene una constante lucha con la Buena voluntad del institutor.

Para fijar la atención de estos jóvenes atolondrados vuestro celo os sugerirá toda clase de astucias inocentes. Les acordaréis á veces un medio recreo; les dejaréis respirar durante algunos minutos; descansar mientras les narréis alguna historia interesante, prometida á la aplicación y acordada al buen éxito. Haréis menos explicaciones exigiréis que trabajen más por sí mismos. Multiplicaréis entre ellos los certámenes y los medios de emulación.

Cualquiera que sea la vivacidad ó su atolondramiento, no dejéis nunca de ser dueño de vos mismo. La enseñanza debe ser siempre grave. En general, hablad más bien en tono bajo que elevado. Cuando el maestro eleva la voz, el alumno se pone naturalmente en el mismo tono que él. Con este cambio ruidoso de palabras, las conversaciones particulares se establecen fácilmente en la clase. Al contrario, cuando el maestro habla sin levantar la voz, ningún alumno puede conversar sin ser oído. Nada más absurdo que esa preocupación, demasiado extendida en el campo, que concede mayor título al institutor, que tanto en la iglesia como en la escuela, aturde más los oídos: preocupación tan nociva para una buena disciplina, como para la salud del institutor que se agota con estos ridículos esfuerzos.

Además, el hombre que grita necesariamente se agita; le es difícil conservar ese modo de ser reposado y decente que hace respetar más la enseñanza.

Sin embargo, no os prohibo, guardaos de creerlo, que os entregáis á estas vivas emociones que trasmitiéndose del maestro á los alumnos, llevan á la clase el calor y la vida. Bueno es que el institutor se anime, y que de tiempo en tiempo levante la voz sin gritar. Se cansa más pero enseña mucho mejor. Me agrada que un maestro al salir de clase esté casi jadeante y que el descanso sea para él mucho más necesario que para los niños.

CAPITULO XXX

MODELOS QUE SEGUIR.—GERSON, ROLLIN.

No quiero terminar estas instrucciones, Fabio, sin proponer á vuestra imitación, dos nobles modelos elegidos entre muchos otros que habría podido ofreceros. Como dice un antiguo adagio. *Lección principia, ejemplo acaba*: Oid y retened estos dos nombres; son el honor de nuestra patria, la gloria de la enseñanza: Gerson, Rollin.

Gerson florecía hace cuatro siglos. Era un hombre de una alta inteligencia, de una ciencia profunda, de una virtud á toda prueba y de un carácter dulce y modesto. Brilló por su elocuencia en la universidad, en el púlpito, en los concilios. Resplandeció por una fuerza de alma igual á su talento, y en tiempos de revueltas y de anarquía llevó su fuerza de ánimo hasta el heroísmo, reclamando venganza para las víctimas bajo el puñal de los asesinos. Entre otros escritos céle-

bres, compuso la *Imitación de Jesucristo*, que un célebre filósofo apellidó ser la más linda obra que había salido de mano de los hombres. (1).

Este ilustre defensor de todas las sanas doctrinas, estando todavía en la fuerza de la edad, quiso acabar sus días en una oscuridad laboriosa. Fué á León á sepultarse en una escuela de niños pobres, y se entregó completamente á su instrucción.

Hecho maestro de escuela, aquel que había sido el oráculo de la Iglesia universal, no creyó rebajarse poniéndose al alcance aun de los niños más pequeños, y se encontraba con ellos tan cómodamente y tan en su centro como si estuviera hablando todavía en presencia de los reyes y de los concilios.

Ante la puerta de su humilde escuela, espiraba el ruido confuso del mundo, que en vano lo llamaba á reinar de nuevo sobre él por el ascendiente de la virtud y de la elocuencia. Su frente poco ha tan majestuosa, sus ojos en los que brillaba el fuego del genio, se encontraba dulcemente sombreados por el velo de piadosa humildad.

[1] Apesar de la opinión consignada por el autor, existe una gran mayoría de escritores ascéticos que, con muy buenas razones, manifiestan que el verdadero autor de la *Imitación de Jesucristo* es el venerable Tomás de Kempis: otros creen que es Juan Gerson; sin embargo, hasta ahora nada hay concluyente y decisivo sobre este punto. Por lo general los franceses, como M. Barrau, sostienen que es Gerson, los alemanes que es al venerable Kempis. Hacemos esta aclaración para evitar las dudas que pudieran originarse sobre la autenticidad de ese precioso libro que se titula *Imitación de Jesucristo*.—Nota del traductor.—R. D.

Nada en él revelaba su posición anterior si no era una especie de gracia majestuosa que no podía abandonarle; y así mismo, nada lo diferenciaba de un institutor vulgar, si no era una sublimidad de paciencia y de celo dignos de Aquel que nos enseñó tan bien ha imitar.

Por toda recompensa de sus cuidados, pedía á sus discípulos que añadiesen cada día á sus oraciones estas simples palabras: "Mi Dios tened piedad de vuestro pobre siervo Juan Gerson." y en su testamento suplica á todos aquellos á quienes prodigó sus cuidados, pagasen á su memoria este piadoso tributo.

No admiráis, oh Fabio, un modelo tal?—El ejemplo de este grande hombre, no os abiasa de una generosa emulación?—Podrías avergonzarnos de esta oscuridad que él prefirió á todas las glorias del mundo?—Os quejaríais de las fatigas que él eligió como el descanso de una vida agitada por tanto tiempo?—Os cansaríais de tratar con los niños siendo que él quiso pasar sus últimos días entre ellos y buscó su consuelo amándolos y puso su esperanza en sus oraciones.

El segundo ejemplo que quiero presentaros, es de un género enteramente diverso. Rollin no ha ocupado en el mundo un destino tan brillante, ni aun ha sido maestro de escuela; pero en la enseñanza superior ha sobresalido de tal manera, que procurando imitarlo aquellos que, en una esfera más humilde, se ocupan en tareas semejantes, se harán más y más dignos de su misión; felices ellos si pueden reproducir débilmente algunos rasgos de tan venerable imagen!

Nacido Rollin en el reinado de Luis XIV, fecundísimo en grandes hombres, fué la gloria

de la Universidad de París. Alumno, profesor, principal, rector, se hizo siempre estimar y querer, porque reunía en sí, cualidades poco comunes.

Renunció á sus relaciones con el mundo, el día que se le honró con la dirección de un colegio; no salió más de este estudioso asilo, ó si sus obligaciones lo alejaban de él momentáneamente, su pensamiento no lo olvidaba un solo instante.

Se ocupaba con asiduidad tanto en los detalles de la administración como en los cuidados de la enseñanza. La disciplina era irreprochable. Los profesores que él es cogía con precauciones infinitas, secundaban sus esfuerzos y sabía dirigirlos con tanto arte, que les comunicaba insensiblemente su talento. Practicaba antes que todos lo que exigía de los demás y era más rígido consigo mismo que con los otros.

En todas las ocupaciones era el más asiduo y el más puntual; de tal modo que presidía todo aunque estuviera ausente; puesto que los alumnos acostumbrados con él, lo veían por todas partes y creían verlo, tan llenos estaban de su espíritu, y su recuerdo les imponía tanto como su presencia.

Entregado por completo á la enseñanza de sus queridos discípulos, se ocupaba de cada uno de ellos como si hubiera sido el único. No se cansaba de avivar en ellos el fuego de los nobles sentimientos, ya en la enseñanza general, ya en las conversaciones particulares; el estudio de las letras era para ellos la escuela de la virtud, por la dirección altamente moral que sabía comunicar á sus instrucciones.

Su ternura para con ellos lo hacía sumamente

sensible á sus buenos resultados. Cuéntase que en la distribución de premios, su contento y su entusiasmo rayaban en la embriaguez. Abrazaba con ternura á los vencedores y reanimaba el valor á los vencidos con dulces palabras.

La siguiente anécdota hace ver la confianza que inspiraba. Un padre de familia, que habitaba una apartada provincia y que no conocía al principal si no por su reputación, le trajo á su hijo y le rogó que lo admitiese en el número de los pensionistas. Rollin rehusó porque el número de alumnos era ya demasiado considerable y para convencerlo hizo que recorriera todos los dormitorios, donde no había ni un solo lugar de qué disponer. El desconsolado padre no quiso someterse á la evidencia. "He venido, le dijo, expresamente á París para traeros mi hijo, lo haréis dormir en una clase, en el patio, donde queráis; con tal que esté en vuestro colegio, estoy contento y parto tranquilo", y se fué ó más bien huyó dejando al niño, que Rollin tuvo que colocar en su propio cuarto, hasta que hubo un lugar que darle entre los alumnos.

La virtud de este hombre tan universalmente admirado y estimado no se vió libre de la calumnia.

A consecuencia de un denuncia injusto, Rollin recibió orden de abandonar la dirección del colegio, y por un resto de deferencia hacia él, la orden permaneció oculta.

Rollin olvidándose de sí mismo, en tan angustiosa posición, no pensó sino en sus queridos discípulos. Buscó un sucesor digno de ocupar su lugar; lo encontró; tuvo la felicidad de ver aprobada su elección y sólo entonces quedó tranquilo.

El domingo que precedió á su partida, ninguno de los del establecimiento pensaba en la desgracia que iba á sobrevenirles. En una breve instrucción que hizo después de las vísperas habló de su estado actual; pero de modo que no le entendieran. Se figuró un cristiano presa de un gran dolor. Había recibido la misión de hacer el bien á sus hermanos; pero usó, quizás, sentimientos muy humanos. "Una orden del soberano pastor le advierte que se retire y él se somete, enteramente confiado en la bondad paternal del que lo aflige." Sólo después del suceso se comprendió el sentido de estas palabras.

Por último, Rollin ejecutó su resolución al día siguiente. Como á las cinco de la tarde, después de ofrecer en la capilla su sacrificio á Dios, salió solo, sin que nadie lo sospechara en el colegio á excepción de algunos de los principales profesores.

Los niños supieron la triste nueva después de la cena. Todo fué llanto y sollozos cuando se convencieron de que su salida era para no volver más. El recreo que siguió á la cena no fué recreo. Los alumnos, dispersados por el patio, se paseaban tristemente con los ojos arrasados en lágrimas como si hubieran perdido un padre.

Rollin se retiró á un barrio solitario, donde había comprado una casita y allí pasó el resto de su vida.

Esta desgracia, lejos de reducirlo á la inacción, le abrió un camino más vasto. Desde que dejó de regentar su colegio, fué un bienhechor y un maestro para los demás establecimientos, inculcando los sentimientos de que estaba animado á los profesores encargados de la educación de la juventud: tal es el objeto de la excelente obra que compuso sobre la instrucción pública,

y que se conoce generalmente con el nombre de *Tratado sobre los estudios*.

Compuso después, en el mismo sentido, dos obras sumamente notables sobre la historia antigua y sobre la historia romana.

Este inmenso trabajo no lo apartó ni un solo instante de sus deberes religiosos; que llenaba con un raro fervor, vivió más de ochenta años en medio del estudio y de la amistad y fue hasta su muerte el más virtuoso, el más amable y el más feliz de los hombres.

CAPITULO XXXI

ÚLTIMO CONSEJO.



AL concluir este opúsculo, agregaré un último consejo sobre los medios de conservar la tranquilidad de espíritu y, por consiguiente, la felicidad, en medio de las fatigas de la profesión.

Implorad todas las mañanas el socorro de la divina misericordia; y pedid á vosotros mismos una cuenta rigurosa de vuestro día; no dejéis de cumplir jamás este doble deber.

Decid todas las mañanas antes de comenzar vuestro día: "Voy á estar reunido con niños; es decir con seres naturalmente ligeros, indolentes, indóciles, dispuestos á la ingratitud y á mentir." Si os penetráis bien de este pensamiento, sus faltas no os causarán una mala impresión: no os veréis confundidos, aun por sus mentiras ó

por su ingratitud; los enseñaréis y los corregiréis con serenidad; no os irritaréis ni perderéis el valor.

Del mismo modo, en vuestras relaciones con los padres de familia, haced estas reflexiones: "Las personas con quienes tengo que entender son poco instruidas; su amor propio las inclina á ser prevenidas é injustas: son personas que me pagan ó por quienes me pagan y que creen que por esto, no deben estar agradecidos de mí, sino cuando les parece". Gracias á estas reflexiones, sufriréis con paciencia sus caprichos. Conservaréis toda la tranquilidad de vuestro espíritu, resistiendo á sus exigencias imprudentes ó injustas. Si se desconocen vuestros servicios, no os alarmaréis, no os quejaréis. Os contentaréis con decir: "Me parecería mejor que las cosas marchasen de otro modo; pero es muy natural que así sucedan. Pondréis vuestra confianza en Dios y El os dará fuerza. Winckelmann, un hombre célebre, que fué maestro de escuela por algún tiempo, y cuya profesión fué muy espinosa, se decía en sus pruebas más rudas para tranquilizar su espíritu agitado: "Paz, corazón mío! Tu fuerza es aun mayor que tus males". En fin, Fabio, te hago el retrato del hombre digno de educar á la juventud, para que lo imites. Ha sido en los colegios donde he encontrado el modelo; pero la mayor parte de los rasgos que lo caracterizan, pueden ser aun, el objeto de una enseñanza más modesta.

"Sin elevarse á la sublimidad de la ternura paternal, un maestro puede al menos acercarse á ella.

"El cree ver á sus hijos en sus discípulos, por una ilusión que explica esta misma ternura. A-

pasionado por su progreso, entristecido por sus faltas, feliz en sus adelantos y en sus virtudes, experimenta goces y penas muy semejantes á las de un padre.

“Cualquiera que sea el número de sus alumnos, cada uno de ellos le es tan querido como si fuese el único. Su inquieta ternura no cesa de interrogar al pasado, no cesa de vigilar el presente ni de preparar el porvenir. Los trabajos más penosos le son agradables si han de aprovechar á sus discípulos. La frivolidad de la infancia, el fuego de la juventud, lejos de debilitar su ardor, se convierten en sus manos, en un elemento de buen éxito. No se cansa de cambiar sus esfuerzos, según sus caracteres; sabe purificar sus inclinaciones más peligrosas y cambiarlas en sentimientos honrosos.

“Trabaja con asiduidad con ellos y con sí mismo. Se empeña por alcanzar nuevos progresos, en la carrera en que ellos quieren seguirlo, para que sus lecciones y sus ejemplos sean más útiles á sus discípulos; procura enriquecer constantemente la fuente de donde dimana la instrucción para ellos, y hacer más perfecta la imagen, por la cual dirigen su espíritu sin sospecharlo quizás.

“Jamás está sin nubes la tranquilidad de que goza. Las faltas de sus alumnos lo persiguen en su retiro, lo agitan en sus paseos solitarios, interrumpen su sueño. Siempre severo para sí, siempre indulgente para ellos, se hace culpable de sus extravíos, en sus solitarias reflexiones, se pregunta si no habría extinguido en su origen las faltas que lo llevan inquieto, si hubiera usado precauciones más asiduas; si no habría podido hacerlos más dóciles por una firmeza más severa; más confiados por una bondad más indulgente.”

“Al placer de haber hecho el bien, se agrega siempre el secreto dolor de no haber podido el mejor que parece huirle. Sus discípulos no serán nunca tal como su amor los desea. Que no pueda él confundir su alma con la de ellos, para comunicarles un amor inmenso al estudio y á la virtud”.





APENDICE

Consejos para hacer una clase, teniendo en vista el beneficio de la educación.

1.—Algunos de los detalles en que voy á entrar, sobre la manera de hacer una clase, tomando en cuenta el interés de la buena educación de los niños, os parecerán minuciosos; sin embargo, os exhorto á que no los olvidéis. Todo es importante en la educación, y aun suponiendo que algunos de estos consejos no produjesen sino ventajas muy limitadas, tened presente que de la reunión de varias ventajas insignificantes, resulta una, digna de tomarse en cuenta.

Voy, pues, á tratar esta cuestión detalladamente:

Qué debe exigirse de los niños, en provecho de su educación?

Reconoceréis conmigo, reflexionando en esto con madurez, que lo primero que debe exigir el maestro de sus alumnos, es la obediencia.

LA OBEDIENCIA

2.—En los niños la obediencia es el principio de toda virtud, como lo es la aplicación del buen éxito de los estudios. Sólo de la obediencia resulta la buena conducta. En el trascurso de la vida, todo hombre debe saber obedecer á la ley, á sus superiores, á la necesidad; pero sólo en sus primeros años puede aprender á practicar bien esta virtud y á unirla al mismo tiempo; en esa edad es cuando necesita de ella principalmente.

Ser *obediente*, significa ejecutar con presteza y sin repugnancia, lo que legítimamente se nos prescribe, aun cuando su ejecución nos sea penosa. Un buen institutor debe empeñarse en que sus alumnos se habitúen á esta virtud. Si no lo hace así, tendrá incesantemente que exhortar, que amonestar, que castigar, así, el tiempo se perderá; las ocupaciones del profesor y de los alumnos se perturbarán continuamente; no estarán tranquilos ni serán felices, y por consiguiente, la instrucción y el aprovechamiento sufrirán mucho en esa escuela.

3.—A fin de que los niños se habitúen á la obediencia, no debéis exigirles sino aquello que

sea útil y razonable, y por consiguiente, no debéis multiplicar las obligaciones que les impongáis. La multiplicidad de órdenes y de prohibiciones, embaraza á los niños y los exaspera. Lo uno los hace olvidarse de lo otro.

La violencia innecesaria predispone los ánimos. Ellos se figuran algunas veces, que uno se empeña en hacerles conocer su dependencia, y en hacerles ver que uno es su maestro; este pensamiento hace que estén descontentos y en seguida los hace desobedientes.

Por lo tanto, antes de ordenar algo á vuestros discípulos, reflexionad y preguntad á vosotros mismos: "Es útil lo que voy á exigir de los alumnos; es oportuno?"—Y resolvéis según el resultado de vuestras reflexiones.

4.—No mandéis jamás á los alumnos, algo cuya ejecución sea difícil. Una exigencia desmedida lo destruye todo. Los niños se fastidian y concluyen por concebir cierto alejamiento hacia vos y por no escuchar vuestras exhortaciones. Antes de mandarles que ejecuten ó que dejen de hacer una cosa, reflexionad primero, sobre la mayor ó menor facilidad que tendrán para obedecerlos.

5.—Cuando una orden os parezca útil ú oportuna, y de una fácil ejecución, expresad vuestra voluntad en términos claros y precisos, con gravedad, y con un tono sereno, pero firme. Por ejemplo: "Haced esto.—Dejad aquello.—Estad quietos".

Acordaos de que nada debéis mandar con aire colérico ni con tono arrogante y pedantezco. Dad á vuestros discípulos el ejemplo de buenos modales, ya sea al ordenar ó al prohibir algo, como así mismo en todo lo que hagáis. Guardaos

bien de adquirir los hábitos á la vez imperiosos y vulgares que caracterizaban con frecuencia á los institutores de otro tiempo, y que les imprimían el sello de un eterno ridículo.

La afabilidad natural en nuestro país, exige que uno se abstenga de usar aquellos términos que dan á conocer claramente que uno es el maestro. No debe decirse: "Os ordeno, os mando" sino "os recomiendo, os digo" y aun, "os ruego".

6.—Cuando hayáis mandado algo, según las reglas que acabo de establecer, mantened vuestro orden y exigid su cumplimiento mientras subsistan las causas que la han motivado. Porque si cambiáis de resolución sin motivo alguno, ¿cómo queréis que vuestros alumnos os obedezcan puntualmente, con confianza?—Lo que una vez ha sido prescrito debe observarse tanto por vos como por vuestros alumnos, hasta que circunstancias nuevas ó vuestras propias reflexiones os obliguen á cambiar de resolución.

Es útil renovar de cuando en cuando los mandatos, por temor de que los niños los olviden á causa de su natural ligereza: "Acordaos que se ha prohibido. . . ."—"No olvidéis que os he mandado. . . ."—Si no se hace así, tal vez uno mismo contribuye á que desobedezcan, pues el niño se excusa sin dificultad con decir (sea esto cierto ó nó): "No pensaba en ello; me había olvidado".

7.—Procurad siempre, sobre todo al principio, que se cumplan vuestras órdenes. El pensamiento siguiente hace desobedientes á los niños: "No se fija en que yo cumpla lo que ha mandado".

Explicad de cuando en cuando á vuestros discípulos, sobre todo á los de más edad, los motivos de vuestros preceptos. Digo *de cuando en cuando*

do, porque yo no querría aconsejar que se hiciera siempre, puesto que hay casos en que esto sería á destiempo y aun inútil; he dicho, *á los de más edad*, porque mientras más tiernos son los niños, con mayor razón pueden y aun deben, en cierto modo, ser conducidos por una obediencia ciega; entre tanto, que mientras de más edad son y se hacen más razonables, sería más difícil y aun injusto, exigirles constantemente una obediencia tal.

Cuando tengáis un alumno nuevo, trabajad desde los primeros días para acostumbrarlo á la obediencia. Dejar que los recién entrados hagan lo que quieran durante los ocho ó quince primeros días, es un abuso perjudicial, que existe principalmente en los colegios de Alemania.

"Es, dicen, para aprender á conocer su carácter, es para endulzarles el principio, siempre penoso, de la vida escolar". Razonos tales son perniciosas. El buen orden de la clase y el mismo interés de los niños, exigen que los acostumbréis á cumplir desde el primer día, las reglas establecidas.

EL ORDEN Y EL SILENCIO

S.—En todos los estados, en todas las condiciones, en todos los empleos, alcanzamos tales ventajas, observando orden, que no sabríamos amoldarnos á él demasiado pronto. Se dice con mucha frecuencia, que en el trabajo el orden hace la mitad de la obra, y nada es más cierto. Por el contrario, en las ocupaciones y en los negocios,

el desorden trae la confusión al espíritu, hace que nos disgustemos aun de nosotros mismos, y nos deja menos aptos para hacer el bien.

Empeñaos, pues, en mantener un orden perfecto entre vuestros alumnos, y en esta intención, observad vos mismo en vuestra enseñanza, un cierto orden, y no os separéis jamás de él sin motivo. Explicar la lección de un día según tal orden y de una manera diversa la del día siguiente, es perjudicial. La regularidad es ventajosa por sí misma y por las ideas de orden que inculca en el entendimiento de los niños.

9.—A fin de que vuestros alumnos se habitúen al buen orden, exigid que entren todos á clase, antes que la campana deje de sonar; que al aproximarse al colegio, se abstengan de gritos y de juegos estrepitosos.

Cuidad de que no haya entre ellos rencillas ni habladurías y que observen el silencio más profundo, evitad que cuando un niño haya sido interrogado, sea otro el que conteste; evitad que los alumnos soplen la lección ó una respuesta, á sus vecinos; abusos de los más arraigados en una clase mal dirigida, y uno de los mayores obstáculos para su aprovechamiento; prohibid que muevan la cabeza, los pies, las manos; que tengan éstas debajo de la mesa, es detestable; he aquí otro abuso que es preciso combatir sin descanso.

Exigid que se entre á clase, no de una manera brusca y con un aire irrespetuoso, ni que se salga de ella en tumulto y atropellándose; sino que se entre con un aire modesto y que se salga con sosiego uno en pos de otro.

Cada uno debe llegar provisto de los objetos que ha de necesitar, debe dejar en silencio sus libros

y su gorra en el lugar designado, y ocupar inmediatamente su asiento.

Orden es este que no es difícil establecer ni odioso para observarlo sino durante los primeros días: desde que los niños se acostumbren á él, lo observan talvez sin pensarlo, con tal que el maestro no descuide su vigilancia.

Algunos autores aconsejan, que se prohíba que los niños jueguen en la sala, antes ó después de las clases, á fin de que el pensamiento de orden y de silencio, sea inseparable de la idea de sala de estudio, y que ésta aparezca á su vista como un santuario que no es permitido profanar.

10.—A fin de evitar el desorden, es de la mayor importancia que hayáis entrado á clase, antes que los alumnos.

Vuestras ausencias deberán ser excesivamente raras y lo más cortas posible. La presencia del maestro es indispensable para mantener el orden; en un caso de absoluta necesidad, el alumno de más años y más razonable, podrá vigilar á sus condiscípulos, durante dos ó tres minutos, pero si se le dejase por más tiempo al frente de la clase, bien pronto se introducirá el desorden.

Cometen una falta los institutores que dejan por mucho tiempo á cargo de un alumno la vigilancia de la clase: no piensan en el abuso que hacen de su autoridad de inspector, rara vez imparcial; abuso que hará perder mucho tiempo para averiguar la verdad y estar seguro de la justicia de su informe; es evidente que el tiempo que se emplea en estas averiguaciones, podría ó más bien debería haber sido ocupado con mayor provecho, y á consecuencia de esto, es mayor el desorden que resulta, que el que se quiere evitar.

11.—No aceptéis jamás, á aquellos niños que

envían sus padres á la escuela, por verse libres de ellos para que én la clase el orden sea constante. O es imposible atender convenientemente á esos niños, sin descuidar la regularidad de vuestra clase; por otra parte, son á menudo, la causa de desórdenes y distracciones.

EL ASEO

12.—Cuidad de que los niños no ensucien su ropa intencionalmente, y que la conserven aseada el mayor tiempo posible; vedad porque se laven bien la cara y las manos; que estén peinados con esmero y porque no vengan al colegio con la ropa agujereada ó desgarrada; la blusa más modesta puede conservarse limpia; los padres aun los más indigentes, pueden peinar á sus hijos ó cuidar de que se peinen ellos mismos. Para esto se necesita sólo un corto espacio de tiempo, buena voluntad y un poco de agua. No os canséis de exigir esto, y obtendréis benéficos resultados; el niño dirá á sus padres las observaciones que hayáis hecho, primero privadamente y en público en seguida, sobre el descuido con que se le tiene; las hará presente con semblante triste y aun llorando, y como temerá que se le humile en presencia de sus camaradas, que dóciles á vuestra voz, se abstendrán de jugar con él hasta que se presente convenientemente aseado, forzará, por decirlo así, á sus padres á que cumplan con lo que vos habéis exigido á este respecto.

Entonces os toca felicitarlo por su mejoramiento de condición; empeñaos para que sus compañeros se le acerquen, y obrad de modo que sienta y haga sentir á sus padres, el bienestar que resulta del cambio; el gusto por la limpieza se borraré difícilmente en él y quizás sucederá lo mismo en su casa.

13.—Se comprenderá fácilmente que aquí sólo tratamos del aseo y no de la elegancia. Si los harapos más miserables están bien remendados y limpios, deben pareceros tan bellos, como los vestidos de fantasía con que la señora del castillo vecino adorna á su hijo. Al hablar del desaseo, tened cuidado de emplear palabras que mal interpretadas por los niños, parecieran referirse á la miseria. No debéis aun ver, ni debéis saber si hay trajes finos ó groseros, remendados ó no; vos no conocéis sino dos clases de vestidos, los que están aseados y los que no lo están; y todos estarán arreglados gracias á vuestra voluntad perseverante, como estarán bien peinadas las cabezas, perfectamente limpias las caras y las manos y los zapatos lustrados.

14.—Algunos institutores creen á este respecto, que sólo basta llamar la atención de los niños de un modo general y que á los padres toca lo demás.

Los maestros que así piensan, olvidan que están encargados tanto de la educación como de la instrucción de los niños y que los hábitos de aseo ocupan en la educación un lugar importantísimo.

Si hubiese en nuestra escuela algún niño tan desgraciado, que hubiera perdido á su madre, debéis redoblar vuestra vigilancia con respecto al aseo porque es difícil que una madre pueda

ser reemplazada en esta clase de cuidados.

Debéis separar de vuestro colegio al alumno que tenga una enfermedad contagiosa, ó un mal que sin ser contagioso, cause asco ó repulsión; ese alumno no deberá volver á la escuela, sino cuando esté perfectamente sano.

LA MODESTIA (1)

15 — La modestia es la salvaguardia de la inocencia. Los hábitos de decencia y de modestia, adquiridos en la más tierna edad, preservan á los jóvenes del desorden, con mayor ventaja que las advertencias y lecciones.

Es preciso recordar esto á los niños constantemente, como es natural, no se dan cuenta de la decencia exterior porque ignoran el vicio; es necesario, pues, darles á este respecto preceptos severos y tratar de inculcarles aquellos hábitos que más tarde son una barrera y un obstáculo insuperable á las peligrosas seducciones de los sentidos.

La niñez es encantadora cuando va acompañada de la inocencia y de la modestia; gracias á estas virtudes, las cualidades felices de la primera edad llegan hasta la adolescencia y conservan toda su frescura; pero aquel que ha perdido la inocencia y la modestia, cae rápidamente en la relajación de las costumbres.

[1] En este artículo, la palabra *modestia* significa la *decencia exterior*, signo de la *juventud inteterior*.

Velad, pues, incesantemente porque los niños conserven esta pureza exterior, imagen de la pureza del alma.

16.—No llaméis la atención de los alumnos á una falta que alguno de ellos hubiera cometido inadvertidamente; reprendedlo en particular si la falta ha sido cometida públicamente, castigadlo con desprecio y con disgusto. Alcanzaréis mejores resultados por este procedimiento que si empleaseis amenazas y reconvenciones.

17.—En general, hablad muy poco sobre aquello que pudiera herir á la modestia: á la ventaja de conservar la inocencia se une el peligro de dañarla. Os lo repito, haced que se inoculen los buenos hábitos, hé ahí lo único importante. Para alcanzar este resultado, poneos de acuerdo con los padres de familia, y seguid que ellos usen en sus casas todas aquellas precauciones que contribuyen á mantener una virtud tan importante; si los padres parecen cuidarse poco de esta materia, encontraréis en las madres un auxiliar poderoso.

18.—No calificuéis de inmodesto y corrompido al niño que cometa algunas faltas contra la decencia exterior; hay muchas cosas que nada significan por la misma inocencia é ignorancia de los niños. No os inclinéis al mal tan fácilmente; pero cuidaos mucho de prevenirlo, é impedid escrupulosamente que esas faltas degeneren en hábito.

Creo que aquí es oportuno renovar la recomendación que os he hecho, que los niños tengan siempre las manos sobre la mesa. Tampoco debéis permitir que una sección de la clase quede oculta, mientras explicáis la lección á los demás.

Al efecto, dad esta lección á los alumnos:

No hagáis ni digáis jamás, ya sea que estéis solos ó entre vuestros compañeros, algo que no pudierais repetir en presencia de vuestros padres. Dios os vé. Dios vela por vosotros y lee en el fondo de vuestros pensamientos.

LA AMABILIDAD

19.—La falta de complacencia y de prontitud para hacer un servicio, trae su origen del egoísmo; es un vicio perjudicial, que es preciso extirpar del alma de los niños, desde los primeros años.

Es preciso, pues, acostumarlos en cuanto sea posible, á que sean amables y complacientes; en el colegio se presentan pocas ocasiones; pero se las puede encontrar, y la habilidad del institutor las hace nacer, por ejemplo un niño puede prestar un libro á otro, con buena voluntad; un alumno puede corregir á su compañero las veces, que falte á su deber, y con permiso del maestro, puede indicarle el medio de aprender mejor la lección.

Podéis recomendar á los de más edad, que acompañen hasta su casa, á sus vecinos más jóvenes y que los cuiden en el camino; los persuadiréis que visiten á un alumno enfermo, que lo acompañen, que le sean útiles.

20.—Insisto sobre esta bella cualidad, cuyo germen poseen los niños naturalmente, pero que ahogado por el vano orgullo de sus padres ó por la ironía necia de sus compañeros: “¿Por qué

haces eso por él? ¿Eres tú su criado? ¡Vaya! deberías avergonzarte!—Si lo ayudas otra vez á recoger el ganado del campo, verás. . . .”

¿Se hablaría ó se procedería de otro modo si se tuviera el propósito firme de viciar el corazón de los niños?

A vosotros os toca reparar ó prevenir ese mal aprovechando todas las ocasiones que se os presenten en la escuela, para hacer que los niños sean amables y complacientes unos con otros.

21.—En cuanto á los servicios que ellos podrían haceros, no los aceptéis sino raras veces y no consintáis jamás en que ellos puedan haceros algo que aproveche á vuestra casa ó á vuestros intereses.

LA URBANIDAD

22.—No hay para que exigir de los niños una urbanidad afectada; no alcanzarán esto si no unen la naturalidad á la franqueza, cualidades mucho más preciosas; pero es preciso:

1º Inspirarles el sentimiento de la verdadera urbanidad, que está en el corazón y que consiste en preferir á nuestros semejantes que á nosotros mismos, y en procurar serles agradable;

2º Enseñarles esas maneras exteriores que son la imagen de los sentimientos interiores, y sin las cuales un niño pasaría por grosero y mal educado, aunque ellas en sí, no encierran importancia alguna: saber, por ejemplo, hacer un saludo á tiempo, quitarse el sombrero, mantenerse derecho;

3° No permitir que se cambien entre ellos expresiones groseras, ni injuriosas, ni desmentir de un modo injurioso; exigir que se llamen por sus verdaderos apellidos ó por sus nombres, y no con apodos, al menos en la clase y donde quiera que se encuentren con vos.

23.—En urbanidad servirles de ejemplo; habladles siempre con dulzura pero sin demasiada familiaridad; que nunca os oigan un término injurioso. Decir á un alumno: "No sabéis nada, nada aprendéis", es un reproche y un consejo; decirle por el contrario: "Sois un asno", es una injuria grosera que provoca la hilaridad de los alumnos á expensas del compañero injuriado, y que les enseña en cierto modo, á ser duros y aun crueles.

LA SINCERIDAD

24.—El mentir es el defecto más común entre los niños; y no hay por otra parte cosa que presente más obstáculos á la educación.

Por lo general, el niño no miente por el solo placer de mentir; sinembargo, hay algunos que han contraído esta deplorable manía y que tienen como un proverbio, que es permitido mentir, cuando nadie recibe perjuicio de la mentira. Yo no os aconsejo que despreciéis como indignas mentiras, aquellos juguetes de una imaginación ligera; dad á conocer solamente que os inspiran desprecio, aversión y que compadeáis y desconfiáis al mismo tiempo, de la persona que se permite hacer tales cosas. Es muy probable que

contribuyáis á desterrar un hábito tan detestable de las personas con quienes estáis en sociedad, si empleáis esta conducta prudente y razonable.

25.—En cuanto á la mentira, es un vicio tan grande, que domina todos los demás. Es preciso combatirlo con todas nuestras fuerzas, pero sin debilitar el efecto de vuestras palabras por la exageración. No digáis á los niños como se les dice tan á menudo y sin venir al caso, *que un embustero es peor que un ladrón*. Desde luego, eso no es cierto, como lo sabéis muy bien: á la verdad, según vuestro modo de pensar, no es seguramente tan criminal como Cartouche, el niño, que para evitar un castigo, dice que ha olvidado en su casa la copia que no ha hecho, ó que se deja arrastrar por una mentira más grave; y no es bueno mentir, para hacer que los niños aborrezcan la mentira. En segundo lugar, cuando habláis así, el niño, en el fondo de su corazón, no os cree ni podría creerlo; su razón, por poco desarrollada que esté, se subleva contra vuestro discurso; de aquí resulta que en adelante tendrá menos confianza en vos, y os atribuye opiniones exageradas ó un lenguaje poco sincero. Por último, el horror que debe inspirar el robo y la infamia que debe seguir al nombre del ladrón, se debilitan necesariamente, á causa de estas imprudentes comparaciones. Dejad las cosas tales como son, ni citéis, hablando de la mentira, ni el robo, ni el asesinato; pero presentadla tal como es, es decir, como una falta vergonzosa en su principio y funesta en sus consecuencias, que una vez que degenera en hábito, deshonra al que se entrega á ella, é impide que se le crea, aun cuando diga la verdad.

26.—Nunca trabajaréis lo bastante para con-

seguir que los niños se acostumbren á ser sinceros; sin eso, su buena educación será imposible. Pues, cómo podréis dirigir con inteligencia y con éxito, al que no conocéis? Y cómo podréis conocer al que os miente?

Por lo general, los niños han recurrido á la mentira, para ocultar sus faltas, su ignorancia, sus malas intenciones, y también para obtener lo que desean y para evitar lo que temen.

Hay dos clases de mentira: una que se refiere al pasado, otra que mira al porvenir. La primera, tiene lugar cuando uno niega haber hecho, lo que realmente ha hecho, ó por la inversa, cuando afirma haber hecho lo que ha dejado de hacer ó en general, cuando se habla deliberadamente contra la verdad de las cosas. La segunda, cuando se promete lo que no se piensa cumplir, y en general cuando se manifiesta una intención distinta de la que realmente se tiene.

27.—Esta segunda clase de mentira, muy común, por desgracia, entre los hombres, es rara entre los niños. Esto no quiere decir que no faltan á menudo á sus promesas y á las intenciones que han manifestado; pero eso sucede más por olvido, por ligereza por debilidad que por deliberación; cuando hicieron la promesa, estaban bien decididos á cumplirla; por consiguiente, eran sinceros. Pero no han tenido la fuerza suficiente para ser fieles á sus buenas intenciones. Quizás no comprendieron bien á lo que se comprometían. No tienen sino una idea muy vaga de los obstáculos que pueden oponerse al cumplimiento de una promesa, y de los esfuerzos que es preciso hacer para vencerlos. Su razón, aun poco desarrollada, basta apenas para preveer las

necesidades del presente, y cómo podría ella descubrirles el porvenir?

Esto es lo que no comprenden tantos padres de familia imprudentes, que á cada momento exigen de un niño promesas, cuyos alcances no sienten.

Es por parte de ellos una verdadera manía. Es á la vez una especie de artificio, que emplea la debilidad para ocultarse á sus propios ojos. En vez de tratar con firmeza al niño que ha faltado y de velar de un modo serio porque no se repita la falta, agrada más exigirles promesas que no pueden rehusar, promesas hechas con gusto, pero que olvidan dos ó tres días después; porque se han hecho por salir de apuros. Al mismo tiempo se satisface la manía que hay de charlar y cambiar con ellos un diluvio de palabras inútiles. Contraen á la vez un hábito que no puede serles sino funesto, en el transcurso de la vida; se les acostumbra á prometer lo que tienen el propósito de no cumplir, á trueque de salir de un mal paso; se les acostumbra á profanar la santidad del compromiso, antes de que la ley los considere aptos para tal acto.

28.—Tampoco imitaréis á esos padres imprudentes; no exigiréis promesas sino á aquellos de vuestros alumnos que sean bastante razonables para conocer su importancia. Si llegan á faltar á ellas, no los acusaréis por eso de embusteros; pues es preciso dar á cada falta su verdadero nombre, y no dar á una debilidad el nombre de un vicio; si hicieron la promesa con sinceridad, no han mentado si más tarde la han olvidado ó eludido ó aun violado.

Sin embargo, el hecho es grave, si el niño comprende bien la falta. Importa, pues, que

los expongáis á este peligro lo menos posible.

Es un error grave, el conducirse con un niño como se trataría á un hombre, y decirle: "Me habíais dado vuestra palabra, y debía contar con ella".

El niño no comprende aun, eso de dar su palabra. Poneos en su lugar, en vez de suponerlo en el vuestro. No deis á sus determinaciones una importancia y una gravedad de que carecen.

No quiero decir con esto, que jamás sea necesario exigir ni aceptar las promesas de un niño; quiero decir, que no debe echarse mano de este recurso, sino en casos muy raros, con muchas precauciones, sin dar una grande importancia á sus promesas, y sin llamarlos embusteros cuando las olvidan.

29.—En cuanto al juramento, yo no creo que haya en el mundo un institutor tan insensato que permita que un alumno jure; si la palabra *os juro*, saliese espontáneamente de su boca, sería preciso hacer que se retractara en el acto. El juramento hecho por un niño, es casi un sacrilegio.

30.—Volvamos á la mentira, propiamente dicha, es decir, á aquella que consiste en hablar á sabiendas contra la verdad de las cosas.

El niño está siempre dispuesto á creer, que una mentira dicha al maestro, para evitar las consecuencias desagradables que siguen á una falta, es excusable, y aun se felicitan interiormente por ello, como un triunfo que alcanza la astucia sobre la fuerza.

Aun á veces, se introduce en una clase cierta inteligencia detestable; se forma entre los niños cierta especie de liga para ocultar la verdad al maestro. Lejos de sonrojarse por el éxito vergonzoso que alcanzan, se vanaglorían de ello en-

tre sí, y designan osadamente las cosas por su nombre. "Qué bien lo he burlado! Qué bien he mentido!"

Puede suceder también (y este es el caso del mal), que la mentira llega á ser un cálculo premeditado, en vez de un recurso que sugiere la necesidad de la circunstancia. Se convienen para hacer aquello que saben que es malo, y arreglan de antemano la mentira que debe sacarlos de apuro, y preparan respuestas para todas las preguntas que pudieran sobrevenir. Entonces los mejores alumnos, arrastrados por la familiaridad con sus camaradas y por la ocasión, entran en el complot; esto es lo que ha hecho notar San Agustín, á propósito de una falta grave cometida por él y por sus compañeros en una edad más próxima á la pubertad que á la infancia. "¡Oh amistad enemiga! ¡Oh seducción inexplicable! exclama el santo. Uno oye que dicen, vamos, hagamos esto, y uno tendría vergüenza de no hacer, lo que en sí es vergonzoso!"

Así son los niños, y no se le puede cambiar. Es, pues, de la mayor importancia, impedir que esa inteligencia perjudicial se introduzca en una clase, y por consiguiente, es preciso combatir la mentira, ó prevenirla más bien.

31.—En general, nada alienta más al embustero, como el éxito. Para que no se introduzca en vuestra clase el hábito de mentir, es necesario que toda mentira sea descubierta y castigada.

Llegaréis á este resultado, por una parte, si vigiláis continuamente, sin cansaros jamás; y por otra si mantenéis buenas relaciones con las personas del vecindario, sobre todo con los padres de familia.

Efectivamente, el remedio se encuentra al la-

do del mal. Esa misma ligereza que hace que los niños mientan con tanta facilidad, los hace al mismo tiempo, imprudentes é indiscretos. Es sumamente raro que sean reservados con todo el mundo, en las cosas que han fingido ó desnaturalizado, en sus relaciones con vos. De seguro que las contarán, ya sea á su hermano ó hermana, ya á sus compañeros y éstos á otros; el asunto concluirá por llegar á oídos de una persona de juicio, y ésta no tendrá dificultad para decirlo; porque entre las personas razonables, existe felizmente, una especie de alianza, para combatir los defectos y los vicios de los niños, y como en las pequeñas poblaciones, no hay persona que no la conozca por su nombre, y como sus padres tienen mucha facilidad para reunirse, nada se os escapará; se adelantarán á vos si ven que os dedicáis activa y sinceramente á vuestros deberes y á vuestros alumnos.

32.—Por otra parte, os recomiendo que seáis muy prudente á este respecto, para no dar ocasión á que los niños mientan.

Cuando sospechéis que un niño tiene repugnancia de hacer una confesión, no la exijáis á menos que haya una necesidad precisa de obtenerla.

Si esa necesidad existe, fijaos de antemano, si poseeréis el medio de probar al niño, que ha mentado, en caso que lo haya hecho.

Tened cuidado de no interrogarle con un tono y con un gesto, que lo hagan temer algún peligro, en caso que descubra la verdad.

No entréis en materia de una manera brusca, ni lo apostroféis con rudeza, diciéndole: "¿Habéis hecho esto?" Pero preparadlo á que confiese su falta, manifestándole afectación y poniéndole

á la vista las funestas consecuencias de la mentira.

Preguntas bruscas é inesperadas, un aire serio, una voz amenazadora, dan origen á una mentira, que viene seguida de muchas otras.

33.—Hay casos en que se ha cometido una falta grave y otros en que no poseéis medios para descubrir la verdad, sino recurriendo á la sinceridad de los alumnos.

Qué es necesario hacer entonces?

La impunidad es un gran mal; la mentira es un mal aun mayor. Pienso que es mejor abstenerse de hacer preguntas sinceras. Habrá ocasiones en que esta reserva os costará mucho; pero si no tenéis la fuerza necesaria para imponerla, vos mismo habéis inducido á los niños á que mientan, y no habéis sabido lo que queráis averiguar. En este caso, vale mucho más disimular vuestro descontento, y tomar vuestras precauciones para lo futuro. Fiaos en la discreción y en el aturdimiento propio de esta edad. Conoceréis la verdad, tarde ó temprano.

El medio más seguro para prevenir la mentira, es inspirar confianza á los niños. Si están bien persuadidos de vuestro cariño, de vuestra equidad, de vuestra fidelidad para cumplir lo prometido, de vuestra indulgencia paternal, de vuestro deseo de evitarle los disgustos y las penas; y al mismo tiempo vuestra vigilancia incessante y de vuestro celo inteligente para descubrir la verdad, y si observáis las reglas de prudencia que acabo de establecer, la mentira será muy rara en vuestra clase, y quizás llegará á ser desconocida.

LA DISCIPLINA

34.— Conocéis las reglas generales de la disciplina y sus aplicaciones en las escuelas de la infancia. Sin embargo, creo que debo llamaros la atención sobre algunos puntos, que no en todas partes observan con el rigor que sería de desear.

Es preciso que la disciplina se mantenga, en cuanto sea posible, por medio de una exacta vigilancia por parte del maestro, y por efecto, de los buenos hábitos que han adquirido los niños, sin que estos mismos niños cooperen á mantenerla, ya sea directa é indirectamente: directamente, porque el maestro les ha encargado una parte de su vigilancia; indirectamente haciéndole observaciones acerca de la conducta de sus compañeros.

No quiero hablar de ninguna manera, de las circunstancias excepcionales, en que un maestro prudente y celoso debe sustraerse á las reglas ordinarias; ni tampoco de la marcha regular de una escuela mutua bien organizada. Pero os digo:

“Salvo el caso que acabo de indicaros, no deleguéis jamás, en un alumno, una parte de vuestra autoridad, no aceptéis jamás de parte de los alumnos, chismes y enuncios”.

35.—Y desde luego no deleguéis jamás en un alumno, una parte de vuestra autoridad.

No razonéis por inducción, en vista de lo que pasa en la familia, donde el hijo mayor, está á menudo encargado de velar á sus hermanos menores, y de dar á sus padres cuenta exacta de su conducta. El espíritu de la familia no es el espíritu de la escuela; los deberes ó las afecciones de un hijo ó de un hermano, no son los deberes ni las afecciones de un colegial. Cuando decimos que una escuela es una familia, que el maestro es el padre, que los alumnos son sus hijos y hermanos entre sí, hacemos una figura de estilo, bella y conmovedora, una comparación que á la vez agrada al espíritu y atrae al corazón; pero preciso es guardarse muy bien de tomar á la letra estas expresiones. La escuela debe ser la imagen de la familia, en cuanto sea posible; pero ella no es la familia. Del mismo modo, no deben introducirse imprudentemente, en una, las costumbres de la otra.

Un padre, al salir, dice á su hijo: "Pablo, te dejo sólo con tu hermanito, vela por él; y si hace alguna de las cosas que le he prohibido, me lo dirás á mi vuelta." El padre al hablar á Pablo en estos términos, y al encomendarle esta tarea, lo realza en su propia opinión; fortifica en él el espíritu de familia; lo asocia á cumplir el deber sagrado de la educación.

Pablo conoce instintivamente, que su padre tiene perfecto derecho para hacerse secundario por el más razonable de sus hijos, en el gobierno de la casa; se siente honrado con la confianza que se le ha manifestado, y la ternura paternal no le permite abusar de su autoridad.

Pero vos, institutor, decís á Pablo: "Hay cerca de vos, alumnos perezosos, vigiladlos, y si no estudian, advertídmelo." Dais á Pablo una

malá lección; le exigís que se mezcle en lo que no le concierne, y le enseñáis, según vuestro ejemplo, á delegar en otros, el cumplimiento de un deber que él mismo debía llenar. Pablo comprende muy bien, que no tenéis derecho para delegar en él vuestra autoridad, y que, en conciencia, no está de ningún modo obligado á aceptar esta delegación, y que si se le envía al colegio, no es para velar por la conducta de otro, sino para aprender á dirigir convenientemente la suya propia.

Sabe que si tiene deberes como alumno, los tiene también como compañero y que la vigilancia no hace parte de ninguno de los dos.

36.—Por otra parte, si es preciso decirlo todo, exponéis á Pablo. Si os hace una relación inexacta, ya sea por bondad de corazón, sea por no perder la reputación de buen compañero, lo habréis inducido á cometer una grave falta; habrá aprendido gracias á vos, á abusar de la confianza, y á jugarse con las cosas serias.

Ya que lo habéis expuesto, si os hace esa relación infiel, seducido por alguna promesa ó por algún regalo insignificante.

No quiero creer que se muestre exigente, por malignidad, por animosidad, por despecto; pero en fin, no podría eso suceder? Así es que por vuestra imprudencia, los niños harán en la escuela el aprendizaje del vicio.

Dejad, pues, que Pablo se ocupe tranquilamente de su propia instrucción y de su propia conducta sin obligarlo á que vele por la ajena.

37.—Añadiré á este respecto, que no apruebo la costumbre que comienza á introducirse en algunas escuelas, que los alumnos designen con su voto, el premio que debe darse á sus compañeros,

y algunas veces también, las faltas y la pena que deba corresponderles.

No creo que sea necesario recurrir al voto de los niños en ninguna circunstancia, ó por cualquier motivo que haya. Lejos de ser una imitación de la vida política, es una risible parodia.

Esos tribunales de niños, de que habla Jenofonte en el romance moral de la Ciropedia, no han existido jamás, sino en la brillante imaginación del autor; en cuanto á los que se fundan en un lugar de detención, creo que serán útiles en un establecimiento de esta especie; pero no es en las penitenciarías donde debemos buscar modelos para educar á nuestros alumnos.

Es la fuerza moral, es la razón quien debe juzgar; toca á ella el designar las recompensas; sólo á ella corresponde la facultad de castigar. Por más que se diga, no tienen los niños las luces necesarias para juzgarse perfectamente los unos á los otros, ni para apreciar el mérito y el demérito de las acciones.

Los niños necesitan siempre de indulgencia.

La bondad, de que son objeto, las más veces, debe replegarse sobre ellos; la dulzura y la moderación son el encanto de su edad.

Concibo perfectamente, que un niño trate de excusar á su compañero y que solicite su perdón; pero que lo juzgue y que pronuncie su castigo, es lo que no concibo. Hay allí un trastorno de las relaciones establecidas por la naturaleza que causa horror. En cuanto al premio, dejad que se establezca el uso de asignarlos por el voto secreto de los alumnos, y veréis los resultados.

Al hablar de un alumno premiado, dicen como para aumentar su mérito: "Han sido sus

mismos compañeros los que lo han juzgado el más digno.' Ved ahí un bello honor que se hace al maestro! Así es que es más honroso ser recompensado por los alumnos que por él! Tiene sin duda menos equidad, menos luces! Oigo decir que *los niños se conocen perfectamente entre ellos*. Se conocen, según el alcance de su inteligencia, y también, según la noción confusa que tienen del bien y del mal. Cuántas veces han considerado como estúpido, al alumno de una inteligencia superior! Cuántas veces han llamado y siguen llamando *hipócrita*, á aquel cuya piedad es sincera, y *cobarde*, al que tiene el valor suficiente para rechazar los malos consejos! Cuán indulgentes no son con aquellos que favorecen las malas costumbres, cuya gravedad desconocen! Qué naturales consideran á la irritación, al rencor y á la venganza! No disimulan jamás. ¿Acaso no mienten nunca? Hé ahí jueces bien ilustrados, libres de toda prevención! . . .

38.— Pero si los niños no deben estar asociados jamás al poder del maestro, ni investidos de sus atribuciones, mucho menos deben ejercer cierta influencia sobre sus determinaciones, dándole eso que llaman, *cuentos*.

No debéis provocar los cuentos de ninguna especie (salvo los casos excesivamente raros que os indicará vuestra prudencia). Un maestro poco reflexivo, ha recurrido á este medio para mantener la disciplina, y encuentra allí, en efecto, un socorro momentáneo. Pero jamás deben emplearse los remedios que producen mucho más mal que bien; la delación se encuentra en este caso.

39.— Sucedirá muchas veces que os den cuentos sin que los hayáis provocado; pues hay niños

que son muy inclinados á los chismes, sea con la esperanza (muy ilusoria) de atraerse la amistad del maestro, sea por envidia, aborrecimiento, por deseos de vengarse ó por el placer de hacer mal; ó bien, tan sólo por inconsecuencia, por ligereza ó por el prurito de hablar.

Quizá sería mucho mejor rechazar toda especie de cuentos, y manifestar vuestra opinión á este respecto, con tal firmeza, de modo que nadie se atreviese á daros uno.

Si á pesar de esto, creéis que no deba obrarse de esta manera en todos los casos, y si tenéis motivos para no rechazar un cuento que no habéis oído, examinad con cuidado, hasta averiguar el motivo que le ha dado origen.

Si os parece que el niño ha obrado por un motivo culpable, reprendedlo severamente, y prohibidle que con tal objeto se dirija á vos en adelante. No lo alabéis, si os parece, por el contrario, que su intención era buena y pura; ni menos lo reprendáis; decidle que por esta vez está libre de censura por haber obrado según su conciencia y con una buena intención; pero que en general y en adelante hará muy bien en apartarse de toda especie de chisme. Hacedle conocer su error con dulzura, si, por irreflexión ó por falta de previsión tan natural á su edad, ha contado una cosa, que pudo muy bien callar.

40.—El no prestar oídos á los cuentos, sino el hacerlos inútiles por medio de una vigilancia asidua y exacta, es el medio más seguro para mantener la disciplina en una clase. El orden reinará constantemente, cuando los niños estén seguros de que *nada podrán decir sin que el maestro los oiga, ni hacer algo sin que los vea.*

41.—*Para que los niños no puedan decir algo*

sin que los oigáis, haced que en la clase se observe el más riguroso silencio.

No permitáis que estudien en voz baja, con el pretexto de aprender más fácilmente sus lecciones y sé que esa ligera elevación de la voz, anima á los alumnos, en cierto modo, y los alienta para estudiar mejor; pero esta ventaja se compra muy caro, porque hace sufrir al orden. Cuántas veces no parece que un niño repite con aplicación y con ardor las palabras de su lección, teniendo los ojos fijos en el libro, y no hace, en realidad, sino que conversar con su vecino, que parece tan ocupado como él! Ni aun es posible permitir, que los alumnos muevan los labios. Cuando se hayan acostumbrado á estudiar mentalmente, aprenderán sus lecciones, sin mayor trabajo y con la misma ligereza.

Para mantener el silencio, es bueno acostumbrarlos á que no reciten sus lecciones muy alto; pueden establecerse conversaciones particulares, favorecidas por un recitado estrepitoso.

Sé que dicen que es preciso hacer hablar alto á los niños, para fortalecer su pecho y su voz. Podéis estar tranquilos á este respecto. Hablarán bastante alto, en los campos, en las calles, donde quiera que se llamen unos á otros, ó que se entreguen á un juego animado.

Por lo demás, cuando un niño grita al recitar, sus vecinos le soplan con mucha facilidad, sin que el maestro se aperciba de ello; lo que tiene la desventaja de hacer á los niños perezosos y ridículo al maestro, porque uno se ríe del que engaña con frecuencia é impunemente.

Ni vos mismo debéis hablar alto, mantened siempre vuestra voz en el *medium*, y aun al hablar: tened siempre la oreja parada (talvez pa-

rezca algo vulgar esta traducción; pero expresa bien la idea, y eso basta á mi modo de ver).

42.—*Para que los niños no hagan nada sin que vos los veáis*, no les debéis perder de vista ni un solo instante.

Un maestro hábil conoce tan bien con los ojos como con los oídos; conoce por las miradas, por el juego de la fisonomía, por movimientos imperceptibles para cualquiera otro, si los alumnos, conversan, ó si están simplemente dispuestos á conversar, si su aplicación disminuye, si su pensamiento se extravía.

No sólo descubre todas las faltas contra el buen orden, sino que las previene, lo que aun vale más.

Porque el niño que ve que su maestro no lo pierde nunca de vista no piensa jamás en obrar mal; no se aparta de su deber, sino cuando espera no ser descubierto.

Os lo repito: la fisonomía de los niños es como un espejo donde se reflejan todos los sentimientos que los agitan; ó, mejor dicho, es un libro en que un maestro hábil puede leer todos sus pensamientos. Pero para leer bien en ese libro, es preciso no perderlo de vista jamás.

43.—Es, pues, de la mayor importancia, el que el preceptor sepa de memoria todo aquello que ha de leer ó recitar á sus discípulos, para no verse obligado á seguir él mismo, en los libros ó en las pizarras, lo que ellos leen ó recitan.

Hay á veces profesores que descuidan esta precaución, en los colegios y en los otros establecimientos de educación. No saben nada de memoria.

Mientras el alumno recita, ellos, inmóviles

en su cátedra y con los ojos clavados en el libro, siguen el recitado con una atención extrema.

Esos profesores quedan muy satisfechos, por el modo como se les dá lección. Y como dejarían de estarlo? Todos los niños recitan perfectamente bien. Uno es ayudado por su vecino que le sopla en una voz tan baja y con tanta destreza, que no se podría conocer sino en el movimiento de sus labios; el otro, baja la vista al recitar, como para reunir mejor sus ideas; en realidad, es para consultar su libro que tiene un poco entreabierto; otros tienen siempre los ojos fijos en el profesor ó más bien sobre su cátedra, en la cual se ha pegado hábilmente un papel, con la lección escrita en grandes caracteres, y que se quitará con destreza después de recitalo. Y el maestro sigue leyendo el libro sin levantar la vista. Durante este tiempo algunos alumnos conversan en voz baja, otros leen á escondidas algún libro prohibido. Nada de esto sucedería, si el maestro supiese de memoria lo que se va á recitar y lo que se va á explicar en la clase.

44.—Por la misma razón os aconsejo que no corrigáis en la clase las copias que os entreguen los alumnos, os veréis obligado á leerlas con mucha atención, para que no se escape alguna falta, y durante ese tiempo no podréis vigilar fácilmente la clase. Llevaos esas copias; corregidlas en vuestra casa; y en seguida manifestad á los alumnos sus faltas y sus omisiones.

M. Pero se dirá, he ahí un trabajo considerable!

Saber de memoria, lo que uno hace recitar ó

explicar! Corregir todas las copias fuera de la clase!"

Ignoráis acaso, que la tarea del maestro es sumamente laboriosa? Creéis que sólo debe á los alumnos las horas de clase? No sabéis que la mayor parte de su tiempo les pertenece?

45.—Llegaréis á mantener en vuestra clase una exacta disciplina, siguiendo los preceptos que acabo de establecer.

Agregaré algunos preceptos particulares:

No acordéis á ningún niño, cualquiera que sea, ni un favor, ni un privilegio, ni ninguna excención particular, á no ser que sea por motivo de salud.

Asignad á cada alumno y cada cosa un lugar perfectamente determinado, para que no haya jamás un motivo de querrela á este respecto.

No debéis poner junto á los niños en que hayáis reconocido un carácter muy ligero y que se excitan mutuamente para ser disipados, separadlos y ponellos al lado de los alumnos más juiciosos.

No seais demasiado exigente, y sabed disimular algunas veces una falta leve, que no puede traer una mala consecuencia.

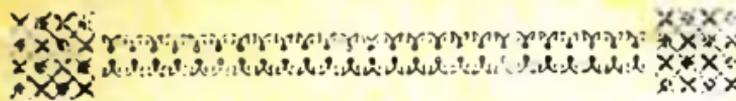
Reprimid desde el principio, toda falta, por ligera que sea, que pudiera degenerar en hábito ó arrastrar consecuencias desagradables.

Procurad que los niños no salgan mucho de la casa; cuidad de que sus ausencias sean cortas, no olvidéis á este respecto ninguno de los preceptos señalados en el reglamento ó que son sugeridos por la prudencia.

No olvidéis que esta prohibido entre los alumnos toda especie de cambio, de don ó venta.

Tendréis una idea completa de todo lo que concierne á la disciplina, si agregáis á estos preceptos, los que ya he hecho presente acerca del hábito de orden y de silencio que es preciso inculcar en los niños.





INDICE

PRIMERA PARTE

El Institutor

CAPÍTULO		Página.
—	I.—Vocación	3
—	II.—Preparación	6
—	III.—Ventajas de la escuela normal y de la escuela práctica.	10
—	IV.—Conducta en la escuela normal y en la escuela práctica	13
—	V.—Noviciado y estreno en la enseñanza	17
—	VI.—Elección de una escuela. Permanencia.	20
—	VII.—Amor á su profesión, primera cualidad del institutor	24

CAPÍTULO		Págs.
	VIII.—Porte y conducta privada	27
—	IX.—Manera de vivir propia para un institutor	30
—	X.—Relaciones del institutor con las autoridades escolares.	34
—	XI.—Relaciones del institutor con las autoridades locales.	36
—	XII.—Relaciones del institutor con los padres de familia.	39
—	XIII.—Relaciones del institutor con el público.	43
—	XIV.—Relaciones del institutor con los alumnos.	47
—	XV.—El institutor en su familia.	51
—	XVI.—Influencia del institutor. Uso que debe hacer de ella.	56
—	XVII.—Del éxito y de las desgracias.	62
—	XVIII.—Retirarse oportunamente	67

SEGUNDA PARTE

La Clase

		Págs.
CAPÍTULO	XIX.—Celo. Paciencia..	74
—	XX.—Exactitud.....	75
—	XXI.—Bondad. Severidad.	79
—	XXII.—Estudiar el carácter de los niños.....	83
—	XXIII.—Inspirar confianza á los niños.....	86
—	XXIV.—Medios de estimu- lar.....	93
—	XXV.—Medios de rigor...	96
—	XXVI.—Dispensar iguales cuidados á todos los discípulos.....	100
—	XXVII.—Sentimientos que es preciso inspirar á los niños.....	103
—	XXVIII.—Hacer el estudio a- gradable.....	107
—	XXIX.—Enseñanza. Siste- mas.....	111
—	XXX.—Modelos que seguir. Gerson, Rollin....	115
—	XXXI.—Ultimo consejo...	121

APENDICE

	Págs.
Consejos para hacer una clase, teniendo en vista el beneficio de la educación.....	125
La obediencia.....	126
El orden y el silencio.....	129
El aseo.....	132
La modestia.....	134
La amabilidad.....	136
La urbanidad.....	137
La sinceridad.....	138
La disciplina.....	146





E. BARRA

MORAL
PARA
LOS

INSTRUMENTOS

DE
LA
E
1890

37
BARRA

